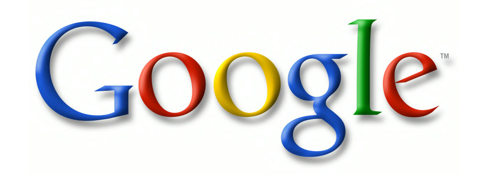
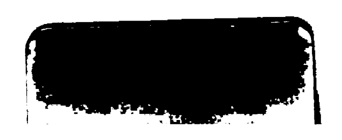






C/
RE
CA
STU
SP
CATA

TO BIND PREP.

DATE 3-24-69

NEW BINDING	[x]
REBINDING	[ ]
REGULAR	[x]
RUSH	[ ]
LACED-ON	[ ]
BUCKRAM	[x]
SPECIAL PAM.	[ ]

AUTHOR AND TITLE

Córdoba,
Poesias.

CATALOGUER AT
RETURN BOOK TO LA

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER	[ ]
STUB FOR: T.-P. AND I.	[ ]
LACKING NOS.	[ ]
SPECIAL BOOKPLATE	[ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

POESIAS

DE

TIRSO R. CORDOBA.

POESIAS

DE

Tirso Rafael Córdoba.

SEGUNDA EDICION.

PUEBLA.
IMPRENTA GUADALUPANA DE OBREROS,
Plazuela de Señor San José núm. 3.
1878.

PROLOGO DE LA PRIMERA EDICION.

LAS composiciones poéticas que se dan hoy á la prensa no son del género de aquellas que diariamente llenan los periódicos políticos y literarios.

O la amistad nos ciega, ó ellas encierran un verdadero mérito. Improba labor es juzgar las obras del amigo que está en nuestro corazon y que es dueño de sus afectos. Si alguna vez se pudiera predecir el naufragio de la imparcialidad, seria navegando por los agitados mares del sentimiento.

Empero no nos proponemos juzgar al amigo ni á sus obras. No contamos con la suficiencia de luces para ello, y tememos, dando lugar á que se nos tilde de parciales, perjudicar la causa mas digna del mejor de los éxitos.

Las poesías del vate michoacano, los desahogos líricos de Tirso, no necesitan del pobre impulso de nuestra palabra, ni de la mezquina autoridad de nuestro fallo, para ser leídas con interes, ni para ser recibidas con aplauso. Harto conocida es su inspiracion en el mundo de las letras. Su lira ha resonado muchas veces cantando las bellezas de los tres dulcísimos amores que, segun el parecer del Marqués de Valdegamas, son las fuentes de la verdadera poesía.

Ha cantado el amor de Dios, haciendo de la

caridad la virtud mas sublime y mas simpática, enalteciendo sus triunfos y celebrando sus glorias; ha cantado el amor de Dios, consagrando á la *religion* sus mas suaves y regaladas armonías, y sus mas dulces, elevadas y conmovedoras notas; ha cantado el amor de Dios, poniendo el tesoro de sus mas nobles sentimientos, todo el calor de su estro y todo el fuego de su númen al servicio y á la órden de su Madre Inmortal, de ese tipo, rico hasta la saciedad, en gracias y hermosura, sublime en perfecciones, señalado en privilegios; de ese tipo divino, del cual el cristianismo tiene la personificacion, y cuya personificacion no tiene en ningunas otras religiones semejante.

Ha cantado el amor de la patria, elevándose en alas de un entusiasmo verdaderamente sagrado á las altísimas y oscuras regiones del porvenir, y sorprendiendo en ellas el triple secreto de su bienestar, de su prosperidad y de su felicidad: llorando con sus dolores, acompañándola en sus infortunios y lamentando con el tono de la elegía sus adversas suertes y sus desgracias.

Ha cantado el amor de la mujer, consagrando sentidas endechas, capaces de ablandar corazones de mármol ó de bronce, al desden de la amada y á la casta llama de la prometida; á la entusiasta pasion de la esposa y á la incomparable y santa ternura de la madre.

Por fuerza tienen que ser bellas las poesías de Tirso. Hijas del sentimiento, nacidas de un corazon que jamás se ha arrastrado por el fango ni se ha impregnado de sus miasmas deletéreos y pestilentes, están destinadas á interesar los senti-

mientos de los demas y á conmover dulcemente sus corazones, no ménos que hacerles sentir los encantos de lo bello y á inclinarlos con una suave violencia á lo bueno. La belleza y la bondad son hermanas.

Sus poesías recrearán y serán para quienes las lean de alguna utilidad. ¿Qué mas puede ambicionar un hijo de las musas?

No son así las innumerables composiciones poéticas con que los periódicos políticos y literarios regalan diariamente á sus lectores. En ellas la belleza se hace consistir en la armonía material mas ó ménos feliz del ritmo. Se las estima bellas, con tal que suenen bien, aunque por otra parte nada digan que ponga interes ó asombro en la inteligencia, ni nada que cautive la imaginacion ó mueva en el corazon algo que pueda llamarse sentimiento.

Se piensa por los que escriben así que la poesía es tanto mas elevada, cuanto ménos es entendida, tanto mas cercana al bello ideal ó al ideal de lo bello, cuanto mas redondas son las andanadas de frases vacías de sentido que se zurcen; cuanto mas desatinadas las metáforas y mas estravagantes las imágenes con que se las exorna.

El *gongorismo* para ellos es el *non plus ultra* de la perfeccion. Al arrimo de una grande inteligencia, pero no de un gran juicio, se le ha resucitado entre nosotros. ¡Cuántos cerebros ha trastornado la imaginacion colosal, mas si freno, de Víctor Hugo! ¡Cuántas excelentes aptitudes ha extraviado y sacado fuera de sus quicios! Pudiéramos citar no uno sino varios jóvenes contemporáneos, dotados de imaginacion y de númen poético, que

no han podido dar un paso en las cumbres del Parnaso; y sin embargo los juzgamos capaces de ocupar en él un asiento de honor y hasta de gloria.

Pero nos extraviamos. Tirso no ha seguido aquesta senda. Pertenece á la escuela clásica, no á la *gongórica*, á la escuela clásica que siente y sabe hacer sentir, no á la escuela clásica á que se niega el sentimiento y la facultad de comunicarle.

El autor de la *Epístola romántico-pulquérrima* no podia pertenecer á la escuela *gongórica*. El autor de la *Madre de Dios en el Calvario*, de la *Caridad*, de *Una Madre* y de *La vuelta al hogar*, está muy léjos de ese clasicismo de piedra que no se mueve ni conmueve.

Empero dijimos que no era nuestro ánimo ni nuestro propósito juzgar al amigo ni á sus obras. Lo único que entró en nuestra intencion, al escribir este, á que se ha dado por el cajista el nombre de prólogo, fué recomendar la lectura de las poesías de uno de nuestros mas antiguos y mejores amigos.

Los que obsequien nuestra recomendacion, que por cierto necesita de ser recomendada, no se arrepentirán. Las poesías de Tirso son como una copa de néctar gustosísimo. Basta paladear una de las gotas de sus bordes, para apurar hasta la última de sus heces.

RAFAEL GÓMEZ.

Agotada la primera edicion de estas poesías por el favor del público, dámoslas á la estampa por segunda vez. Nada añadirémos, en su elo-

gio, á lo que en el prólogo antecedente escribió con tanta maestría el docto Sr. Gómez, ni á lo que en seguida verán los lectores de parte de una de las plumas que gozan hoy en la culta España de merecida reputacion. Nos es muy grato reproducir ese juicio. La honra que en él otorga el distinguido literato Sr. Martinez de Velasco, pertenece toda á nuestra México. Cuando así se juzga de los maestros y de sus libros allende el mar; cuando al aplauso que la prensa nacional, sin distincion alguna, ha tributado á un poeta como Tirso R. Córdoba, viene á juntarse el testimonio irrecusable de tan autorizados extranjeros, creemos que el libro de poesías objeto de tales alabanzas, no es uno de esos libros que con tanto donaire como justicia ha vapulado el insigne Roa Bárcena. Y porque tal creemos, y porque, como mexicanos decididos, amamos todo lo que redunda en pro de México, venga de donde viniere, acometimos la empresa de publicar de nuevo las poesías de Tirso Rafael, despues de rogar á éste que corrigiera y aumentara el libro, segun sus deseos.

EL EDITOR.

"El Estado de Michoacan es una de las comarcas que han dado á la República de México mayor número de hombres esclarecidos en las ciencias y en las letras, en las armas y en la política: en aquel suelo pintoresco y feracísimo tuvieron su cuna Iturbide y Morelos, Sanchez de Tagle y Navarrete, Rivas, el célebre reformador Ocampo, y otros muchos,

2

"Allí tambien nació, hacia 1838, el poeta Tirso Rafael Córdoba, (cuyo retrato puede verse á la página 308) que siguió sus estudios en las aulas de Morelia, la antigua Valladolid, hasta que recibió el título de abogado. (1)

"De su excelente *Coleccion poética* dijo un distinguido escritor americano: "Córdoba ha ganado, con ella sola, reputacion de poeta clásico; en ese libro magnífico campean la novedad, delicadeza y elevacion de los pensamientos; la fluidez del ritmo, lo florido del estilo, lo castizo del lenguaje, y no pocos arranques de ese ardoroso y levantado númen que desdeña las formas estragadas del moderno culteranismo y busca las sencillas y claras fuentes de las verdadera poesía." (2)

"Córdoba tambien ha puesto su pluma al servicio de la religion, de la filosofía y de la sana política, como lo prueban sus discursos, sus importantes traducciones de L. Veuillot, Bresciani y Dikens, sus *cartas críticas*, en fin, tan estimadas como sus versos.

"En estas últimas, así como en un discurso patriótico que dedicó al distinguido escritor D. Anselmo de la Portilla, redactor de la *Iberia* de México, hace alarde de vivo amor y gratitud nobilísi-

(1) En México sustentó Córdoba los exámenes para obtener el título de abogado por el año de 1864, y durante su carrera escolar frecuentó algun tiempo las aulas de San Ildefonso de México, y del Seminario Palafoxiano de Puebla.

(2) Suponemos que el Sr. Martinez de Velasco se refiere aquí al reputado escritor venezolano Lisandro Lameda Diaz.

ma á la historia y tradiciones de la madre patria, y en los escritos que ha publicado recientemente con el pseudónimo *El Cura de la Sierra*, al combatir vigorosamente al racionalismo de nuestros dias, empeñado en desterrar de las escuelas el principio religioso, defiende con entusiasmo las glorias de España y prueba que todos los elementos de civilizacion que hoy tiene México, los ha recibido de la madre patria.

"Tirso Rafael Córdoba es jóven todavía y puede dar, con nuevas obras literarias, muchos dias de gloria al país que le vió nacer y que lo considera como uno de sus hijos predilectos.—Eusebio Martinez de Velasco." *(Ilustracion Española y Americana*, de 15 de Noviembre de 1875: Año XIX, núm. XLII: Madrid.)

HIMNO DE ACCION DE GRACIAS

por la mañana.

DEL fondo de mi pecho
Con fe y amor te rindo,
Dios santo, el homenaje
Que es á tu ser debido.
Con gratitud profunda
Tu Providencia admiro,
Y al recibir tus dones
Gozoso te bendigo.
Sacóme de la nada
Tu inmenso poderío
Y semejante al tuyo
Mi ser tu bondad hizo.
Mi ser que en excelencias
Y perfecciones rico,
En tí el secreto busca
De su inmortal destino.
Mi ser que tú mantienes
Y al que, en amor solícito,

Bajo tus alas prestas
Consolador abrigo.
De nuevo sol los rayos
Concédesme benigno
Que de la noche ahuyentan
Las sombras y peligros;
Para que admire el alma
Bellezas y prodigios
Que son la gloria tuya
Y el dulce encanto mio;
Y para que mi pecho
Por tu piedad movido,
De tus misericordias
Se pierda en el abismo.
Quisiera de las aves
Los armoniosos trinos:
Del aura vagarosa
Los lánguidos suspiros;
Los plácidos rumores
De los sonantes rios;
Los ecos del torrente;
La voz con que tú mismo
Al Océano enseñas
A hablar del Infinito!
Mas ya que nada puede
Tan pobre gusanillo,
Sino caer de hinojos
Confuso y conmovido,
Mi voz úno al concierto
Del orbe, Padre mio,
Y de tus bellos coros
A los celestes himnos,
Para rendirte gracias,
De fe y amor henchido.

¡Señor Dios de mis padres,
En tu bondad confío!
Mis pasos endereza
Por el feliz camino
Que de tu ley sagrada
Descubro al claro brillo!

HIMNO DE ACCION DE GRACIAS

por la noche.

EN medio del profundo
Silencio de la noche
Que misteriosa tiende
Su manto por el orbe:
Cuando las selvas callan
Y de la mar salobre
Cual débiles quejidos
Se escuchan los rumores;
Cuando las mansas brisas
Con timidez recogen
Las alas, y se aduermen
Del valle entre las flores;
Y del sereno espacio
La inmensidad recorren
Estrellas mil que vierten
La paz en sus fulgores;
A tí, Señor Dios mio,
Que por mi bien dispones

Tan altas maravillas,
El corazon adore.
Omnipotente Padre,
Que bondadoso acoges
Los votos y los ruegos
Que te dirije el hombre:
Yo alabo tu grandeza,
Y al recibir los dones
De tu incansable mano,
Bendigo tu alto nombre.
¡Qué dulce es la creencia
Que en alas tan veloces
Se lleva nuestras almas
Volando á las regiones
Do portentosos giran
Los astros brilladores
En que sublime, inmenso,
Tu regia planta pones!
¿Cuándo será que libre,
Mi Dios, de los horrores
De aquesta oscura cárcel,
Ansiosa el alma torne
A aquel eden perdido,
Y, en inefables goces,
Eternas alabanzas
A tu grandeza entone?
¿Será, mi dulce Padre,
La postrimera noche
De mi destierro aquesta
Que sosegada corre?
Lo sabes Tú tan solo,
Y Tú tambien conoces
La historia de mis culpas
Y crímenes enormes.

Si tu piedad divina,
¡Oh Padre! no me acorre,
¿Quién abrirá las puertas
De inquebrantable bronce
Que tu justicia santa
Me cierre en sus furores?
Atiende compasivo
A mis dolientes voces:
Si el hilo de mi vida
Se trunca en esta noche,
No al fuego sempiterno
El árbol seco arrojes:
Del Justo con la sangre
La vida haz que recobre,
Y llevará hasta el cielo
Sus frutos y sus flores!

Himno al Smo. Sacramento.

(Antes de la comunion.)

CORO.

Al banquete del Rey de la gloria
Que amoroso á los hombres convida,
Presurosos venid, que la vida
Nos ofrece tan santo manjar.
Bajo el cándido velo se oculta
El Pastor celestial y divino,
Que de gracia y verdad el camino
Diligente nos quiso mostrar.

ESTROFA 1.ª

COMO el ciervo sediento que corre
A las aguas de límpida fuente,
Cuando en medio del valle se siente
De fatiga penosa morir;

Así el alma que sufre cansada
Sed ardiente al cruzar por la tierra,
Busca ansiosa la fuente que encierra
Frescas aguas de eterno vivir.

ESTROFA 2.ª

¡Hostia pura ante todos los siglos
Con misterio inefable y profundo
Por el bien ofrecida del mundo
De la eterna justicia al Autor:
Hostia santa que el ángel adora,
Que la tierra y los cielos admiran,
¡Con qué gozo los hombres te miran,
Dulce prenda de paz y de amor!

ESTROFA 3.ª

Abismado en tan alto portento
Queda el hombre á tus plantas rendido,
En Cordero al mirar convertido
Al terrible y potente Leon:
Y alentado con dulce confianza,
En tus brazos amantes se entrega;
Y en el mar de delicias se aniega
Que reboza tu fiel corazon.

ESTROFA 4.ª

¡Cuán indigno, Señor, es mi pecho

De hospedar tu infinita grandeza,
De guardar tu sublime pureza,
De que moren tus gracias en mí!
Mas tu eterna palabra yo creo:
Tus profundos designios adoro;
Y el perdon de mis culpas imploro,
Para no separarme de tí.

Himno al Smo. Sacramento.

(Despues de la comunion.)

SEÑOR, Señor! cuán grande
Tu paternal clemencia,
Cuán digna de alabanza
De honor y gloria es!
Al miserable esclavo
Llamaste á tu presencia;
Y en dulce confianza
Temblando está de júbilo
A tus divinos piés!

¡Esclavo!...¿por ventura
De odiosa servidumbre
Las bárbaras cadenas
No ha roto tu bondad?
Y de tus dulces ojos
La regalada lumbre
La noche de mis penas

No torna en alba fúlgida
Que anuncia libertad?

¡Esclavo!...¿y me revistes
De blancas vestiduras,
Y tierno me preparas
Banquete divinal,
Donde las altas muestras
De tu bondad apuras
Y al *pródigo* declaras
Excelso y noble príncipe
Del reino celestial?

¡Señor dulce Dios mio!
Del reprimido lloro
Desátese la fuente
Y en santa gratitud,
Con lágrimas al ménos,
¡Oh Padre á quien adoro!
Te diga lo que siente
Mi pecho, albergue mísero
De tu alma excelsitud!

Tú el Dios incomprensible
Cuya sagrada esencia
El hombre temerario
No puede penetrar:
El Sabio, el Infinito,
Que en su alta Omnipotencia

Formó digno santuario
Para su Ser magnífico
Los orbes al crear!

Tú el Rey de quien los cielos
Espléndido palacio
Con su eternal riqueza
Y su hermosura son:
Y Tú, á quien no limitan
El tiempo ni el espacio,
¿Depones tu grandeza,
Y buscas ¡ay! solícito
Mi pobre corazon?

¡Belleza incomparable!
¡Tesoro de mi vida!
¿Por qué rebelde y ciego
Me separé de tí;
Sabiendo que Tú solo
La gloria eres cumplida
Y el bienhechor sosiego,
Que por mis culpas hórridas
¡Oh buen Jesus! perdí?

¡Ay! que el Amado mio,
La eterna Luz del Padre,
Con su presencia inflama
Mi pecho en santo amor!
Ardientes querubines,

Y vos, mi dulce Madre,
Decid: ¿cómo se le ama?
¿Qué afectos y que cánticos
Son dignos del Señor?

El alma desfallece
De amor enagenada!....
Ante esta maravilla
Mi fe, Señor, sosten!
¿Aun no bastó tu muerte
Ni tu pasion sagrada,
Cordero sin mancilla,
Que así tu Ser purísimo
Me das, oh dulce Bien?

¡Ah! Yo ¿qué puedo darte,
Señor, en mi pobreza?
¿Qué puede el vil mendigo
Delante de su Rey?
Mi ser ¡oh Dios! te entrego,
Pues él es la riqueza
Que Tú, mi tierno amigo,
Buscaste al ser la Víctima
De la amorosa ley!

¡Señor, Señor! cuán grande!
Tu paternal clemencia;
Cuán digna de alabanza,
De honor y gloria es!

El hijo ingrato vuelve
Gozoso á tu presencia:
Colmada su esperanza,
Morir quiere de júbilo
A tus divinos piés!

CANTICO

A la Inmaculada Virgen María.

ARDIENTES querubes, que en santa alegría
Tañendo las arpas de místico son,
Las glorias excelsas cantais de María,
De gozo llenando los prados de Sion:
Bajad á la tierra, venid, y un momento
De pobres mortales el pecho inflamad:
Venid á enseñarnos el plácido acento
Más grato á la Madre del Dios de bondad.

Amor de los amores,
Iman del alma mia,
Dulcísima María,
Consuelo del mortal:
De mis humildes flores
Te traigo aquí la ofrenda,
Cual la sencilla prenda
De tierno amor filial.

De tu inmortal grandeza
Que cielo y tierra admira,
No es digno, gran Señora,
Nuestro mezquino don.
Empero á tu belleza
Que cual la luna brilla
Con grata fe sencilla
Lo ofrece el corazon.

¡Bendito el Dios eterno
Que te formó tan pura,
Tan llena de hermosura,
De gracia celestial!
Bendito el Amor tierno
Que por salvar al mundo
Tu seno hizo fecundo,
Tu seno virginal!

Al pronunciar tu nombre
El alma se enagena,
Blanquísima azucena,
De regalado olor.
Que en él encuentra el hombre
La dicha y el consuelo,
Y al repetirlo el cielo
Se inflama en santo amor.

Tan dulces son tus ojos,
Castísima doncella,

Como la lumbre bella
Del rutilante Orion.
  De tulipanes rojos
Tus labios son, María;
Te dan su gallardía
Las palmas de Saron.

  Tu primorosa frente
Como bruñida plata
Magnífica retrata
La gloria de Jehová.
  Y en ella reluciente
Cual signo de esperanza
El íris de alianza
Sublime siempre está.

  Paloma, cuyas alas
De nítida blancura
Del mundo el agua impura
No vienen á tocar:
  Aurora, cuyas galas
Anuncian el gran dia,
¡Hossana á quien te envia,
Criatura singular!

  De nuevo, tierna Madre,
Tu pueblo esclavo llora
Y mísero te implora
En su hondo padecer.

Tus ruegos oiga el Padre
Y aplaque sus enojos
Al ver los dulces ojos
De su divina Esther!

AL SAGRADO CORAZON DE MARIA.

PLEGARIA.

DELICIA del Inmenso,
Tesoro de dulzura,
Sellada fuente pura,
De vida manantial:
Al ofrecerte humildes
De Mayo blandas flores,
Los pobres pecadores
Imploran tu bondad.

Cruzamos por el valle
De la amargura impía,
Sin encontrar, María,
Consuelo en la afliccion.
Mas Tú abres á tus hijos
Un cielo de esperanza,
Y alienta su confianza
Tu tierno corazon.

¡Dichoso el que te busca;
Feliz el que te adora,
Y en el santuario mora
De tu inefable amor!
¡Dichoso el que á tus plantas
Gozoso se arrodilla,
Paloma sin mancilla,
Nardo de grato olor!

De tu radiante trono
Los rayos, Madre, envía
Que de la noche umbría
Disipen el horror.
Que ya, cual otro tiempo,
En sombras sumergido
Tu pueblo más querido
Se aparta del Señor.

Piedad para el Anciano
Que con amor profundo
La gloria dijo al mundo
De tu alma Concepcion!
Que caigan cual de Pedro
Sus bárbaras cadenas,
Y alivie ya sus penas
Tu amante corazon!

A Nuestra Señora de Lourdes.

(Cántico traducido del francés)

SI florecilla humilde
Yo fuese, Madre mia,
A tus divinas plantas
Contento viviría,
Y fuera dulce y plácido
De mi existencia el fin.

Si el pajarillo fuese,
¡Oh Vírgen adorada!
Del valle en que te nombras
La dulce *Inmaculada*,
Con no aprendida música
Te fuera yo á cantar.

Si fuese el verde musgo

Que allí la planta huella,
En tus sagradas rocas,
¡Purísima Doncella!
Con cuán intenso júbilo
Iria yo á crecer!

Si de rocío fuese
La gota cristalina,
Gozoso humedeciera
La rosa purpurina
Que de tu veste cándida
La orilla va á tocar.

Si fuera brisa leve,
Al espirar el dia,
A las plegarias tiernas,
Oh Madre, me uniría,
Y á acariciar tus párpados
Amante fuera yo.

Si fuese el sol radiante,
Dejara mis destellos;
Que en tu inmortal corona
Mas limpios son y bellos,
Y con amor formárate
Luciente pedestal.

Si fuese yo una estrella

Del azulado cielo,
A los divinos rayos
De tu gracioso velo
De mi diamante fúlgido
Los rayos fuera á unir.

Si fuera cisne herido,
Por recobrar mis galas,
Bañara presuroso
El cuello y blancas alas
En tus cristales límpidos,
¡Piscina de Siloé!

Mas ¿no soy hijo tuyo?
¿Qué gloria, qué alegría
El alma envidiar puede
Oh dulce Madre mia?....
¡Cantarte con los ángeles
Por una eternidad!

A MARIA.

SALVE, gentil Señora,
La de toda virtud y gracia llena;
Clara y fulgente aurora
Del sol inextinguible precursora,
De la eternal Sion blanca azucena!

En este hermoso dia
En que natura toda se engalana,
Y con pura alegría
Te viene á saludar, bella María,
Del cielo y de la tierra soberana:

En que del almo coro
Que allá te alaba en inmortal anhelo,
Al cántico sonoro
Unen su acorde són las arpas de oro
Que tañen los arcángeles del cielo:

En que al dulce desmayo
Que el encendido sol de primavera

Engendra con su rayo,
Sus tributos de amor te rinde Mayo
En la fuente, en el bosque, en la pradera;

Tambien el labio mio
Tu dulce nombre á pronunciar se atreve....
Como el fuego de Estío
Haz que ese nombre, de mí pecho frio
En ardiente volcan torne la nieve!

¡Ah! ¿Qué inefable encanto
Embarga mis sentidos? ¿Qué alegría
En este templo santo
De mis ojos arranca dulce llanto
Y embriaga de ternura el alma mia?

¡Estrella de los mares,
Que al náufrago infeliz llevas al puerto!
Electa entre millares,
Para calmar del hombre los pesares
Y ser su cielo de esperanza abierto!

Las negras oleadas
Que el bajel de mi vida combatian,
Y al cielo levantadas,
Del cielo con furor precipitadas,
En el profundo abismo se perdian;

No ya con ronco estruendo
Convertirme amenazan en despojos
De airado mar horrendo....
Pasó la tempestad!..... la playa viendo
En tu augusto santuario están mis ojos,

La playa bendecida

Que acerté á distinguir en lontananza,
Cuando mi alma herida
Fué por tu viva luz, Madre querida,
Faro resplandeciente de esperanza.

La playa misteriosa
Do brota de salud la clara fuente,
Do tú, Mística rosa,
Fragancia rica esparces deleitosa
Con que el mortal desfallecer se siente.

Donde el bravo guerrero
A tus divinos pies arrodillado
Cual tímido cordero,
Te rinde gracias con amor sincero
Porque en la cruda guerra le has salvado.

Donde las tiernas niñas
Que á decir se apresuran tus loores,
De las verdes campiñas
Flores te dan con que la frente ciñas,
Madre del Santo Amor de los amores!

La bóveda sagrada
Con el solemne cántico resuena
En que tu Iglesia amada
Dice tu Concepcion Inmaculada
Y de gozo purísimo se llena.

Y en tanto que la nube
De aromas mil de embriagador incienso
Hácia tu trono sube,
Como un voto que el hombre y el querube
Juntos te ofrecen de su amor intenso;

Del bosque en la espesura
En sus trinos cantando están las aves
Tu nombre, Vírgen pura,
Y en el monte, la selva y la llanura
Lo repiten los céfiros süaves.

Y lo escuchan las flores
Que embalsaman el fresco valle umbrío
Con sus gratos olores;
Y la fuente lo dice en sus rumores,
Como en sus ondas el sonante rio.

¡Oh si en mi pobre lira
Dado me fuera en cadencioso verso
Ensayar la que inspira
Armonía sublime y que se mira
Tributar á tu amor el universo!....

Mas ¡ay! gusano impuro,
Sér que cruzando voy la baja tierra,
¿Cómo cantar procuro
Tu hermosísimo sér, tu sér tan puro
Que tanta gloria y perfeccion encierra?

¡Salve, gentil Señora!
He aquí cuanto te dice el labio rudo.
Mi corazon te adora:
Sé cual siempre mi dulce protectora,
Mi tierno amor y formidable escudo!

PLEGARIA

A LA INMACULADA VIRGEN MARIA.

Héme otra vez al pié de tus altares,
Vírgen Madre de Dios y Madre mia,
Alzando en tu loor nuevos cantares
Y buscando el consuelo á mis pesares
En tu materno amor que es mi alegría.

Héme otra vez aquí: del templo santo
Postrado en el marmóreo pavimento
Que hoy riega de tus hijos dulce llanto,
Con fe sencilla mi oracíon levanto
Hasta el trono inmortal do está tu asiento.

¡Ah! yo bien sé, castísima Señora,
Que no es digna mi voz, mi voz impura,
De subir á la cumbre donde mora
La del Verbo Humanado engendradora,
Más que la luna bella y que el sol pura.

Yo bien sé que los ángeles, de hinojos,

Absortos adorando tu grandeza,
Bajan rendidos sus brillantes ojos,
Y cierran sus hermosos labios rojos,
Y ocultan con sus alas la cabeza.

Y sé tambien ¡oh Vírgen sacrosanta!
Que al escuchar tu nombre, la ancha tierra
Se estremece de amor; que el mar quebranta
Sus indómitas iras; y que canta
Tu gloria el hombre y al infierno aterra.

Mas ¿no eres, no eres tú, bella Maria,
La tierna madre que en su amor profundo,
Cuando á su Padre celestial volvia,
Nos dejó el buen Jesus, aquel gran dia
En que selló la redencion del mundo?

¿No eres tú la que entónces recibiera
En su amoroso seno á los mortales,
Y como el ave á sus polluelos, diera
Del triste Adan á la progenie entera
Abrigo con sus alas maternales?

¡Madre!.. qué dulce nombre! ¡cómo embriaga
Cual delicioso néctar!.. á mi oido
Es leda brisa que entre flores vaga,
Es vibracion que en el confin se apaga,
De rumorosa fuente es el sonido.

¡Madre!.... cual una música del cielo
Ese nombre dulcísimo resuena,
Y el alma triste que devora el duelo
En un mar insondable de consuelo
Trocarse mira su angustiosa pena.

6.

¡Ay! tú lo sabes, cándida María;
Una santa mujer cuyo cariño
De mi vida formaba la alegría,
Tu nombre sin cesar me repetia.
Y á amarte me enseñó cuando era niño.

Huérfano luego y con la faz llorosa
Vine á postrarme ante tu altar de hinojos,
Y parecióme oir que cariñosa:
"Tu Madre soy," dijiste bondadosa,
Y cesó el llanto de enturbiar mis ojos.

Desde entónces, ¡oh Vírgen sin mancilla,
Limpia fuente en que el rayo se refleja
Del Sol eterno que esplendente brilla!
El hijo que á tus plantas se arrodilla
Consuelo no halla si de tí se aleja.

Por eso vengo á tí, dulce esperanza
Del pecador que tu bondad implora,
Lleno el pecho de firme confianza;
Pues que tu amor á contener alcanza
La diestra de tu Hijo vengadora.

Mira que se alza ya sobre el culpado
Y torpe mundo que en su orgullo ciego
No advierte que la copa ha rebosado
Y va el Señor á consumirle airado
Como á la paja el devorante fuego.

Que cual fiero oleaje embravecido
El crímen otra vez la tierra inunda;
Y es el nombre de Dios escarnecido,

Y su ley sacrosanta está en olvido,
Y erguida vése á la maldad profunda.

Madre! piedad! Los ecos pavorosos
Escúchanse doquier de la ímpia guerra;
Zumban los huracanes procelosos,
Y el aire pueblan gritos dolorosos
Que fatídicos suben de la tierra.

Y pueblos contra pueblos se levantan
Ardiendo en ira, y con furor salvaje
Sus terríficas huestes se adelantan
Que muerte siembran, y sus triunfos cantan
En medio del incendio y del pillaje.

Y los amantes hijos, entretanto,
Los hijos de la Esposa del Cordero,
Tristes derraman abundoso llanto,
Y no encuentran alivio á su quebranto,
Viendo al Señor alzarse justiciero!....

¡Madre, Madre, castísima Paloma
De paz y de ventura mensajera!
Iris de alianza que en el cielo asoma,
Tus ojos vuelve á la cristiana Roma
Que hoy afligida tu favor espera.

De angustias y dolores circundado
Se halla el anciano valeroso y justo,
Que del templo el depósito sagrado,
Cual sucesor de Pedro ha conservado
Grande en su fe y en su bondad augusto.

De la osada impiedad las olas braman

Romper amenazando su barquilla;
Y ya los malos que al infierno llaman
Contra tu iglesia ¡míseros! proclaman
Que en su postrer fulgor nuestra fe brilla.

El Justo en tanto, como firme roca
Resiste de las ondas el embate,
Y aquella misma fe que por su boca
Te declaró *Sin mancha*, humilde invoca
Tu poderoso auxilio en el combate.

Sálvale, oh Vírgen bondadosa y pía,
De nuestro Dios calmando los enojos;
Confunde, oh Madre, á la maldad impía,
Y devuelve á tus hijos la alegría
Hoy que á tí tornan sus dolientes ojos.

Que de este dia la risueña aurora
Que ve el mortal con júbilo profundo,
Como tu limpia Concepcion, Señora,
Venga á ser la felice precursora
De la serena paz que aguarda el mundo.

HIMNO Á LA VIRGEN MARÍA

EN LA CONCLUSION DEL MES DE MAYO.

CORO.

De azucenas, de mirtos y rosas
Con que Mayo engalana el pensil,
Cien guirnaldas tejed primorosas
Y al santuario con ellas venid.
Entre aromas de inciensо y de flores,
Y de música alegre al compas,
Esa ofrenda de santos amores
A la Madre de Dios presentad.

I.

¿Con qué voz tu grandeza y tu gloria
Celebrar el humano podria,
Cuando el ángel al verte, María,
En silencio te muestra su amor?
¡Oh si el aura nos diera suspiros;
La paloma su arrullo inocente,

Sus tranquilos rumores la fuente
Y sus trinos gentil ruiseñor!
De azucenas, etc.

II.

Del arcángel rebelde la saña
Convirtió del Eden la belleza
En desierto de horrible tristeza
Que con llanto regara el mortal.
Mas de siglos y siglos penosos
Disipaste la noche sombría,
Precediendo al magnífico dia
Cual la fúlgida luz matinal.
De azucenas, etc.

III.

Nuestros padres de Abram en el seno
Tu dulcísimo nombre escucharon,
Y en sublimes trasportes miraron
De la gracia los tiempos venir.
Porque tú eras la casta paloma
Mensajera de eterna esperanza;
Y en tí, oh Vírgen, el íris de alianza
Comenzó para el hombre á lucir.
De azucenas, etc.

IV.

Eres tú la fragante azucena
Entre fieros abrojos nacida,

Del Señor por el soplo mecida
En los prados celestes de Sion.
Cual la palma de Cades gallarda
Levantaste, Señora, tu frente,
Mas hermosa que el sol refulgente
Que ilumina la etérea region.

De azucenas, etc.

V.

En tu seno, vergel misterioso,
De la vida la fuente brotara,
Que el consuelo y la paz derramara
En el pecho del hombre infeliz.
Cual guerrero escuadron formidable
Majestosa tu paso adelantas;
Y Judith valerosa quebrantas
Del dragon infernal la cerviz.

De azucenas, étc.

VI.

Las naciones tu nombre repiten
Bnndiciendo al Señor, Madre mia,
Desque el sol sus fulgores envia,
Hasta verle en ocaso espirar.
Que es tu nombre balsámico aroma
Que los vasos de Oriente derraman;
Y amorosos tus hijos te llaman
El lucero apacible del mar.

De azucenas, etc.

VII.

Ya se escucha en la umbrosa arboleda
De las aves alegres el canto:
Ya su gracia despliega y su encanto
En el valle la cándida flor.
De los cielos el mágico brillo
Y la tierra en su dulce reposo,
Todo anuncia ese mes deleitoso
Que á tus glorias consagra el amor.

De azucenas, etc.

VIII.

¡Dios te salve, Raquel primorosa!
A tus plantas se postra rendida
Del Señor la porcion escogida
La risueña y feliz juventud.
De tu trono radiante un destello
A los hijos que te aman envía,
Y tendremos ¡oh Vírgen María!
Los tesoros de ciencia y virtud.

De azucenas, etc.

IX.

¡Cuántas veces de tu Hijo divino
La ley santa y eterna olvidamos:
Y á la tierra de Egipto pensamos
Presurosos ¡oh Madre! volver.
Mas tu voz cariñosa detiene
Aquel rayo terrible que lanza

Sobre el mundo la justa venganza
Del Señor de infinito poder.

De azucenas, etc.

X.

¡Dulce Esther! compasivo tu rostro
A los jóvenes siervos se incline,
Y tu gracia su mente ilumine
Inflamando su fiel corazon.
Nuestra frágil barquilla navega
Por las pérfidas olas del mundo:
¡Ay! no dejes que se alce iracundo
Y la rompa el soberbio Aquilon.

Al Sagrado Corazon de María.

EL ULTIMO DIA DE UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

¡Qué dulce es para el hombre tener madre,
Madre sensible á quien volver la cara;
Que nos enjugue el llanto de los ojos
Y nos sirva de puerto en la borrasca!

Carpio.

BENDITO el Dios de nuestros padres sea!
El sumo Dios que con eterna alianza
De nuestros pechos colma la esperanza
Y con su nombre al corazon recrea!

Arpas de Sion, venid á nuestras manos
En este dulce y plácido momento!....
Y vosotros, prestadnos vuestro acento
Espíritus del cielo soberanos!

Que con nuevos cantares á la tierra,
Con himnos de inefable melodía,
Los amorosos hijos de María
Van el gozo á decir que su alma encierra.

Y quieren que al oir toda criatura
Su férvida alabanza y dulce canto,
Vierta, como ellos, abundoso llanto
De amor, de gratitud y de ternura.

Pasó la noche del helado invierno
Con el negro huracan y sus furores;
Huyó la oscuridad con sus horrores,
A la horrible mansion del hondo averno.

¡Noche de esclavitud y amargas penas,
Cuánto los ojos ¡ay! cuánto lloraron
A tu sombra infeliz; y cuál regaron
Esas lágrimas tristes tus cadenas!

Repasa tu ruina la memoria,
Y el corazon de susto se estremece;
Y aun afligido el rostro palidece
De Babilonia al recordar la historia.

¡Bendito el Dios de nuestros padres sea!
Que se alza ya la rutilante aurora
Y al universo con sus rayos dora
Desde aquella felice Galilea!

Allí brotaste, misteriosa vara
Del inmortal Jessé, dulce María,
Resplandeciente como el rey del dia,
Y cual la estrella matutina clara.

Allí deshecho el tenebroso velo
Que del Señor tendiera la venganza,
Te alzaste como el Iris de esperanza
En el azul espléndido del cielo.

Allí, cual la paloma casta y pura,
Tus blancas alas con amor meciste,
Trayendo al hombre acongojado y triste
La oliva de la paz y la ventura.

Allí, como la fuente en el desierto,
Abriste tus purísimos raudales,
Y difundiste aromas celestiales,
Blanda azucena del cerrado huerto.

Allí por fin, Santísima Señora,
Al concebir al Redentor del mundo,
Te declaraste con amor profundo
La Madre de la raza pecadora.

Y desde entónces con los ojos fijos
De la prole de Adan en la amargura,
¡Cuánto cariño y maternal ternura
Guarda tu corazon para tus hijos!

¡Oh dulce corazon, mar insondable
Por do el alma, aunque frágil navecilla,
Perderse puede hasta ganar la orilla
Que ofrece la ventura interminable!

¡Oh dulce corazon, Santuario inmenso
Que las plegarias del mortal recoges
Y que los votos del amor acoges
Para alzarlos á Dios cual puro incienso!

¡Corazon que solícito vigilas
Con incansable afan por tus amados!
¡Arbol que llevas frutos regalados
Suavísimo panal que miel destilas!

¡Corazon amoroso que te ofreces
Víctima de dolores tan prolijos,
Cuando se olvidan tus ingratos hijos
De lo que por sus culpas tú padeces!

¡Feliz mil veces el dichoso dia
En que cual fuerte imán ó dulce encanto
Nos trajera al redil del Pastor Santo
Tu tierno Corazon, bella María.

El pecho rebosando de dulzura
Y mudo el lábio ante delicia tanta,
A bendecir no acierta, Vírgen Santa,
Tu singular amor y tu ternura.

¡Oh si de tu almo corazon el fuego
Los nuestros ateridos inflamara,
Con qué intenso fervor se levantara
Al trono excelso nuestro humilde ruego!

Pero elévalo tú, Madre del alma,
Pidiendo al buen Jesus, á tu Hijo amado,
Que el don confirme que nos ha otorgado
De este retiro en la dichosa calma.

Con honda angustia la cuitada oveja
Abandona este asilo sacrosanto
Y por la vez postrera con su llanto
Bañando está el redil de que se aleja.

¡Oh Madre, oh dulce Madre cariñosa!
Que al emprender la marcha del desierto
Nos dé tu corazon el rumbo cierto
Como á Israel la nube misteriosa!

Del celoso Moisés guarda la vida,
Del Padre de tu pueblo que te adora;
Y por tu limpio Corazon, Señora,
Llévanos á la tierra prometida!

Á LA MADRE DE DIOS

EN EL CALVARIO.

BLANQUISIMO lirio
Nacido entre zarzas,
Madre la mas tierna,
Paloma sin mancha!
Al Calvario viene
Con dolor mi alma,
Llorando sus culpas
De tus penas causa.

Junto al árbol triste
De la cruz sagrada
Do el Verbo divino
Su espíritu exhala;
En silencio apuras,
Madre Soberana,
El cáliz acerbo
De amargura tanta.

¿Quién ¡ay! al mirarte
No siente que el alma
De dolor intenso
Queda traspasada?
¿Qué ojos ven tu llanto
Que no se desatan
En lágrimas tiernas,
Vrígen desolada?

El alto decreto
Cúmplese, que manda
Sucumbir al Justo
Por la humana raza.
Y tú, dulce Madre,
Sumisa lo acatas,
Por salvar al hombre
De su suerte infausta.

De sangre cubierto,
De oprobios é infamia,
Miras que á tu Hijo
Las turbas arrastran.
Los llagados hombros
Con la cruz le cargan,
Y el manso Cordero
Al suplicio marcha.

Espinas agudas
Sus sienes taladran
Y el polvo y heridas
Ofuscan la clara
Lumbre de sus ojos,
Que á tí, Madre amada,

En medio te buscan
De la turba insana.

A su encuentro vienes....
¡Madre atribulada!
¿Qué dolor al tuyo
Comparable se halla?
La tierra al mirarte
De terror se pasma,
Y lloran los justos
Y los cielos callan!

Ya el sol se oscurece,
Tiemblan las montañas,
Los velos del templo
Se agitan, se rasgan;
Y los muertos dejan
Sus tumbas heladas!....
¡Tu Jesus ha muerto,
Madre Inmaculada!

¡Muerto por mis culpas!
Ellas derramaran
Su sangre preciosa
Tus lágrimas santas.
Mas ya arrepentldo
Yo vengo á llorarlas
Al pie del madero
Que á los hombres salva.

Allí estás, ¡oh Madre
Dulcísima y blanda,

Iris de ventura,
Puerto de esperanza!
Por tus rudas penas,
Madre soberana,
Libra de las suyas
A mi pobre alma.

A LA SANTA CRUZ.

Himno de los niños.

CORO.

Las aves nos presten su dulce armonía,
Las nítidas fuentes su grato rumor;
Y en férvidos himnos de santa alegría,
La Cruz adorable cantemos, que un día
Sirvió para el triunfo del Dios Salvador.

I.

ÁRBOL santo y misterioso
En el Gólgota plantado,
Ara en que el Verbo humanado
Se ofrece por nuestro amor:
De los labios infantiles
Escúchese tu alabanza,
Prenda de dulce esperanza,
Consuelo del pecador.

II.

Lloraba el hombre infelice

Su miseria y desventura,
Envuelto en la niebla oscura
Del error y la maldad:
Cuando tú, faro radioso,
Te alzas en esa colina
Y la tierra se ilumina
Con tu excelsa claridad.

III.

¡Dichoso quien al mirarte
Recuerda Santo Madero,
Que el mansísimo Cordero
En tus brazos espiró!
Y que la sangre preciosa
Que en tí derramó el Dios fuerte,
Nos rescató de la muerte
Y la libertad nos dió!

IV.

¡Cuánta es la dicha que encierra
Nacer á tu amiga sombra!
Cuando una madre te nombra,
Qué grato es tu nombre oír!
Que tú al corazon infundes
La fuerza, el gozo, la vida.....
¡Oh cuán dulce, Cruz querida,
Será junto á tí morir!

V.

En el hogar, en el templo,
En el valle, en la espesura
Del mar en la vasta acnhur a
Y en la celestial region,

Resuene el sublime canto
Que entona el mundo á tu gloria
Y publica tu victoria,
Enseña de salvacion!

VI.

¡Salve, oh Cruz! Tambien los ecos
Del himno de la inocencia,
De la venturosa herencia
Escogida del Señor;
Suban al monte sagrado
Donde te alzas majestosa,
Y donde te hizo gloriosa
La muerte del Redentor.

CORO.

Las aves nos presten su dulce armonía,
Las nítidas fuentes su grato rumor;
Y en férvidos himnos de santa alegría,
La Cruz adorable cantemos, que un dia
Sirvió para el triunfo del Dios Salvador.

A MARIA

EN EL MES DE LAS FLORES.

I.

YA el sol su ardiente rayo
Sobre la tierra envía:
Es el florido Mayo,
Cantémos á María,
Y el mundo todo alégrese
Con su inefable amor.

En los sagrados muros
Do habita el Ser Inmenso:
Angélicos y puros
Entre aromoso incienso
Los votos hoy elévense
Del infantil fervor.

II.

¡Salve, càsta paloma,
De dicha mensajera!
Lirio de blando aroma

Que en la eternal pradera
En amorosos éxtasis
Contempla el Serafin!

¡Iris do eterna alianza
Que misterioso augura
El gozo y la bonanza
Tras la tormenta oscura,
El universo alábete
Con cánticos sin fin!

III.

Del céfiro en las alas
Vayan á tí, Señora,
Las perfumadas galas
Que el pensil atesora
Y que la ofrenda mística
De nuestro pecho son.

La cándida azucena
Que para tí cortada
Con su fragancia llena
Tu altar, Vírgen Sagrada,
Emblema forme plácido
De nuestro corazon.

IV.

La selva, el monte, el llano
Repiten á porfía
Tu nombre soberano
Que es célica armonìa
Y da consuelo y júbilo
Al hombre en su penar.

¡Oh tierna Madre nuestra,
Al niño que te ama
Tus dulces ojos muestra
Y el labio suyo inflama
Para que en bellos cánticos
Te alabe sin cesar.

EL CAMINO DE LA AMARGURA.

Diez y ocho siglos han trascurrido; persecuciones sin fin y revoluciones sin número no han podido borrar ni ocultar las huellas de una madre que viene á llorar sobre su hijo.

CHATEAUBRIAND, Itinerario.

A la hora que marchitas dobléganse las flores
Cediendo á los rigores del astro abrasador;
Y de las claras fuentes consume los raudales
En tristes arenales el estival ardor;

Odiosa muchedumbre se lanza enfurecida
Del Dios que da la vida la muerte á contemplar:
Así las negras ondas se chocan y se agitan,
Así se precipitan en el salobre mar.

No clama ya esa turba cual otro tiempo inquieta
Al Hijo del Profeta salud y bendicion:
Insultos y blasfemias y horrendas amenazas
Se escuchan en las plazas y calles de Sion.

Mirad: hácia el Calvario con lentitud camina
Un hombre á quien inclina la mas pesada cruz;
Sus ojos celestiales ya no despiden bellos
Los plácidos destellos de su fulgente luz.

Espinas punzadoras coronan la cabeza
Del Rey cuya grandeza domina por doquier:
Sus labios están cárdenos, su rostro ensangrentado
Y el cuerpo lacerado pronto á desfallecer.

Verdugos inhumanos le ultrajan, le escarnecen
Y los sarcasmos crecen del odio mas feroz:
En tanto que los justos exhalan conmovidos
Tristísimos gemidos marchando dél en pos.

Por medio de la turba penetra silenciosa
Tendiendo cuidadosa su lánguido mirar,
La Madre Inmaculada del Dios Omnipotente,
La Vírgen inocente, transida de pesar.

No tienen sus mejillas divinas, pudorosas,
De las tempranas rosas el brillo ni el color:
No hay en su labio quejas, ni hay en sus ojos llanto,
Es mudo su quebranto, sublime su dolor.

Al ver en su almo rostro la pena indescriptible
Que destrozaba horrible su tierno corazon,
Las hijas de Solima: "¡oh madre! ¡cruel tormento!"
Dijeron con acento de grande compasion.

Mas ella nada escucha, su pensamiento fijo
Encuéntrase en el Hijo que espira ya tal vez:
Y vuela á todas partes cual desprendida hoja
Y crece su congoja y aumenta su avidez.

Al fin entre las olas del pueblo alborotado

Contempla ensangrentado, cubierto de sudor
Al hombre que se inclina jadeante y abatido
Y cae desfallecido á impulsos del dolor.

Del fondo de su pecho se escapa un ¡ay! terrible
Que espresa indefinible su padecer atroz;
Y el Hombre Dios en ella clavando la mirada
La dice: ¡Madre amada! con angustiosa voz.

La Madre oyó ese acento tan triste y lastimero;
Aquel adios postrero del Hijo celestial:
Se doblan sus rodillas y presa del tormento
Se queda sin aliento su cuerpo virginal.

¡O Madre sin mancilla á quien la pena abruma!
¿Qué humana voz, qué pluma pudiera describir
De tu fatal encuentro el sufrimiento rudo
Que fué cual dardo agudo tu corazon á herir?...

Cuando la triste Vírgen salió de su letargo
En su dolor amargo buscando al Redentor,
Al monte del suplicio llegaban presurosas
Las turbas procelosas bramando de furor.

Tras ellas fatigada la víctima inocente
Diríjese impaciente al fúnebre lugar....
¡Perdon, oh santa Vírgen! ¡olvida los dolores
Que ingratos pecadores te hicieron apurar!

LA ORACION DE UN ANCIANO.

(TRADUCCION DEL FRANCES.)

Era una tarde hermosa del estío:
Por el calor ardiente fatigado,
De mi modesta choza retirado,
Quise el céfiro blando respirar.
El sol resplandeciente, poco á poco
Dejaba ya los rojos horizontes,
Y las sombras bajando de los montes
Comenzaban los campos á enlutar.

Tocando sus zampoñas los pastores,
Las tímidas ovejas conducian;
Y los cansados bueyes dirigian
Sus lentos pasos al campestre hogar.
El silencio á turbar de la campiña
Solo venian de lugar distante
Los golpes que el yunque resonante
Daba el tosco martillo sin cesar.

Sin sentirlo del pueblo me alejaba . .
¡Se quiere tanto el solitario suelo,
Do encuentra el alma bienhechor consuelo
Y se abandona á sus recuerdos mil!
Ya la noche reinaba; mas su aspecto
No al pecho de pavor estremecia;
Que con su encanto indefinible hacia
De gozo puro el corazon latir.

Ni un celaje vagaba por el cielo,
Y su bóveda azul con luces bellas
Adornaba un ejército de estrellas
En infinita y rica profusion.
Y á la luz apacible de la luna
Las fantásticas sombras resaltaban
De las vecinas selvas que engendraban
Melancólica y dulce inspiracion.

Todo callaba: el arroyuelo apénas
Por la fértil campiña atravesando,
Con débil eco de murmurio blando
El silencio llegaba á interrumpir.
Al contemplar del mundo adormecido
La universal y sorprendente calma,
Sublimes pensamientos en el alma
De esperanza y de amor brotar sentí.

A la orilla de un lago cristalino
Y entre los sáuces que su linfa baña,
Solitaria y humilde una cabaña

Distinguí de la luna al resplandor.
  Y fuéme grato en las tranquilas ondas
Ver retratarse el ancho firmamento,
Y los frondosos árboles que el viento
Levemente agitaba en derredor.

  Silencioso evocando mis memorias
Vagaba absorto en la enramada umbría,
Cuando una voz de tierna melodía
De mí no légos se dejó escuchar.
  Lleguéme presuroso; sin ruido
Las verdes ramas separó mi mano,
Y un viejo venerable á mí cercano
Pude ver en la incierta claridad.

  Su calva frente, su semblante noble,
La barba por el tiempo emblanquecida,
Y al impulso del céfiro mecida,
Causaban respetosa admiracion.
  Bajo una encina arrodillado estaba,
Sus ojos hácia el cielo dirigía,
Y al Supremo Hacedor así decia
Del fondo de su tierno corazon:

  "¡Oh tú, Señor, cuyo poder inmenso
Publica por doquier naturaleza
Con tanta maravilla y tal grandeza,
Que absorto queda el mísero mortal!
  De lo alto de ese trono que circundan

Viviendo de tu amor brillantes coros,
Que tu gloria con cánticos sonoros
Celebran de su cítara al compás;"

"Por un momento vuelve, Padre mío,
A la tierra tu rostro soberano,
Y fija tu mirada en el anciano
Que aquí te adora con sencilla fe.
En medio del silencio de la noche
Uno mi voz al celestial contento:
Escúchala, Señor, porque es mi acento
Un humilde homenaje á tu poder."

"El universo que extasiado miro
Es el gran templo que en tu honor hiciste,
Y por rica techumbre le pusiste
Del cielo la magnífica extension.
El astro rey le alumbra por el dia;
Por la noche esas lámparas fulgentes;
Y los hombres que te aman reverentes
Los sacerdotes de ese templo son.

"¿Cómo es que en su delirio y en su orgullo
De tu existencia mófase el impío,
Cuando solo tu ciencia y poderío
Conservan de ese mundo el esplendor?
¿Cómo al ver esos globos rutilantes,
Esos mares de indómita fiereza,
Y la tierra, Señor, con su belleza,
El hombre niega á su inmortal Autor?

"Bendita, ¡oh Padre! tu bondad suprema,
Que léjos de la corte corrompida,
Me hizo nacer en soledad querida
Y apartó de mi pecho la maldad.
Hace ya un siglo que tu amor inmenso
De este retiro en la apacible calma,
Me dá el único bien, la paz del alma
En medio á la feliz mediocridad.

"Tú llenas con el trigo mis graneros;
Tú haces correr el agua en mis campiñas;
Tú dás vigor á mis silvestres viñas;
Por tì fecundos mis ganados son.
Tu mano cubre mi apartado huerto
De regalado fruto y blandas flores,
Que no secan del Austro los rigores
Ni arrebata impetuoso el Aquilon."

"Tú de mi dulce compañera guardas
Y de mis tiernos hijos la existencia:
Yo bendigo tu santa providencia
Que mi postrera edad consuela así.
Ellos las prendas son de mi cariño
Y solo anhela, oh Dios, el pobre anciano,
Ser el primero á quien tu augusta mano
El sueño funeral lleve á dormir."

"Antes que venga el aterido invierno
Bajaré de mis padres á la tumba. . . .
¡Omnipotente Dios! cuando sucumba,

Cual sucumbe la encina secular,
Sé de mis hijos el amparo y guía;
Sé de mi esposa perennal consuelo;
Y tu mirada desde el alto cielo
Nunca deje sobre ellos de velar!"

Sin duda iba á seguir: mas de sus ojos
Dos raudales de lágrimas brotaron,
Y profundos suspiros se escaparon
De su amante y sensible corazon.
Celeste brillo reflejó en su frente;
Alzándose por fin, marchó tranquilo,
Y largo tiempo en el campestre asilo
Su ferviente plegaria se escuchó.

La ténue luz de la risueña aurora
Los vastos horizontes sonrosaba,
Y en el espeso bosque resonaba
Un concierto de mágico placer.
El diligente labrador uncia
Al arado los bueyes mugidores,
Y en pos de los corderos triscadores
Saltaba de contento el perro fiel.

Del seno de las ondas que rizaba
Con blando halago el matinal ambiente,
Coronada sacó la altiva frente
De rayos de oro y de rubís el sol.

Entonces con el alma conmovida
De aquella noche al inefable encanto,
A mi albergue volví, y el nombre santo
Bendije una y mil veces del Señor.

LA CARIDAD.

Y yo, Señor, que en el profundo seno
De la maldad me agito;
Débil mortal, que de miserias lleno,
Por doquiera que vuelvo la mirada
El hondo abismo encuentro de mi nada:
¿Cómo habré de cantar, Dios infinito,
La ardiente caridad, cuyo ser tiene
Principio y fin en tu divina esencia:
Que en insondable arcano
Con un eterno vínculo mantiene
Enlazadas las obras de tu mano;
Y que elevando al hombre en raudo vuelo,
Le hace olvidar la mísera existencia
De este finito suelo;
Y gozarse en la suma Inteligencia,
Que de tu amor abriendo los tesoros
Así junta la tierra con el cielo?
¡Espíritu increado!

¡Fuente de amor purìsima y fecunda!
¡Eterna luz, cuyo esplendor sagrado
Los cielos de los cielos ilumina
Y el universo inunda!
Ven á mi corazon: y cual un tiempo
Tu misteriosa inspiracion divina
Al amoroso Rey, Santo Profeta,
Enseñó las dulcìsimas canciones
Que de Judá los pechos inflamaron,
Cuando con inefables vibraciones
Del arpa encantadora del Poeta
Las cuerdas resonaron:
O cual de Pablo el corazon un dia
De tu encendido fuego la saeta
En hoguera tornó de amor profundo,
Que con sus llamas abrasar debia
Los pueblos todos del inmenso mundo;
¡Asì, Númen que adoro, el alma mia
Haz que inflamarse sienta!
Por un rayo fulgente desprendido
De aquel trono de eterna y clara lumbre
Que del Monte Sion la excelsa cumbre
Para tu gloria y majestad sustenta!
¡Ven! Y será mi canto
Cual lo es, Señor, el del ardiente coro
Que en indecible amor y dulce encanto,
Alaba sin cesar tu nombre santo
Al compás de sus cìtaras de oro.

Se escuchará mi acento poderoso,
Ora grave, solemne, majestoso,
Como el mar que sus ondas precipita;
Ora cual suele el trueno fragoroso
Cuando sus alas la tormenta agita;

Ya tierno y melodioso,
Cual de la amante tórtola el arrullo;
Ya leve como el aura que suspira;
O como el arroyuelo que sus aguas
Tranquilo lleva en plácido murmullo.

¿Quién como tú, gran Dios?..ante los tiempos
Viviendo por tí mismo,
Tu soberana esencia contemplabas;
Y de la eternidad, en el abismo,
Gozándote en tus propias perfecciones,
Con amor ardentísimo te amabas.
Tu espìritu increado
Sobre la niebla densa
De la informe materia era llevado
Con majestad inmensa:
Cuando "HAGASE LA LUZ," Señor, dijiste:
Y huyendo al punto á la extension vacía,
Despareció la niebla oscura y triste
Al rayo hermoso de la luz del dia.
Como un manto los cielos extendiste,
Sembrando en él estrellas á millares:
A tu potente voz se alzó la tierra
Como medroso niño, y á tu soplo
Juntáronse las ondas de los mares.
Mas al designio altìsimo que encierra
Desde la eternidad tu amor profundo,
Falta el mas noble sér de cuantos séres
Forman el bello mundo;
El que debe ensalzar tu augusto nombre
Y adorarte, Señor, como tú quieres.
Y fué creado el hombre,
En cuya frente erguida
Hizo brillar tu sacra Omnipotencia

Un rayo de tu misma inteligencia;
Y en cuyo pecho, con buril eterno
Tu diestra poderosa
La ley santa de amor dejó esculpida:
Emanacion de tu fecunda esencia,
Lùz pura y misteriosa
Que ilumina la senda de la vida.
¡Y el hombre te adoró! De gozo henchido
Su ardiente corazon, el homenaje
Te tributó rendido
De aquella caridad abrasadora,
Cuyos dulces afectos contemplaron
Y en sublime concierto acompañaron
Los séres todos del Eden florido.

Mas ¡ay! que en negra hora
La soberbia levanta su cabeza
Y aparta de tu ley al hombre osado,
Que desconoce, oh Dios, que le has creado
Para adorar tu nombre y tu grandeza;
Y al soplo de tu ira
Del bellísimo Eden se ve lanzado,
Cual débil caña que arrebata el viento:
Buscan en vano sus inquietos ojos
La perdida mansion y su contento,
Y en torno solo mira
La inmensa soledad, cuyos abrojos
Es, con llanto regar, su triste suerte,
Y oye doquier las voces de la muerte
Que reclama sus míseros despojos.

Los siglos tras los siglos desparecen!....
Envuelto el mundo con la niebla oscura
De torpe idolatría,

La ley sublime, celestial y pura,
Que escrita con tu dedo soberano
Al hombre diste en el Sinái un dia,
Ese hombre, ciego en su maldad impía,
Quiso borrar con atrevida mano.
Y al profundo rencor abre su seno;
Torvas al cielo sus miradas lanza;
Contra su propio hermano
Convierte su furor, y de ira lleno,
En inocente víctima le torna
De su injusta venganza!....

Mirad empero allí!... Sobre la cumbre
De esa triste colina
Que rodea confusa muchedumbre,
Pendiente de una Cruz, la frente inclina
El Hijo del Señor: la hermosa lumbre
De sus divinos ojos ya se apaga,
Y en torno del Dios Fuerte
La negra sombra vaga
Con que viene fatídica la muerte.
"¡Oh Padre, de tu amor el sacrificio
Por el hombre se encuentra consumado..
Recíbele propicio,
Y brille tu perdon sobre el culpado!"....
Dice, y exhala el postrimer aliento:
Cuando un ángel de blanca vestidura,
Mas hermoso que el sol, los aires hiende,
Del resplandor eterno circundado
Que en la gloria fulgura;
Y cual veloz relámpago desciende
Hasta el pié de la Cruz, do en su profundo
Amor, ha muerto el Redentor del mundo.
Y lanzando en redor tierna mirada

Por un fuego purísimo inflamada:
"Descendientes de Adan! el triste llanto
Que á vuestros ojos arrancó el delito
Cese ya de correr; porque el Dios Santo,
En cuyo libro eterno estaba escrito
El dia de ventura y de consuelo,
Por el precio infinito
De esa sangre vertida en vuestro abono,
De nuevo os llama de su amor al trono,
La puerta os abre del perdido cielo."
"Yo soy la Caridad: la mas sublime
De las virtudes soy, y Dios me envía
Para ser en el mundo vuestra guia:
Para enseñaros el feliz destino,
Que esa Cruz os prepara salvadora,
Y por la cual, vosotros, los humanos,
Hijos sois del Señor, y sois hermanos:
Para llorar con el que triste llora,
Y ser de vuestra vida en el camino
Cual la columna de sagrado fuego
Que en la noche sombría
Al pueblo de Israel iluminaba
Y su fe y esperanzas mantenia."
Dijo así el ángel; y sus alas de oro
Desde el sangriento Gólgota tendiendo,
Los montes y las vastas soledades,
Los pueblos y ciudades
En incansable vuelo recorriendo,
Ha venido á través de las edades
Sus mágicas palabras repitiendo.
Y el hombre al escuchar su voz divina,
Su voz de encanto y de ternura llena,
Dulce como el concierto de las aves
Que en la enramada suena,

Cuando en trinos suaves
Saludan del Abril enamoradas,
Las frescas y risueñas alboradas;
Alza del polvo la abatida frente,
En éxtasis sublime arrebatado
Fija en el cielo su mirada ardiente;
Y ya como el Apóstol, inflamado
Por el Divino Espíritu, es llevado
Mas allá de los astros brilladores
A contemplar con júbilo indecible
De aquel eterno sol inextinguible
Los vivos resplandores:
Ya como la amantísima Teresa,
El tierno pecho herido
Por el mas fuerte amor de los amores,
Siente su corazon desfallecido,
Y sostenerle quiere
Con el blando perfume de las flores,
Cual la Esposa feliz de los Cantares
Que por su amado muere,
Por su amado escogido entre millares!
Y prorumpe de amor enajenada:
"¡Oh si el alma que yace aprisionada
En esta cárcel dura,
Las pesadas cadenas quebrantando,
Alzar pudiera su sereno vuelo,
Y libre por el viento atravesando
Ir las moradas á habitar del cielo...."

Mas de la Caridad la voz sublime
Vuelve el hombre á escuchar: y al mundo mira
Donde su estirpe con afan suspira,
Do la raza de Adan padece y gime:
Se conmueve, se agita, se apresura,

Y al ángel busca de las alas de oro,
Y le demanda el celestial tesoro
Que del trono de Dios bajó consigo,
Para calmar del hombre la amargura,
Darle consuelos y enjugar su lloro.
  Y marcha en pos del mísero mendigo
    Que desnudo y hambriento,
Con planta débil, vacilante, incierta,
El, ¡la imágen de Dios! cual vil gusano
Arrastrándose va del avariento
    A la dorada puerta
Que á abrir no viene compasiva mano;
Y el pan le alarga, y sonriendo ufano,
Deja su triste desnudez cubierta.

  ¿Oís? ¿oís?..Con temeroso estruendo
El carro cruza de la guerra impía,
    Que de furor ardiendo,
Con ímpetu satánico menea
De la discordia la inflamada tea:
Y se escucha la ronca artillería;
Los montes y los valles se estremecen;
Y resuena confusa gritería:
Crece el espanto y los gemidos crecen,
Y se aumentan los ayes de agonía.
  Entre el fuego, el horror y la matanza,
Con faz tranquila y con serena frente
Una brillante Pléyade se lanza:
Las hijas son del inmortal Vicente,
Que por el ángel bello conducidas,
    Van con amor profundo,
Bálsamo á derramar en las heridas
    Del pobre moribundo,
Y á mostrarle en dulcísima esperanza

Otro mundo mejor que aqueste mundo.
¿Qué gemido es aquel, que penetrante
Hiriendo el cierzo helado,
Turba la calma de la noche oscura?..
¡Ah! ¿no sentís el pecho desgarrado?
Mirad... es una débil criatura
Que, el mismo sér á quien debió la vida
Abandonada deja,
Y entre las sombras rápido se aleja.
¡Mujer sin corazon! ¡Mujer impura!
Monstruo de horror, no esperes que te nombre
Con el nombre dulcísimo de madre;
Nombre que dice amor, vida, ternura,
Nombre sagrado que venera el hombre...
¡Tú te alejas, mujer!... Pero el Dios bueno
De infinita clemencia
Manda de caridad al ángel lleno,
Al ángel protector de la inocencia
Que amoroso recoje al tierno niño,
Cuya cuna no vela con sus alas
El maternal cariño.

¡Angel de bendicion! tambien tú asistes
Del pobre enfermo junto al duro lecho,
Y das consuelo á su afligido pecho
Que en congojoso afan respira apenas.
Y vas tambien á las mansiones tristes
Que el cautivo humedece con su llanto
Y que hace resonar con sus cadenas;
Y con cariño santo
Le hablas de Dios, y cálmanse sus penas.

¿Y vosotros, apóstoles ardientes,
Que atravesando los ignotos mares,

Del ángel tras la huella misteriosa,
A las bárbaras gentes
Llevais la antorcha de la fé radiosa?
¡Vosotros!...Mas ¿adónde me conduce
La ardiente inspiracion? ¿Osado quiero
Seguir á esa deidad incomparable?
¿Cómo, dulce Dios mio,
Recorrer ese piélago insondable,
En presencia del cual me considero
Como pequeña gota de rocío?

¡Alma del mundo, incomprensible esencia!
¡Angel que ostentas tus divinas galas!
Para encantar del mundo la existencia!
Si de mi impuro labio puede el ruego
Llegar, virtud, á tí; ven, y tus alas
Cubran esta falange poderosa
Que inflamar debe con tu sacro fuego
El vasto suelo de mi patria hermosa! (1)

(1) Esta oda fué recitada por el autor en la primera sesion pública que celebró la Sociedad Católica de México con la mayor solemnidad el 29 de Junio de 1869.

A MI HERMANO JOSE,

AL CANTAR SU PRIMERA MISA

Hoy el Dios de Israél y de mis padres
Con mano liberal, piadosa y blanda
En el hogar que el corazon no olvida
Júbilo y dicha con amor derrama.
¡Cuán lenta fué la pavorosa noche
Con sus horas tristísimas y amargas!
Tras la tormenta del dolor acerbo
Que el enojado cielo descargara,
Risueña y pura la gentil aurora
En el bello horizonte se levanta
Con sus fulgores plácidos vertiendo
Torrentes de consuelo y de esperanza.
¡Cuán hermoso es el dia suspirado
Que aquesa luz magnífica presagia
Tiñendo los celajes vaporosos
De oro brillante y de encendido nácar!
En santo goce dilatado el pecho
Como en un mar azul, quieto y sin playas,
La triste historia de sus hondas penas
Como un sueño fatal olvida el alma.

Y absorta en los encantos de esa aurora
Que armonías celestes acompañan,
En notas dulces prorumpir quisiera
De los míseros hombres no escuchadas.
Pero ¡ay, amor y gratitud no puede
Traducir del humano la palabra;
Que amor y gratitud son infinitos,
Y solo el ángel los expresa y canta!
El ángel, sí: pero tu dicha inmensa
¿No á la del ángel mismo sobrepasa
Cuando el Señor á la sagrada tribu,
Oh dulce hermano, en su bondad te exalta?
Ministro de la augusta Omnipotencia
Que hizo brotar los mundos de la nada,
El concede á tu voz el poderío
Que el espíritu angélico no alcanza.
Y tú ese amor y gratitud eternos,
Esos prodigios que mi voz embargan,
Ese infinito á que llegar no puede
El númen mio con sus pobres alas,
Narrarlo debes en sonoros himnos
Como el Profeta–Rey al son del arpa.
Al escuchar el misterioso *fiat*
Que en el nombre de Dios y ante sus aras
Hoy pronunciaste por la vez primera
Trémulo el labio, conmovida el alma;
Cual si la voz de mil generaciones
En tributo de amor se levantara,
Cruzando majestosa por los siglos
Y al trono del Señor subiendo rauda,
De júbilo la tierra se estremece
Y entona el cielo místicos hosannas.
Ya entre las nubes de oloroso incienso
La Víctima de amor tus manos alzan

Reproduciendo la sublime escena
Que al hombre triste de la muerte salva.
En brillantes innúmeras legiones
Cándidos coros de los cielos bajan
Y, cual un tiempo de la Cruz en torno,
Hoy en tu derredor postrados se hallan,
Y al Hombre-Dios adoran en silencio
Cubriendo el rostro con sus alas blancas.
En tanto la creyente muchedumbre
La faz inclina en lágrimas bañada
Y suspira de amor y de ternura
Fervorosa elevando sus plegarias
Al compas de la música divina
Cuyas notas dulcísimas y blandas
Publican el mayor de los portentos
Resonando en las bóvedas sagradas.
Adornado con ricas vestiduras
Que tu sublime dignidad realzan;
De pie junto al altar do las naciones
Concentran sus recuerdos y esperanzas;
De resplandor eterno circuida
Tu frente por el óleo consagrada;
Y en tus débiles manos sosteniendo
A quien huella los astros con su planta,
Al Dios que con terríficos prodigios
Dió en un tiempo sus leyes soberanas
Y hoy convertido en cándido Cordero
Del inefable amor la ley acata;
¿Por qué cetros valiosos de la tierra,
Por qué coronas ricas y preciadas,
Por qué laureles de mundana gloria,
Por qué conquistas de ruidosa fama,
Por qué tesoros que ambicion alientan,
Y por qué ciencia que la mente exalta,

Tu gloria, tu poder, tu herencia rica,
Y tu envidiable excelsitud trocaras?...
  Y ¿qué contento compararse puede
Al contento que inunda nuestras almas
Contemplando la alteza del destino
Que Dios en sus bondades te depara?
Cuando al Padre la Víctima ofreciste
Bañando el pecho con ardientes lágrimas
¿No viste un ser que entre los bellos coros
Adorando á su Dios se prosternaba?
¿Le viste?... Su flotante vestidura
Era, oh hermano, cual nieve blanca;
Por su labio vagaba una sonrisa
De ternura indecible; su mirada
Despedía una luz tan apacible
Como lo es en abril la luz del alba,
Y bella como el sol resplandecía
Aquella noble faz trasfigurada.
  ¿Le viste?.. Cuando al Santo de los santos
En tus ungidas manos elevaras,
Se estremeció de santo regocijo,
Hácia el ara tornó la frente casta,
Te miró con dulzura indefinible,
Y luego viendo á la Hostia inmaculada,
De esta suerte clamó: "¡Bendito seas,
Queridísimo ser de mis entrañas;
Bendita aquella fe de tus mayores;
Benditos mis cuidados y mis ansias;
Y bendito en los siglos de los siglos
El magnífico Dios que así nos ama!"
  ¿Escuchó por ventura esos acentos
El buen anciano que en el templo estaba
La dicha contemplando embebecido,
La ventura del hijo de su alma?

¿El rostro vió de la adorada esposa
Que un santo resplandor iluminaba?
Ah! no lo sé: pero mi dulce padre,,
Con sollozos tiernísimos, es fama;
Que nuevo Simeon: "¡Gracias, Dios mio,
Que así consuelas mi vejez cansada:
Llevarme puedes á tu seno augusto,
Porque está satisfecha mi esperanza!"
Dice, y alzando la abatida frente,
Con tierno llanto las mejillas baña.
¡Ah, si dado me fuera, hermano mio,
Volar ligero cual las leves auras
Hasta ese hogar que el corazon no olvida
Y cuya gloria por tu dicha labras;
Si pluguiera al Señor que el llanto mio,
Llanto feliz que al corazon arrancas,
En este dia á confundirse fuera
Con vuestras tiernas amorosas lágrimas;
Cuál de nuestra ventura el edificio
Con regia esplendidez se coronara!
Pero aquesa corona con que sueña
El mísero mortal en tristes ansias
Se halla tan sólo en el eterno dia,
No en sombras, no, que fugitivas pasan!
Tú, que vas á alumbrar en las tinieblas
Que á los pobres viajeros amenazan,
Lleva en alto la luz, que sus destellos
La única senda de la vida marcan!

EN UN BOSQUE.

MEDITACION.

LENTAS se mecen las erguidas copas
De estos frondosos árboles: camina
Envuelta en una nube blanquecina
De la callada noche la deidad.
¡Retiro encantador, lugar querido,
Cuánto embelesa tu apacible calma,
Con qué insólito afan te busca el alma
Melancólica y bella soledad!

Grato es sentir en la abrasada frente
De la nocturna brisa los halagos,
Y cual suspiros misteriosos, vagos,
Leves rumores en la selva oír.
Se ensancha el corazon, y poco á poco
Se va inundando en plácido consuelo
Mientras los ojos fijos en el cielo
La grandeza de Dios miran lucir.

Otros en el festin y alegre danza

Al hechizo de pérfidas mujeres
Sofoquen entre risas y placeres
De su conciencia el grito aterrador.
Y en lecho de oro y púrpura el magnate
Quiera en vano borrar de su memoria
De sangre y luto la tremenda historia
Que insomne mira con letal pavor.

Yo en el silencio de la selva umbrosa
A tì, Señor, levanto el pensamiento:
Haz que mi voz ligera como el viento
Llegue al pié de tu trono celestial.
En medio á su dolor, la dicha el alma
Pidió á los hombres, de amargura llena;
Mas no pudieron quebrantar su pena
Los débiles esfuerzos de un mortal.

Tú eres tan solo quien volverme puede
La dulce paz que sin cesar ansío;
Y llenar ese lóbrego vacío
Que se dilata en torno de mi ser
Con un rayo purísimo y fulgente
De aquella luz de tus divinos ojos
Que el arcángel feliz, puesto de hinojos,
Contempla absorto en inmortal placer.

Como vuela pintada mariposa
De una flor á otra flor en los pensiles,
He vagado en mis años juveniles
Buscando la ventura con ardor.
Insensato de mí, ¿cómo en el mundo
La paz del corazon hallar queria,

Cuando espina cruel mi mano heria
Siempre al tocar la suspirada flor?

Y yo, Señor.....perdona mi locura,
Me olvidé de tu augusta providencia,
Y tal vez iba á hundirse mi creencia
En ese abismo de angustioso afan.
"¿Por qué, por qué, clamaba en mi delirio,
El potentado en su palacio goza,
Y del humilde rústico en la choza
Gratas las horas trascurriendo ván?"

"Goza el águila altiva en raudo vuelo
Del esplendente sol la lumbre pura;
Y el pajarillo canta en la espesura
A la hora del crepúsculo su amor.
Duerme tranquilo en su apartada gruta
Fiero el leon cuyo rugido espanta;
Y el pequeño reptil bajo la planta
La sombra encuentra y el vital calor"

"¡Todos felices son! y yo tan solo
Provoqué del destino los enojos?
¿Por qué brota este llanto de los ojos?
¿Por qué no hay para mí consolacion?"...
Así, Dios de bondad, mi torpe labio
A murmurar llegó con osadía
En el exceso de la pena impía
Que laceraba el pobre corazon.

Empero tú, Señor, que no te olvidas
Ni de la flor que entre las rocas crece,

Ni del insecto que fugaz se mece
En las alas del céfiro sutil:
Tú que á las aves cuidadoso vistes
De rico y hermosísimo plumaje
Y al lirio das el seductor ropaje
Con que en el valle muéstrase gentil;

Me tendiste tu diestra poderosa
Lleno de amor en el instante mismo
Que el vértigo espantoso del abismo
Comenzaba mi vista á oscurecer.
Y entónces cual cansado peregrino
Que ve una luz brillar en lontananza,
Sentí la dulce y mágica esperanza
En mi agitado pecho renacer.

Ansiosa el alma desde entónces quiere
Libre volar á la mansion serena
Do no la turbe congojosa pena,
Ni le arranque gemidos el dolor.
Donde la dicha no es mentido sueño
Cual lo es, Señor, en la mezquina tierra;
Sino la dicha que el amarte encierra
Sin riesgo de perder tu eterno amor.

¡Consoladora fé, por quien sumisa
Mi razon á la sabia omnipotencia,
Esos arcanos de insondable esencia
Se complace tranquila en venerar!
Antorcha refulgente, con que miro
Muy mas allá del anchuroso cielo
Un Padre de bondad y de consuelo
Que por sus hijos vela sin cesar!

¡Fanal esplendoroso, cuyos rayos
La nave llevan al seguro puerto,
Cuando deja el piloto el rumbo cierto
En medio de la negra tempestad!
Mi paso incierto por la senda guía
Que lleva al hombre á su inmortal destino
Y de mi vida el áspero camino
Ilumine tu excelsa claridad.

———

PIO IX.

CANTO al sublime Rey! ¡Generaciones
Que en el polvo dormís, á que da sombra
El árbol de la Cruz! Del labio mio
Que reverente nombra
Al grande, al fuerte, al admirable Pio,
El acento interrumpa sonoroso
El silencio que guardan las edades
En vuestras misteriosas catacumbas,
Y el secular y fúnebre reposo
Que reina en vuestras tumbas.
A escucharme venid: porque mi canto
Es la potente voz de todo un mundo
Que, al celebrar con regocijo santo
Del ilustre Pontífice la gloria,
Al Dios ensalza cuyo amor profundo,
Sobre el Infierno alzando sus trofeos,
Magnífico se ostenta en su victoria.
A escucharme venid: porque yo entono,
Con esa misma fe pura y cristiana

Que inflamó vuestras almas con su lumbre,
El himno de la alegre muchedumbre
Que desde el Mundo de Colon se afana
Por elevar sus votos hasta el trono
En que tranquilo, majestoso y firme,
Cual dura roca que las ondas baten
Cuando los vientos con furor combaten,
Libre se asienta el inmortal Pio Nono.
¡Y vos, Señor, cuyo divino acento
Que oyó con fe sencilla,
El Santo Pecador de Galilea,
A través de los siglos inmutable,
Al orbe maravilla
Y del cristiano el corazon recrea;
Dad á el alma vigor: que la voz mia
Para ser de tus hijos escuchada,
Se desate cual límpida cascada
En torrentes de plácida armonía!
Cuando cubiertos de pavor y susto
Los angélicos coros contemplaron
Del tremendo Jehovah tornarse fiero
Súbito el rostro paternal y augusto;
En tímido silencio se postraron
Y el delito fatal triste lloraron
Del pecador primero,
Que, al mirar del Señor la faz airada,
A sus plantas cayera en su ruina,
Cual la robusta encina
Por el rayo terrible desgajada.
Mas como rebramando la tormenta
Cruza en alas del viento arrebatado,
Y va á perderse tras lejanos montes,
Dejando en pos el íris que se ostenta
En el cielo azulado

Desde opuestos y limpios horizontes;
Así del poderoso
Y eterno Creador, á mirar vuelven
Los ángeles purísimo y sereno
Más que la luz radiante, el rostro hermoso
Y de ternura incomprensible lleno.
Y aun se oye en los confines de la gloria
El eco de la voz omnipotente,
Que por salvar al mundo delincuente
Anuncia la victoria
Que la sagrada Vírgen sin mancilla
Ha de arrancar á la infernal serpiente;
Cuando entre aquellos coros celestiales,
Que al son de sus divinos instrumentos
Celebran con dulcísimos acentos
Del Señor las promesas eternales
Y los altos portentos,
Un arcángel hermoso se adelanta
Y frente al trono augusto del Eterno,
Así con inefable voz que aterra
A los soberbios monstruos del Averno,
Que hace de gozo estremecer la tierra
Y á la eternal Jerusalem encanta,
Al compas de su cítara armoniosa
En sacro fuego ardiendo alegre canta:
"¡Salud y bendicion! ¡Eterna gloria
Al poderoso nombre
Del inmenso Jehová! ¡Que su clemencia
Por el ángel se cante y por el hombre,
Y que su formidable Omnipotencia
Ensalce la creada inteligencia
Y al universo asombre!
A traves de las sombras de los siglos
Penetra su mirada:

Y cuando luzca el dia en que su mano
De los tiempos descorra el negro velo,
La humanidad contemplará asombrada
De su alta ciencia el misterioso arcano
Que ahora cantan los ángeles del cielo."
"De Nazaret la cándida doncella
Que pura nacerá, como la estrella
Que radiante precede al nuevo día,
La gloria del Señor será mas bella,
La gloria en que desde ántes de los tiempos
La excelsa Trinidad se complacia.
Absortas al mirarla las naciones
Cantarán la pureza de MARIA,
Con las voces de mil generaciones,
Aunque las iras del Dragon soberbio
Siembren la saña en el ingrato mundo,
Y con rencor profundo
Sople Satan en la anchurosa tierra
El viento abrasador que al hombre aterra."
"Mas pasarán las negras tempestades;
Y al cumplirse el decreto soberano,
Allá en la mas feliz de las edades
Levantará su voz un justo anciano
De Pedro sucesor, y que en su mano
Firme llevando el estandarte regio
Del hijo de David, la inmensa gloria
Narrará del Señor Omnipotente
Declarando la gloria de María:
Y cual suena la voz del Oceano,
Así la del Pontífice-Monarca
En los oídos sonará aquel dia
De la admirada gente
Que el mundo todo en su extension abarca
De la cuna del sol al Occidente

Y desde el Septentrion al Mediodía."
"Y el Señor premiará la fe sincera
De quien ensalza de Miriam el nombre,
Haciendo ilustre su inmortal carrera
Cual la del sol que alumbra los espacios,
Y al mundo presentándole do impera
La religion sublime del Dios-Hombre,
Cual la erguida palmera
A cuyo pié tranquilo se guarece
El viajero que escucha el ronco trueno
Que retumbando en las montañas crece."
"¡Salud y bendicion á vos, Dios santo!
Ya en el futuro la grandeza brilla
Que inspira al cielo su apacible canto,
Corre el tiempo veloz y cesa el llanto
Que vuestra Iglesia vierte en sus dolores;
Surca triunfante el justo en su barquilla
Aquel hirviente piélago de horrores,
Y de vuestra bondad en larga muestra
Divisa en lontananza,
El suspirado puerto de esperanza,
Y se avivan los claros resplandores
Del lábaro divino que sostiene
Su poderosa diestra."
"Ya torna á repetir alegre el mundo
Los himnos que tambien en las futuras
Edades sonarán, diciendo: ¡Gloria
A nuestro Dios que mora en las alturas,
Y dulce paz al hombre
De buena voluntad y amor profundo!"
Cesó el ángel. Sus notas peregrinas
Los innúmeros coros repitieron,
Y de Sion las místicas colinas
De indecible placer se estremecieron.

Entretanto el Señor desde su trono
Circundado de luz y eterna gloria,
Vió que Satán con impotente encono
Se agitaba rugiendo en el abismo,
Y complacido en su inmortal victoria
Siguió inmutable amándose á sí mismo.

AL MAR.

Absorto al contemplarte por la ocasion primera,
Me siento estremecido de asombro y de placer;
Y como aquesas ondas que azotan tu ribera
Ignotas emociones se agitan en mi ser.

¡Salud á tu grandeza, oh férvido oceano!
¡Salud á tu imponente, terrible majestad!
Para cantarla dame tu aliento soberano
Que va rugiendo en alas de recia tempestad.

Desde mi tierna infancia soñé que te veía,
No airado el hondo seno bramando de furor,
Sino azulado espejo que terso relucía
De la argentada luna al plácido fulgor.

¡Ah, cómo desde entónces con un afan intenso
Ansiaba tu infinita llanura conocer,
Y aquí desde tus playas el ancho golfo inmenso
Con ávidas miradas gozoso recorrer!

Despues, cuando escapáronse los sueños de la infancia,
Como esa blanca espuma se pierde en copos mil,
O cual ligera brisa que lleva la fragancia
De las galanas flores orgullo del pensil;

Cuando á las inocentes y cándidas visiones
De aquella venturosa, dulcísima niñez,
Violentas sucedieron volcánicas pasiones
Como esas densas nubes de triste lobreguez;

Tambien, oh mar, soñaba con tu inmortal grandeza;
Pero el constante anhelo del juvenil ardor
Ha sido el ronco estruendo, la indómita fiereza
Con que tus olas se alzan en choque aterrador.

¡Rugid, furiosas ondas.....que para el alma mia
Que la incesante lucha sostiene del pesar,
Hay ecos misteriosos de mágica armonía
En el hirviente seno del agitado mar!

Vosotras, cuando tornen los céfiros süaves,
A acariciar la playa vendreis ledas tambien,
Cual unas en pos de otras se ve á las blancas aves
Mecerse en el espacio con plácido vaiven.

Mas yo, que de tormentos cercada tengo el alma,
Y el pecho destrozado por bárbara afliccion,
¿En dónde, oh mar, y cuándo la apetecida calma
Hallar podré tranquilo del triste corazon?

Levanta con mas furia tus negras oleadas:
En gigantescos tumbos estréllense á mis pies,
Y al verse por los muros endebles rechazadas
Auméntense iracundas para venir despues!

Mas ¿qué es lo que profiere osado el labio impío
Tu enojo, santo cielo, viniendo á provocar?
Perdona mi soberbia, y pueda yo, Dios mio,
A tus excelsas glorias mi cántico entonar.

A tu poder sublime que majestoso brilla
En las hinchadas ólas que empuja el huracan,
Y que con un estrépito que aterra y maravilla
Tu formidable acento reproduciendo van.

Así resplandecía tu sabia Omnipotencia
Cuando ántes de que fuese la bella creacion,
De tu divino espíritu la inexcrutable esencia
Del insondable abismo cruzaba la region.

Así tambien brillara terrible y vengadora
Cuando del negro crímen la copa rebosó,
Y enviaste de tus aguas la mole destructora
Que á la culpada tierra con furia castigó.

Así tambien mostraste tu cólera potente
Cuando en el hondo seno del entreabierto mar
Al orgulloso egipcio, sus carros y su gente
Con tu divino soplo te plugo sepultar.

Incomprensible Númen! al ver el oleaje
Que tu impetuoso aliento hace á mis pies hervir,
Se doblan mis rodillas, y no hallo en qué lenguaje
Tu sacra Omnipotencia pudiera bendecir!

Por eso me contento con escribir tu nombre
En las riberas húmedas que estático me ven
Pensando en los portentos que hiciste para el hombre
Y que doquier reflejan tu soberano Bien.

¡Y el hombre, que al espacio como el condor se lanza,
Que burla de los mares el sin igual furor,
Que en las remotas nubes á sorprender alcanza
El escondido gérmen del rayo destructor;

El hombre, que atrevido revuelve las entrañas
En que la avara tierra tesoros guarda mil;
Que del vapor en alas salvando las montañas
Atras deja á las águilas y al céfiro sutil;

El hombre á quien dotaste, Señor, de inteligencia,
De corazon sensible, de noble libertad,
Desprecia los destellos de tu divina esencia,
Y niega su alto orígen, y olvida tu bondad!

¡Oh Dios! al fin ya brota la reprimida vena
Del llanto que sofoca mi ardiente corazon;
Y riego con mis lágrimas la movediza arena
Desde la cual escucho del mar el ronco son.

¡Oceano proceloso! estupefacto y mudo
Me es grato aquí las horas brevísimas pasar.
La inspiracion me agita!..de nuevo te saludo,
Y nunca de tus playas quisiérame apartar!

Tus playas, que otro tiempo la horóica hazaña vieron
Del Extremeño Hernando, del semi-dios Cortés,
Cuando cenizas tristes las naves se volvieron
Porque brotase un fénix magnífico despues.

Tus playas, que aun recuerdan las glorias españolas
En esos viejos muros, y en el castillo aquel
Que está como un gigante jugando con las olas
Que cual marinos monstruos le asaltan en tropel.

Tus playas, que con sangre de bravos mexicanos
Y de insolentes galos llegáronse á teñir;
Tus playas en que tantos cadáveres de hermanos
De pasto de tus peces vinieron á servir.

Cuando por fin recobres, oh mar, tu dulce calma,
De nuevo á contemplarte con ansia tornaré:
Así los mansos vientos devuelvan á mi alma
La paz que pido al cielo con ardorosa fe.

A MI QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO,

EL SR. LIC. D. ANTONIO MORAN.

SI alguna vez con entusiasmo ardiente
Quiso el vuelo tender arrebatada
Mi débil fantasía;
Y á la cumbre sagrada
Del Olimpo llegar, do el bello coro
En inefable cántico sonoro
Inspira la sublime poesía:
Y si de gloria en mi agitado sueño
Alguna vez para ceñir mi frente
Con laurel inmortal, formé atrevido
El temerario empeño
De hacer dar á mi lira el son valiente
De la lira de Píndaro divino,
O el de la que tañera el Venusino
Dejando absorta á la romana gente;
Es hoy, que cantar quiero
De tu amistad dulcísima el encanto;
Hoy que alta gratitud mi labio mueve,
Y que este afecto santo
Que mi sensible corazon conmueve,

Decir quisiera, con afan profundo,
En un idioma que admirase el mundo.
Mas ¡ay! delirios son del alma inquieta
Que á límites estrechos reducida,
Quiere romper de su ignorancia el velo:
Ensueños del poeta
Que en pos de una region desconocida
Desatinado vaga,
Sin llegar nunca á su encantado suelo!

Era el primer albor de la mañana
De mi risueña juventud; la brisa
Primera del Abril, con blando aliento
Daba caricias á la flor galana
De aquella edad temprana,
Tan pura y hechicera
Cual de una casta vírgen la sonrisa.

Y era el paterno hogar, hogar q
Que en la arboleda umbrosa
Junto á la cual se mira reclinada
Nuestra Morelia hermosa,
Se distinguia allá como perdido
Entre el follaje de los olmos frescos
Y á la sombra de fresnos gigantescos,
Cuya inmortal verdura
Hacia resaltar de mi morada
La sencilla apariencia y la blancura.

Como el pájaro errante que se aleja

Otro clima buscando y otro cielo,
Y en alta torre ó corpulenta encina,
De las nubes vecina,
Detiene á veces su cansado vuelo,
Y en lastimera queja
Lanza un adios de amargo desconsuelo
Al nido amado que por siempre deja:
O como el atrevido
Marinero, que el ancho mar surcando
En la veloce nave, distraído
Con las memorias que su pecho encierra,
Al afan incesante no resiste
De volver á la tierra
Una mirada triste,
Hasta que al fin se pierde en lontananza,
Como se pierde la última esperanza;
Así yo de continuo el pensamiento
Con indecible anhelo y con tristeza
Torno á la tierra para mí querida,
Do lleno de contento
Pasar vi con presteza
Los mas floridos años de mi vida.

Perdona ¡oh caro amigo! si en recuerdo
Tan dulce para el alma,
Tu amistad al cantar, me engolfo y pierdo;
En ese Eden risueño,
En esa edad de venturosa calma
Que huyó á mis ojos cual dorado sueño:
Pero de esa amistad la tierna historia
Que guardo con afan porque es mi gloria,
La profunda, la noble simpatía

Que en pos de tí me lleva irresistible,
A tan bella memoria
Unida va con lazo tan estrecho,
Cual los hondos suspiros de mi pecho
A la memoria de la madre mia.
¡Mi madre! . . .sí! . . .¿recuerdas aquel ángel
Modelo de virtud y de ternura,
Cuya serena frente
No abatieron jamas los huracanes
De la mas espantosa desventura;
Y cuyos labios siempre sonriendo,
Siempre la dicha y el amor cantando,
Ocultaban al mundo
Que estaba el pobre corazon sangrando
De la fuerte mujer que iba muriendo?

¡Ella! la dulce prenda de mi vida,
Fué quien con santo y maternal cariño,
Al ver lucir de la razon aurora
En mi cielo purísimo de niño,
Descubrióme el secreto
De aquella caridad que tu empleabas
Y del mundo á los ojos escondias;
Y ella enseñóme desde aquellos dias
A pronunciar tu nombre con respeto.
"Porque ese nombre, díjome, que brilla
Cual la luz del lucero misterioso,
Es el nombre de un sér que acá en la tierra
De Dios la providencia colocara,
Justo haciéndole, sabio y amoroso,
Para que en su camino derramara
El gérmen puro que su pecho encierra.

Sé tú justo y prudente cual ese hombre
Y acaso un dia ensalzarán tu nombre."

¡Y yo te amé! del maternal consejo
Siempre el eco en mi oído resonando,
Pasé aquel tiempo sin cesar pensando
Nó en ser de tus virtudes el reflejo,
Que eso fuera querer la humilde planta
Elevarse atrevida
Como el gigante cedro se levanta:
Sino en gozar de tu amistad querida;
En qüe viviesen una propia vida
Estos nuestros sensibles corazones,
Unidos para siempre
Cual dos inquebrantables eslabones.

Y el alto cielo, de mi afan testigo,
Oyó por fin mi silencioso ruego:
Y un dia hermoso, alegre, como el dia
En que á su padre encuentra
El hijo que ántes no le conocia,
Tu placentera voz me llamó amigo,
En cariñosa muestra
Tu diestra mano al estrechar mi diestra..
¡Momento el mas feliz, yo te bendigo!

Desde entónces te sigo por doquiera
Como al sabio Mentor que ilustra mi alma,
Y en tu alta ciencia, y en tu fe sincera,
En tu doctrina y tu moral severa

Mi espíritu reposa,
Como el bajel cuando en la mar hay calma.
O como el fatigado peregrino
Sentado al pié de sombreadora palma.

Cuando acerbo pesar me rasga el seno,
En su profunda herida
Derramando mortífero veneno,
Tú; con el alma de dolor transida
Y bañada la faz en tierno llanto,
Doquiera que yo estoy vas en mi duelo
El bálsamo á llevarme del consuelo
Y á calmar mi quebranto.
Y cuando alegre en las serenas horas
Ves retratado el júbilo en mi frente,
Y oyes mi voz ardiente
Que al compas de las músicas sonoras
Canta el placer, los cándidos amores,
La luz del firmamento, de las flores
La embriagadora esencia,
Y la esperanza que tranquila brilla
Como el radiante sol de la existencia;
Tambien entónces oigo tu suspiro;
Tus lágrimas tambien entónces miro:
Pero es que el noble corazon se aniega
En un piélago inmenso de ternura,
Y tus hondos suspiros, y tu llanto
Votos que elevas son al cielo santo
Porque no tenga fin tanta ventura!

¡Y siempre así! Mil veces te he mirado..

En encumbrado asiento,
A mi patria rindiéndole el tributo
De tu claro talento:
Ora dictando bienhechoras leyes,
Ora de Themis conteniendo airada
La vengadora espada;
Ora creando con violencia suma
Las bellas obras de tu docta pluma,
O bien trazando su inmortal destino
Á aquesa tierna juventud amada.
Y no el orgullo insano
Sombría puso tu serena frente;
Ni de lisonja vil el humo vano
Ofuscó entónces tu elevada mente;
Que siempre afable, cariñoso, bueno,
De modestia sin par, de virtud lleno,
Amante y fiel amigo
No dejaste de ser jamas conmigo.

. . . .

¡Feliz mil veces yo! Bendito el cielo
Que hoy, en tu hogar querido,
Pagar tu afecto así me ha concedido,
Que largo tiempo fué mi ardiente anhelo!
No es digna á fe de tu amistad la ofrenda;
Pero es la única prenda,
Que pudiera ofrecerte,
Quien lleno de emocion y de ternura
Dice que es pobre su amistad, mas jura
Que solo acabaráse con la muerte.

EL ANGEL DE LA GUARDA.

A MI HIJO RAFAEL.

NIÑO inocente,
Tierno pimpollo,
A quien contempla
Con alborozo
Tu dulce madre
Jugar en torno:
Hijo del alma,
Prenda que adoro,
No así cruzando
Ligero y pronto
Cual cervatillo
Que huye medroso,
O cual las aguas
Del limpio arroyo,
De mí te apartes.
Bello tesoro!
Ven á mis brazos,
Ven, y tus ojos
Que alegres brillan.

Puros y hermosos
Cual del sol mismo
Los rayos de oro,
Atentos miren
El lindo rostro,
Las blancas alas,
Los dulces ojos,
De ese Angel bello,
Puro y gracioso.
¿Quién es, preguntas?
La imágen solo
De aquel amigo
Tan cariñoso,
Que del Dios santo
Bajó del trono,
Para ser siempre
Tu firme apoyo.
¿Ves cuánto, niño,
Cuánto te adoro?
¿Ves á tu madre
Con cuánto gozo
Doquiera sigue
Tus pasos todos;
Te estrecha al seno
Si estás lloroso,
Y amante besa
Tus labios rojos?
Pues aquese Angel
De lindo rostro,
De blancas alas
Y dulces ojos,
Te cuida y quiere
Más que nosotros.
Tú no le miras,

Pero afanoso
Siempre á tu lado,
Cual fiel custodio,
Ese Angel vela
Tierno, amoroso.
Oye, hijo mio!
¿Has visto cómo
La clara lumbre
Del sol radioso
Dora los campos,
Los valles hondos,
Las altas cumbres
Y el bosque umbroso?
Pues así el Angel
Esparce en torno
De tu existencia
Fulgor precioso;
Con que teñidas
De nácar y oro
Vénse las nubes
Que al cielo hermoso
De tu inocencia
Prestan adorno!
¡Hijo del alma,
Bello tesoro!
¡Si vieras cuánto,
Cuánto ambiciono
Tener los sueños
Que ese Angel blondo
Cuando tú duermes
Te inspira, y cómo
Pienso que vagan
Blancos y hermosos
Cual de alba espuma

Nevados copos!....
Cuando obediente
Te mira absorto,
Dócil y bueno
Para con todos;
¡Cuánto se alegra
Tu fiel Custodio
De blancas alas
Y dulces ojos!
¡Ay! nunca vuelva
Su lindo rostro,
De angustia lleno,
Triste y lloroso!....
¡Ay! nunca mire
Tu fiel Custodio
Que al mal te inclinas
Con que en su encono
Perderte quieren
Los viles monstruos,
Los enemigos
De tu reposo!
¡Cúbrante siempre,
Tierno pimpollo,
Hijo querido,
Prenda que adoro,
Las blancas alas
Con que amoroso
Te guarda ese Angel
De bello rostro;
Hasta que subas
Al almo trono,
Donde el Dios bueno
Será tu gozo!

EL ANGEL DE LA INOCENCIA.

A MI HIJA NATALIA.

ANOCHE, madre,
Tuve yo un sueño
De los mas lindos
Y placenteros.
Soñé que andaba
Flores cogiendo
Por cierto prado
Verde y risueño,
Junto á la orilla
De un arroyuelo;
Cuando de pronto
Miro á lo léjos
Un lindo arcángel
Que á mí viniendo,
Rápido cruza
Los mansos vientos.
Llega, y absorta
Su faz contemplo,
Miro sus ojos
Color de cielo,
Su blanda risa,

Su talle esbelto,
Las hebras de oro
De sus cabellos,
Y su ropaje
Que al aire suelto,
Flotando vaga
Como en el templo
Ligera nube
De blanco incienso.
Y soñé madre,
Que el ángel bello
Dióme en la frente
De amor un beso,
Y así me dijo
Con blando acento:
"Graciosa niña,
¿Por qué tan léjos
De tu adorada
Madre, corriendo,
Alegre cruzas
El campo ameno
Cogiendo flores
Con embeleso?
Tu buena madre
Con afan tierno,
Te busca inquieta,
Niña, temiendo
Que entre las rosas
Oculto insecto
Aleve daño
Te cause fiero;
O bien que caigas,
Al ir corriendo
En esas ondas

Del arroyuelo.
   Vuelve á sus brazos,
Vuélvete, y presto
La dulce calma
Torne á su pecho.
   Yo soy el ángel,
Niña, que velo
Por la inocencia
Con amor tierno!"
   Dijo así el ángel,
Y en el momento,
De nuevo dióme
De amor un beso,
Tendió las alas
Y por el viento
Se fué volando,
Madre, hasta el cielo!
   De gozo llena,
Seguirle quiero,
Cuando agitada,
Madre, despierto! . . . .
Al ángel busco . . . . .
¡Cuál mi contento
Es, cuando miro
Tu rostro bello,
Tu dulce rostro
Que es mi embeleso,
Y es el retrato
Del que ví en sueños!



Un rebaño sin Pastor. (1)

¡QUE lúgubre silencio
Por la ciudad impera!
¡Por la ciudad que un tiempo
Alzaba placentera
Hosannas mil de júbilo
Y cánticos de amor!
Las calles están tristes,
Sombrías y desiertas:
Los templos han cerrado
De súbito sus puertas,
Y llegan á sus bóvedas
Gemidos de dolor.

Los bronces ya no dicen
Las santas alegrías;
Del órgano cesaron
Las graves armonías;

(1) Con ocasion del destierro que, siendo Obispo de Puebla, sufrió el Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio A. de Labastida y Dávalos, el 12 de Mayo de 1856.

Y las del coro célicas
No se oyen resonar.
   Que del Señor la casa
Se encuentra en hondo duelo;
Y lleno el sacerdote
De amargo desconsuelo,
Con sus ardientes lágrimas
Regando está el altar.

   Del Salvador en tanto
Las vírgenes esposas,
Las azucenas cándidas
Que diéronle afanosas
Cual un tesoro angélico
Su aroma de virtud;
   Con dolorosos ayes
De lo íntimo del alma
Del apartado asilo
Turban la dulce calma,
De su retiro plácido
La sin igual quietud.

   Y está de luto llena
Del rico la morada,
Como lo está del pobre
La casa infortunada;
Y es todo llanto insólito,
Terrible confusion.
   Aun el tirano mismo
Que al pueblo audaz oprime,
Al ver que el triste pueblo
Se desespera y gime,
Tiene el semblante pálido,
Medroso el corazon.

Empero sofocando
La voz de la conciencia,
Ordena que sus turbas
Separen con violencia
Al buen Pastor solícito
De su adorada grey;
Y que, como un infame,
Proscrito el justo vaya
En pos de una extranjera
Y hospitalaria playa
Que en su querida México
Le negará la ley.

¡La ley!...pero ¿es acaso
La voluntad suprema
El odio de un tirano
Que lanza un anatema
Contra inocentes víctimas
En bárbaro furor?
¿Así la ley se baja
De su inmortal asiento,
Para atizar innoble,
Cual mísero instrumento,
En las contiendas hórridas
El sanguinoso ardor?

¿Asì la ley condena
A quien el pueblo aclama?
¿Así la ley proscribe
A quien el pueblo llama
Su padre clementísimo,
Su vida y su sosten?
¡Dejad vuestro designio

Crüel y temerario!...
¡No así cubrais de luto
Los muros del santuario:
No asì con furia indómita
Nos arranqueis el bien!

¿Sereis, sereis vosotros,
Los que en amor sublime
Del infelice pueblo
Que desolado gime
Oír quieran las súplicas
De su doliente afan?
¡De cuántos desvalidos
Cuya esperanza es muerta
Escuchareis las quejas
Mañana á vuestra puerta!
¿Y les dareis benéficos,
Cual su Pastor, el pan?

Que el huérfano y la viuda
Y el jóven y el anciano
Aplaquen este dia
Vuestro furor insano
Con las amargas lágrimas
Que corren por su faz:
Y los sensibles pechos
Os digan en su abono
Que nunca mereciera
Tan despiadado encono
Quien sus plegarias férvidas
Eleva por la paz.

Mas ¡ah! que se prepara

Del pueblo la rüina,
Y no quereis que venga
La celestial doctrina
Y aquesa noche lóbrega
Disipe con su luz.
Y ofusca vuestras almas
El lamentable ejemplo
De aquellos enemigos
De Dios y de su templo
Que toman por escándalo
Las glorias de la cruz.

Gozad en vuestro triunfo
Del mal que nos aqueja:
Por las salobres ondas
El buque ya se aleja
En alas ¡ay! cuán rápidas
Del viento y del vapor.
Gozad! que en ese buque
Perdido en lontananza
Se va nuestro consuelo,
Se va nuestra esperanza,
Y acá rebaño mísero
Se queda sin Pastor.

Alguna vez el cielo
Se tornará benigno;
Y lucirá en los aires
Del alma paz el signo
Y el Dios de los ejércitos
Nuestra afliccion verá.
Entónces el que hoy vase
Proscrito y calumniado,

A su querida patria,
De gloria coronado,
Por ese mismo Atlántico
Gozoso volverá.

ELEGIA

recitada al inhumarse los restos del Sr. general de division D. Rómulo Diaz de la Vega, en el panteon del Cármen (Puebla.)

NO estéril pompa de soberbia humana,
Postrer alarde de mentida gloria
Y trasunto infeliz del vasallaje
Que gente vil, incrédula ó pagana
Rindiera fementida
Del vicio triunfador ante la escoria;
Es el santo y patético homenaje
Que, de inmenso dolor el alma herida,
Y hechos rios de lágrimas los ojos,
Al fúnebre plañir de la campana
Dan patria y religion á un tiempo mismo
A esos que veis allí caros despojos!

Los libres en la fe con frente digna,
Siempre á impulso del noble sentimiento
Que engendra la verdad y el bien adora,
Se presentan doquiera sin consigna!
¡Allá quedad, esclavos:

Vosotros los del *libre pensamiento?*....
Vuestra *libre razon*, á Dios traidora,
Del cristiano adalid, bravo entre bravos,
De hoy más en la honda eternidad oculto,
Ante la tumba que su cuerpo aguarda
¿Qué puede hallar sino blasfemia indigna?
¿Qué puede proferir sino el insulto?

Dejad que acá las parias miserables
Lloren sin esperanza y sin consuelo;
Y que, no doblegando al yugo insano
La cerviz en bajezas deplorables,
Con la dulce memoria
Aviven y mantengan hoy su duelo;
Con la tierna memoria del anciano
Cuyo alto nombre guardará la historia
Como su luz la lámpara del templo,
Para aliento de grandes corazones,
Baldon de los tiranos implacables,
Y de valor y de virtud ejemplo!

¡Valor! ¡virtud! cuando la vista errante
Dirige en derredor la patria mia,
Desgarrada la túnica sangrienta,
Con palidez mortal en el semblante,
Y el pecho destrozado
Apénas respirando en su agonía;
¿Son tantos; ¡ay! los hijos con que cuenta

Para vengar su honor amancillado?
¿Tantos patricios á mirar alcanza,
Bayardos como el que ora desparece
Y la deja ¡Dios mio! agonizante
Sin valor, sin virtud, sin esperanza?

El rostro vuelve al irritado cielo
Que la entrega á dolores tan prolijos
Por castigar las culpas que nefandas
Cubren el ancho mexicano suelo:
Y con sentida queja
Pide gracia al Señor para sus hijos.
Mas ¡ay! que las creencias venerandas
El aquilon de la impiedad aleja.
Y el santo de Israel cierra el oído
Al clamor de la patria que, en su duelo,
Ve que el valor y la virtud se lleva
Tanto y tanto varon esclarecido!

Tocaba el turno á tí, patricio ilustre;
A tí que, cual católico guerrero,
Siempre por la verdad y la justicia,
Y siempre de tu patria por el lustre,
En las sangrientas lides
Mediste heróico el fulminante acero.
Tu sin igual bravura y tu pericia,
Emulo de bizarros adalides,
Una vez y otra vez morder hiciera,

Por más que baja envidia lo deslustre,
El polvo al extranjero aborrecido,
Que te vió alzar la tricolor bandera.

¿Quién, como tú, con su robusta mano,
Con no domado y legendario brio,
Sostuvo ese pendon, valiosa herencia
Del gran padre del pueblo mexicano?
Tu pecho generoso,
Jamas turbado por anhelo impío,
La augusta fe, la union, la independencia
Vió siempre en ese lábaro precioso,
Por cuya gloria, que la gloria mide
De un pueblo que vindica su derecho,
Luchaste tú contra el poder hispano
En union del magnánimo Iturbide!

Como manada de rabiosas fieras
Sembrando muerte, destruccion y espanto
Las indómitas tribus se abalanzan
Del vasto Septentrion en las fronteras.
No en vano entónces triste
Te requiere la patria en su quebranto:
Que tus valientes rápidos se lanzan,
Y el bárbaro su empuje no resiste:
Deshecho queda como el humo leve
De las por él quemadas sementeras,
Y estando tú de inquebrantable muro,
A dejar sus aduares no se atreve!

¡Ah! yo te ví despues y ¡cuán mudado
Por el soplo terrible del destino,
Por las iras odiosas y sin cuento
De los que han á la patria encadenado!
De calumnias cubrieron
Tu nombre que era un rio cristalino
Retratando al azul del firmamento,
Y traidor y ambicioso te dijeron!....
¡Traidor, y conquistó la independencia!
¡Ambicioso, y al frente de sus huestes
A la ambicion dejó la presidencia!

¡Ambicioso!... ¿sabeis lo que ambiciona
El alma honrada, generosa y pura,
Cual la de ese varon esclarecido
Cuyas virtudes México pregona?
La gloria que no muere,
Que en la insondable eternidad fulgura:
El lauro de que siempre irá ceñido
Quien, como Vega, en su virtud prefiere
El sublime heroismo del cristiano
Que grangea del mártir la corona,
A las grandezas que húndense en el polvo
Donde no se hundirá la de ese anciano!

¡Ah si la voz que tiembla en mi garganta
Y que la fuerza del dolor anuda,
Al son marcial de la guerrera trompa

Pudiera celebrar grandeza tanta?
Mas ¿dónde se halla, dónde
La veterana tropa que hoy acuda,
Y dé aquí honor con funeraria pompa?
¿Por qué el cañon al pueblo no responde?
Porque ántes que la gloria del guerrero
Cuyo valor y fe nadie quebranta,
Está el terrible encono fratricida
Al voto nacional ahogando fiero!

Del fondo, empero, de esa tumba fria
Saldrá una luz de vívidos fulgores,
Aureola del genio inextinguible
Que de la patria alumbrará el gran dia.
Por el oscuro cielo
Surcando están siniestros replandores,
Y ruge ya la tempestad horrible!
¡Dichoso el héroe que, al cruzar el suelo,
Tuvo solo en la cruz los ojos fijos!
El dice, al ver nuestra amargura impía:
"No por mí derrameis aquese llanto;
Por vosotros llorad y vuestros hijos!"



LA VUELTA AL HOGAR.

¡MORELIA! suelo querido!
Al fin place á mi fortuna
Que, como el ave á su nido
Torne á tí, verjel florido,
Donde se meció mi cuna.

¿Cómo describir podria
La placentera emocion
De dulcísima alegría,
En que al verte, tierra mia,
Se agita mi corazon?

No es un sueño vaporoso,
Ni una creacion ideal,
Ver como se alza grandioso
El imponente coloso
De tu bella Catedral.

Allá están tus altos montes,
Por do arrastra el sol poniente
Esa cauda refulgente
Que tiñe los horizontes
De gualda y carmin luciente.

Allí en tus pequeños lagos
Que el limpio cielo retratan,
De la brisa á los halagos
Se escuchan murmurios vagos
Que en el valle se dilatan

Y en la llanura espaciosa
Que riega el Lerma cansado,
Miro tu alfombra vistosa
Do crece la blanca rosa,
Con el girasol pintado.

Los fresnos se alzan erguidos
De tus bosques seculares!..
¡Salud, árboles queridos,
Que escuchasteis los sonidos
De mis primeros cantares!

Bajo esa verde enramada
Y entre el bello caserío,
Busca inquieta la mirada
Aquella quinta adorada

Que fué un tiempo el hogar mio.

En ella mis dulces horas,
Cuando era inocente niño,
Volaron encantadoras,
Y las alas protectoras
Ví del paternal cariño.

Mas ¡ah! que te miro al fin,
Idolatrada mansion;
Y de tu huerta al confin,
Encuentro el mismo jardin
Que amaba mi corazon.

Y las fuentes cristalinas
Que en cambiantes surtidores,
Riegan flores purpurinas,
Perfumadas clavellinas
Y geranios de colores.

Los bronces oigo sonar
Del alegre campanario
Que allá miro blanquear,
Y que convidan á orar
En el vecino santuario.

¡Cuán grata melancolía

De mi pecho se apodera!
Y de la memoria mia,
Ay! no se borra aquel dia,
De mi juventud primera,

En que á ese templo sagrado
Con mi tierna madre fuí,
Y su rostro idolatrado
Por largo tiempo bañado
De amargas lágrimas vi.

Era que en breve á partir
Iba yo á tierra distante;
Y en su profundo sufrir
Pensaba en mi porvenir
Con solicitud amante.

Y en su triste desconsuelo,
A la Madre del Señor
Pedia con santo anhelo
Volviese al nativo suelo
El objeto de su amor.

Tu ardiente voto acogido
Fué, madre, por mi fortuna,
Y, como el ave á su nido,
Ya torno al suelo querido
Donde se meció mi cuna.

Se acerca el feliz momento
Que tanto en mis sueños ví:
Tras dos años de tormento,
Vuelvo á la paz, al contento,
Que no hallé léjos de tí.

Vuelvo tu lloro á enjugar,
Y tu dulce voz á oir;
Y vuelvo consuelo á dar
A mi padre en el pesar
Que pudo hacerle morir.

A llegar voy!...mas en tanto
Que miro el hogar tranquilo,
¡Morelia, tierra de encanto,
Deja que en sencillo canto
Salude tu grato asilo!

Y miéntras el sol declina
Su tibia apacible llama,
Tras la montaña vecina,
Goce yo en esta colina
De tu hermoso panorama.

Ah! que de aquesa lumbrera
Que vierte en dulce desmayo
Su luz pura y hechicera,
Un dia por vez postrera,
Veré el encendido rayo..

Pueda entónces, suelo amado,
Hallar tu humilde cantor
En tí un sepulcro apartado,
Do al fin, del mundo olvidado,
Duerma en la paz del Señor.



Una Madre.

(A MERCEDES FERNANDEZ.)

¿QUE tienes, dime, jóven inocente,
Que así te inclinas triste y pesarosa,
Como en el valle la marchita rosa
De airado viento al soplo abrasador?
¿Qué secreta memoria despedaza
Tu tierno corazon, Merced querida,
Y envenena las horas de tu vida
Con las gotas amargas del dolor?

¿Acaso hubo un amante que perjuro
A la ardiente pasion que te decia,
De tu fe y de tu amor burlóse un dia,
Sin tener de tus lágrimas piedad?
¿O la muerte cruel le arrebatara
En la mitad de su feliz camino,
Y por eso tu bárbaro destino
Hoy en silencio devorando estás?

¿Son las tiernas memorias de un hermano,
O los gratos recuerdos de un amigo
Que en otro tiempo dividió contigo
Sus momentos de calma y de placer,
Los que oprimiendo tu sensible pecho,
Le arrancan un suspiro lastimero,
Como el eco del canto plañidero
Que alza en los bosques la paloma fiel?

¡Ah! ¿por qué de tu rostro se ha borrado
Aquel color de nacarada rosa
Con que un tiempo te ví fresca y hermosa,
Como alegre mañana del Abril?
¿Dónde están los destellos de esos ojos
Azules como el cielo trasparente:
En donde lo sereno de tu frente
Y de tu labio púdico el carmin?

Dime, dime tus penas; que yo tengo.
Tambien un corazon que sufre y llora:
Tengo tambien un alma que devora
El tósigo iusufrible del dolor.
Dime tus penas, lloraré contigo;
Porque es el llanto bienhechor consuelo,
Que cual rocío místico del cielo
Fecunda el agostado corazon.

Mas ya te oigo exclamar: "no es un amante
El sér idolatrado por quien lloro;
Ni he perdido el dulcísimo tesoro
Guardado en el cariño fraternal:

La adorada memoria de mi madre
Es ¡ay! la causa de mi amargo llanto:
De aquella madre que me amaba tanto
Y dejóme en tan lúgubre orfandad.

"Su dulce imágen es la que sorprende
Por doquiera á mi ardiente fantasía:
Miro su rostro cuando nace el dia;
Oigo en la noche su apacible voz.
Ella es el pensamiento que incesante
Roba á mi triste espíritu la calma:
Ella siempre grabada está en el alma
Y por ella suspira el corazon!...."

Pobre Merced!.. Si en tu dolor profundo
Te consuela el acento de un amigo,
Ven á mi lado, ven, que yo contigo
La copa del dolor apuraré.
De la amistad en el sagrado seno
Deposita tus lágrimas ardientes,
Y no busques en pechos inclementes
Rasgos de tierna compasion, Merced!

Aun tengo Madre yo....¡si tú la vieras!....
Es un ángel de paz y de ternura
Que sufre resignada la amargura
De una existencia mísera y fatal.
Una santa mujer, en cuyo labio
Siempre asoma sonrisa cariñosa,
Y en cuya frente blanca y espaciosa
Despliega sus encantos la humildad.

Aun tengo madre, sí; pero su ausencia
Ay! poco á poco mi existir consume,
Y se va evaporando ya el perfume
De la flor de mi triste juventud.
Y porque en su purísimo cariño
Se cifra mi consuelo y mi tesoro;
Porque á mi madre con delirio adoro
Y venero su amor y su virtud;

Comprendo tu afliccion, y acá en el fondo
De mi angustiado corazon yo siento
La espina punzadora del tormento
Que destroza tu pecho sin piedad.
Llora, pobre Merced: el llanto sólo
Es nuestra herencia en el impuro suelo,
Y tan solo gimiendo halla consuelo
En su dolor el infeliz mortal.

¿Dónde encontrar una mujer tan tierna,
De tanta abnegacion, de amor tan santo,
Y que padezca por nosotros tanto
Como lo hace una madre?....¿dónde hallar
Los consejos, Merced, de aquella boca,
La sincera efusion de aquel cariño
Que abrigo presta al hombre desde niño
Con el calor del ala maternal?....

¡Llora, Merced! Pero que el mundo necio
En tus ojos las lágrimas no mire,
Y ni aun tu pecho angelical suspire

Cuando en tu suerte pienses infeliz:
   Porque al ver tu dolor el torpe mundo
Que no entiende el sublime sentimiento,
Acaso por consuelo á tu tormento
Te diera insano mofador reir!

   Conmigo ven, y dime tus pesares:
Yo, que tanto sufrí desde la cuna;
Yo, de quien siempre la faz fortuna
Sus volubles encantos apartó;
   Yo enjugaré las lágrimas que viertes
Por una madre tierna y cariñosa;
Y al cielo pediré te haga dichosa
Volviéndote la paz del corazon.



A Rosario Flores Alatorre.

SI á tanto, bella Rosario,
El númen mio se atreve,
Que hasta el cielo de tus gracias
Alzar el vuelo pretende;
Si de tu ingenio al sol claro
Mi rudeza mirar quiere
Sin ver que de águila altiva
Los bellos ojos no tiene;
Y si á tu fuego sagrado
Que la inspiracion enciende
Aproximarse presume
De mi corazon la nieve;
No de arrogante me arguyas,
Ni de soberbio me increpes,
Que no hay temerario alarde
En amistad obediente.
Cariño que guarda el alma
Como un tesoro perenne
Que miéntras más vive y dura
Más en nuestras almas crece;
¡Qué sacrificios no arrostra!
¡Qué de empresas no acomete!
¡Qué horizontes no traspasa!

¡En qué esferas no se pierde!
Celebrar tus prendas altas
A la discrecion conviene
Más que con humildes trovas
Con el silencio elocuente,
Que revela el mudo pasmo,
El arrobo en que se mece,
Del genio al mirar los triunfos
Enagenada la mente.
Pero ¿quién del entusiasmo
Que al pecho agita y conmueve
A los trasportes divinos
Marcar los límites puede?
¿Qué mortal con frágil dique
La impetuosidad contiene
Con que al abismo se lanza
El despeñado torrente?
Y ¿quién impidiera osado
Que en su majestad solemne
Al estruendo de sus aguas
Del Señor las glorias cuente?
Para que en su undoso curso
Se lograra detenerle,
Menester fuera, Rosario,
Que tú la lira tañeses
Prorumpiendo en dulces himnos
De amor puro y de fe ardiente,
Cual los que inspirada entonas
Y del arcángel aprendes.
Y ¡qué mucho que pararas
El curso de los torrentes,
Si en alas del sacro númen
El azul espacio hiendes,
Y á tus plantas ves los astros

Que la carrera suspenden
Por escuchar cómo cantas
A su Autor omnipotente?
Si de los mundos remotos
A nuestro globo desciendes
Con la frente coronada
De resplandores celestes,
En notas angelicales
Que á toda música exceden,
Ya susurras con las auras,
Ya murmuras con las fuentes,
Ya con los pájaros trinas
En las enramadas verdes;
Ya los secretos descubres
Que en campiñas y verjeles
Entre las galanas flores
Regocijada sorprendes;
Ya de las selvas umbrosas
Misterios gratos refieres,
Ya celebras la osadía
Con que los montes pretenden
Llevar al cielo el tributo
De su eterna y blanca nieve!
Mas ¿qué mucho, si las almas,
Cuando el plectro de oro mueves
Van en pos de tus cantares
Con inefable deleite?
Porque tú cantas amores
Tan puros, grandes y ardientes,
Como los que sueña el alma
Que al inmenso volar quiere
Y no halla en cárcel triste
La ventura que apetece!
¡Dichosa el alma, Rosario,

Que como la tuya puede
Remontarse á aquella altura
Donde brota indeficiente
Ciencia de limpios raudales
Que por el mundo se extiende
Y á cuyo influjo divino
Bondad y Belleza crecen!
¡Dichoso quien así alcanza
Ver colocado en sus sienes
El inmarcesible lauro
Que en las tuyas resplandece!



POESIA

leida en la solemne distribucion de premios del Colegio de S. Ildefonso de México, la noche del 12 de Noviembre de 1859.

PROVOCA entre nosotros cruda guerra,
Su frente alzando la discordia impía:
Y al eco del cañon cruge la tierra;
De uno á otro estremo de la patria mia.
Se oye zumbar el vendabal que aterra;
Vecina está la tempestad sombría,
Y doquiera se mira con espanto
Sangre no mas, desolacion y llanto.

Si busca en ese cuadro el alma inquieta
Un consuelo al dolor que la avasalla
Y con su férrea mano la sujeta;
Ese consuelo en los acentos halla
Del arpa vibradora del poeta,
Que de las armas el estruendo acalla;
Y guardando en su pecho la creencia
Viene á cantar las glorias de la ciencia.

Hay una vírgen por quien yo deliro

Una tierna beldad á quien adoro:
En mis ensueños sin cesar la miro,
Y su sonrisa enajenado imploro.
Al escuchar mi lánguido suspiro,
De mi vista se aparta aquel tesoro
De gracia y perfeccion; y alzando él vuelo,
Rauda se pierde en el zafir del cielo.

Esa blanca vision que me fascina
Y no deja un instante mi memoria,
Es la deidad ante la cual inclina
Su noble frente la severa historia.
Un ángel que los pueblos ilumina
Y que, bien lo sabeis, se llama gloria:
La gloria del saber, del pensamiento
Que en el trono de Dios fijó su asiento.

¡Oh! por ella de un polo al otro polo
Los inmortales nombres aun resuenan
De esos hombres de Grecia, hijos de Apolo,
Que con su canto el universo llenan.
Alzase un orador inerme, solo,
Y sus palabras que cual rayo truenan,
Allá en la patria del cantor de Edipo
Humillan la arrogancia de Filipo.

Por ella ciñe fúlgida aureola
La frente del dulcísimo Mantuano;
Y el grave Cicerón por ella sóla
El oráculo fuera del romano.
El tiempo audaz á su furor inmola
Generaciones mil; mas siempre en vano

Pretendiera en el polvo del olvido
El genio sepultar esclarecido.

Ved un imperio colosal que al mundo
Entero sujetó bajo su planta;
Un pueblo rey que con valor profundo
Por doquier que sus pasos adelanta
Se proclama en la lucha sin segundo
Y en todas partes la victoria canta:
Mas envuelto en el caos del paganismo
Ese gigante marcha hácia el abismo.

En oscuro rincon de la Judea
Un hombre se levanta, y en su frente
Se vé brillar la luminosa idea
Que ha de salvar la raza delincuente.
No con armas ni ejércitos pelea;
Habla tan solo, y á su voz potente
El antiguo edificio se desploma,
Y erguida se alza la cristiana Roma.

Faro de eterna luz y bienandanza,
Del Gólgota sangriento en la colina,
Signo de paz, emblema de esperanza,
Apareció la religion divina.
Por donde quiera que su influjo alcanza
Las ciencias y las artes ilumina:
Que en la augusta verdad siempre fecunda
La civilizacion solo se funda.

A su fulgor los pueblos despertaron;
Dieron vuelo á su noble pensamiento,

Y mil genios y mil se levantaron
De fe sagrada al poderoso aliento.
Las religiosas cántigas sonaron;
Del cristiano orador, se oyó el acento;
Y en el santuario el inspirado artista
Eterno lauro con afan conquista.

El alma tiende ansiosa la mirada
Al traves de los siglos, y las glorias
Recorre atenta de la edad pasada;
Evocando gratísimas memorias,
Cuando del polvo de la tumba helada,
Oye el eco salir de las victorias
Que en las heróicas y sangrientas lides
Alcanzaron cristianos adalides.

De la Europa se ven una tras una
Las huestes formidables que al Oriente,
Contra el Imperio de la media luna,
Se lanzan como rápido torrente.
De la sublime Redencion la cuna
Huellan los piés de musulmana gente;
Y opresa gime la sagrada tierra
Que el gran sepulcro de Jesus encierra.

Los bravos de San Luis, de Godofredo
Y de otros cien ilustres campeones
Cuyos nombres al turco infunden miedo,
Llenos de fé los grandes corazones,
Se adelantan y luchan con denuedo,
Y venciendo fortísimas legiones,
Se ve por fin de Cristo la bandera
Que allá en los muros de Salen impera.

Vuélvese á tí la vista, noble España:
Tras de siete centurias de horror llenas,
En que te oprimen con sangrienta saña
Las poderosas armas agarenas;
Del Católico Rey la heróica hazaña
De quebrantar acaba tus cadenas,
Con pasmo de la gente granadina
Que del Moro contempla la rüina.

La paz florece en tí; mas no desmaya
El ardiente entusiasmo del guerrero,
Que va á buscar en extranjera playa
Con quien medir su fulminante acero.
Ya nadie puede mantener á raya
Su indómito valor; y altivo, fiero,
Desde Italia á las costas africanas
La fama lleva y glorias castellanas.

Del inmortal Colon sigue la huella
El ínclito Cortes que en su osadía
La mas fértil region y la mas bella
Somete al yugo de la Iberia un dia...
Y cual radiante matinal estrella
El velo rompe de la noche umbría,
Así de Anáhuac en la sombra oscura
La luz eterna de la fe fulgura.

De dulce paz en el tranquilo seno
El genio bienhechor sus alas tiende,
Y en el espacio azul, puro y sereno
Como el águila altiva el aire hiende.
De inspiraciones celestiales lleno,
Sobre la hermosa México desciende,

Y de la ciencia al resplandor divino
Le muestra su magnífico destino.

¡La ciencia, oh juventud, cuyas lecciones
Dulcifican las penas de la vida!
La ciencia que modera las pasiones
Con la justicia y la verdad unida;
Y que ilustrando bárbaras naciones
Do el monstruo del error hace guarida,
Las conduce con mágica presteza
A la alta cumbre de inmortal grandeza.

¡Jóvenes compañeros! ¿en el alma
No sentís, como yo, dulce alegría,
Al recibir la inmarcesible palma
Que la amante Minerva nos envia?
Cercano está de apetecible calma
Para vosotros el dichoso dia,
En que la patria entristecida os llame
Y vuestro apoyo con afan reclame.

El tiempo sigue en su veloz carrera;
Mas vuestros nombres guardará la historia,
Y como el sol en la encumbrada esfera
Destellará sublime vuestra gloria.
Seguid vuestro camino, y á doquiera
Que el destino os conduzca, mi memoria
Unid á vuestro nombre esclarecido
Para salvarla del eterno olvido.



CANTO DEL OBRERO CATOLICO.

CORO.

¡Obreros del Señor, á la tarea!
Del sol comienza á declinar la luz;
¡La fe sagrada vuestro aliento sea!
Vuestro premio la gloria de la Cruz!

¿MIRAIS?... Ya baja del alzado monte
Del viento en alas recia tempestad;
Se ve como un sudario el horizonte,
Se oye el trueno á lo léjos rebramar.
Rápidas vienen enlutando el cielo
Negras nubes que empuja el huracan,
Y amenazan burlar nuestro desvelo
Del Señor descargando en la heredad.
¡Obreros etc.

Con tiempo á guarecerse en la cabaña
Viene con sus ovejas el pastor,
Que otras veces ha visto en la montaña
Desgajarse los pinos con fragor.
Y en el redil dejando su ganado
Va ante el rústico altar, y con fervor,

De su esposa y sus hijos rodeado
Ora humilde á la Madre del Señor.
¡Obreros etc.

Cual plañidera voz y funeraria
Llega hasta aquí de la campana el son:
Es de la Iglesia mística plegaria,
La cristiana ardorosa rogacion.
¡Obreros! descubramos la cabeza
Y elevemos tambien nuestra oracion
A ese Dios inmortal cuya grandeza
Dicen la tempestad y el aquilon.
¡Obreros etc.

Cuando la nube á la heredad avanza
Y está en peligro la dorada mies,
Dulce es abrir el pecho á la esperanza
Cayendo de la Vírgen á los pies.
Y con los ojos húmedos de llanto
Y rebozando el corazon de fe,
Orar á Aquel que con prodigio tanto
Engrandeciera al pueblo de Israél.
¡Obreros etc.

Antes que caiga la borrasca impía,
Vuestra noble faena apresurad:
Mirad que se halla declinando el dia
Y la noche va á ser de tempestad.
Que cuando el rayo con furor estalle
Castigando del mundo la maldad,
A los obreros del Señor no halle
Del campo en la espantosa oscuridad.
¡Obreros etc.

¡A prisa, obreros! que la amante esposa

Desolada os espera en el hogar,
Y vuestra tierna prole está llorosa
Los bramidos del viento al escuchar.
¡A prisa! y en la choza á refugiarnos;
Y, como nuestros padres, á rezar;
Y con fe inquebrantable á arrodillarnos;
De nuestra Madre ante el sencillo altar.
¡Obreros etc.

¡A prisa, obreros! que en la noche oscura
Hambrientos lobos van á descender
De la vecina inextricable altura,
Y os vendran en el valle á sorprender.
O presa de tremendos foragidos
Va en la cabaña vuestra esposa á ser,
Y á los hijuelos encontreis heridos,
Porque tanto tardasteis en volver.
¡Obreros etc.

¡Mirad, obreros, que aquilon arrecia:
A los brazos no deis tregua ni paz!
Y si con risa mofadora y necia
Del otro campo os vienen á burlar,
Porque invocais á Dios y reverentes
Con la sagrada Cruz os persignais,
Alzad más alto las tostadas frentes,
Con fe más viva á nuestro Dios clamad!

¡Obreros del Señor, á la tarea!
Del sol comienza á declinar la luz:
¡La fe sagrada vuestro aliento sea:
Vuestro premio la gloria de la Cruz!



LA PRIMAVERA.

YA el sol radiante
De primavera
Por el Oriente
Su faz eleva,
Y alegre dora
Las altas sierras,
Los frescos valles
Y las praderas.

Las lindas flores
Se abren risueñas;
Las blandas auras
Suspiran tiernas;
Y en dulces notas
Su amor demuestran
Las avecillas
De la arboleda.
Sobre las aguas
Mansas y quietas
De aquellos lagos
Que al sol reflejan,

Del viento en alas
Sonoras llegan
Hasta la orilla
Las cantilenas
De algun remero
Que ansiada pesca
Entre las ondas
Hallar espera.

Mugientes voces
El valle atruenan
Plácido y fértil
En donde ostenta
México hermosa,
La indiana reina,
Las ricas flores
De su diadema.

¡Qué indescriptible
Cuadro presenta
La engalanada
Naturaleza! . . . .

Venid al campo
Donde os esperan
Sencillos goces
Que el alma llenan
De dulce encanto;
Do las bellezas
Con que allí brinda
La primavera,
Hacen que el hombre
La vista tienda
Por esa limpia

Y azul esfera.

Al trono augusto
Donde se asienta
Quien ha formado
Cosas tan bellas,
Eleva amante
Con fé sincera
Himnos de gracias
Que al cielo llegan,
Cual los aromas
De las florestas,
Incienso puro
De grata ofrenda.

Rápidas, niños,
Las horas vuelan
De aquella infancia
Tan hechicera;
Y vánse presto,
Vánse con ellas
Las dulces risas
Y placenteras,
Los juegos lindos
De la inocencia!
Hoy que no anubla
La amarga pena
Vuestra alba frente
Límpida y tersa,
Y en vuestros ojos
La luz destella,
Como el sol claro
De primavera;
Gozad, oh niños,

De las bellezas
Con que en los campos
Ora se muestra,
Como vosotros
Grata y risueña,
La engalanada
Naturaleza.

Gozad!. .que el tiempo
Rápido vuela,
Como las brisas
Que vagan ledas,
Y si ellas tornan
A la pradera,
Ay! nunca vuelven
De la inocencia
Las dulces horas
De encanto llenas.



AL ILLMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO

DOCTOR

D. PELAGIO A. DE LABASTIDA,

EN SU REGRESO A LA PATRIA.

DADO, Señor, el plectro sonoroso
Hoy agitar me sea,
Y con la lira acompañar gozoso
El himno que de un pecho generoso
Amor exije y gratitud desea.

Dado cantar el placentero dia
En que deshecho el velo
De bramadora tempestad sombría,
Vuelve á mirar la hermosa patria mia
El limpio azul de su brillante cielo.

Que el Dios de nuestros padres, el Dios santo,
Cuya potente diestra
Alzóse airada y nos cubrió de espanto,

Piadoso enjuga nuestro acerbo llanto,
Y grande siempre en su bondad se muestra.

"Henchida está la mexicana tierra
Del ódio y la venganza:
Cuanto del uno al otro mar encierra,
Se estremece al fragor de la ìmpia guerra,
Y al gemir que se escucha en la matanza.

"Cesad: que vuestros ayes de tormento
Subieron hasta el trono
Do está de mi justicia el alto asiento.
Luzca la paz; mi poderoso aliento
Confunda y venza al fratricida encono."

Dijo el Señor; y en el instante mismo
Su acento soberano
Reanima el apagado patriotismo,
Y va sobre las olas del abismo
En que soberbio agìtase el Oceano.

Va á resonar allá, do se levanta
Del mundo la Señora;
Que si un tiempo doquier puso la planta,
Hoy por la fe consoladora y santa
Es del orbe tambien dominadora.

Allá, junto á las tumbas silenciosas
Que prestan santo asilo
A sombras mil ilustres y gloriosas,
Cuyo alto ejemplo en voces misteriosas

Oye el cristiano corazon tranquilo:

Allá, do el Justo y Venerable Anciano
Y preclaros Pastores
Hicieron con lenguaje sobrehumano
Resonar el augusto Vaticano
Y avivar de la fe los resplandores;

Allá, do ruge la tormenta impía
Que con furor azota
Los sacros muros do la Iglesia un dia
Alzaba un canto que turbar debia
El llanto triste que su pecho brota;

Allá, digno Pastor, hiere tu oido
La dulce voz del cielo;
Tu noble corazon enternecido
Encuéntrase al instante dividido
Entre el gran Pio y tu adorado suelo.

Del Pontífice-Rey la augusta frente
Contemplas rodeada,
De tristeza mortal: que osada gente
En él descarga su furor ardiente,
Le arranca el cetro, y huella su morada.

Pero triunfa el deber, y al Justo dejas;
Lo ordena así el Dios fuerte:
Sobrado tiempo con sentidas quejas;
El valle ensordecieron tus ovejas
Por tí llorando y por su infausta suerte.

Desde aquel triste y pavoroso dia,
En que por vez segunda
Vió tu nave partir....¡ah! ¿quién podria
Contar sus largas horas de agonía,
Y su pena decir grave y profunda?

Pero....¿es verdad? ¿Tu rostro cariñoso
Es ese que tus hijos
Volvemos á mirar?....¡Oh cuán hermoso
Alzase á disipar el sol radioso
La noche de dolores tan prolijos!

¿Escuchásteis su voz, la voz ardiente
Con que saluda ufano
A la querida patria de que ausente
Tanto tiempo se vió; por quien doliente
Hondos suspiros exhalaba en vano?

¿Escuchásteis la voz conmovedora,
Con que ese Pastor tierno,
Al ver la tierra que su pecho adora
Y el fiel rebaño que en sus prados mora,
Alaba las bondades del Eterno?

¡Pues alegres venid y en dulce canto
Su vuelta celebremos:
Supla á mi voz el regocijo santo;
Recobre el valle su perdido encanto,
Y hosannas mil á nuestro Padre demos!

LA PALOMA Y EL MONO.

FABULA

ESCRITA EN FRANCES POR MR. DE VILLEFRANCHÉ.

Traducida del italiano, y dedicada á la insigne poetisa poblana, Rosario Flóres Alatorre.

DE un árbol centenario y corpulento
Que de abismo profundo hácia la orilla
Su enhiesta copa al cielo levantaba
Desafiando la cólera del viento,
Una paloma blanca y sin mancilla
En una de las ramas se posaba,
Y contenta y segura se mecía
Sobre el abismo que á sus piés tenia.
Cuando un vil mono, á quien el pecho inflama
Odio insensato con envidia junto,
Se arma de una segur, y con presteza
Por el árbol añoso se encarama
Y atrevido llegando al mismo punto
Do el ave se halla, á descargar empieza
En la rama sus golpes, de ira ciego,
Sin dar un rato á la segur sosiego.

—¿Qué haces? le dice con acento blando
La paloma inocente, tierna y pura:
¿No ves ¡torpe de tí! que el tronco mismo,
Que á los dos nos sustenta, desgajando,
Horrible muerte encontrarás segura
Allá en el fondo de ese negro abismo
Que se abre aterrador bajo tu planta
Y que al mas fuerte corazon espanta?
—¿Yo? . . .le responde el mono enfurecido:
¡Tú serás la que caiga! . . .sin tardanza
Quedaré satisfecho del ultraje
Que me haces con tu canto aborrecido
Turbador de mi sueño: mi venganza
No mire ya el candor de tu plumaje!
¡Sus! . . ¡abajo la rama en que te ocultas,
Paloma vil, que mi poder insultas?
Dice; y en su soberbia desmedida
Los rudos golpes bárbaro redobla
Con insólito ardor que la ira enciende.
Cruge la rama, sin cesar herida;
Al grave peso rápida se dobla;
Hasta que al fin, del tronco se desprende,
Y al abismo profundo descendiendo
Arrastra al mono con fragor horrendo!
Sus blancas alas la paloma pura
Despliega entónce al vagaroso viento
Y en el éter azul rauda se mece;
Miéntras el mono, que en la sima oscura
Gimiendo exhala el postrimer aliento,
Con angustia mortal que hórrida crece
Torna al cielo su trémula pupila
Y á la paloma ve libre y tranquila.

Del árbol que Jesus plantara un dia
¡Cuántos pusieron las indignas manos
En los frondosos ramos protectores!..
¡Poderoso *Bismark*, tu saña impía
Exceda á los sacrílegos tiranos
Los golpes redoblando destructores:
Caerás al fin en sempiterno duelo
Y la Paloma tenderá su vuelo!



CANCIÓN EPITALAMICA.

ARPA querida, celestial consuelo
Que calmas de mi vida los pesares:
Tú, que aquel dia en que piadoso el cielo
Me unió con la muger á quien adoro,
Con ese arcángel de mis sueños de oro,
Acompañaste alegre los cantares
Con que lleno de fuego y de ternura
Celebré mi ventura
Y de mi amor el sin igual tesoro:
Ven, que mi pecho de placer palpita,
Y del númen sagrado que me agita
Arder siento la llama,
Que por mis venas rápida corriendo
El corazon inflama.
Ven, que á pulsar tus cuerdas vibradoras
Voy en tan bello y suspirado día
Que con dulces recuerdos me enagena,
Y en que mi alma llena
De inefable y purísima alegría,

A la region se siente trasportada
Donde brota el raudal de poesía.

Vosotras, de la hermosa primavera,
Las nacaradas flores
Que la alfombra bordais de la pradera,
Prestadme vuestros plácidos aromas:
Arroyos bullidores
Que descendeis de las tendidas lomas
Con alegre sonido murmurando,
Prestadme vuestros ecos seductores:
Tiernísimas palomas
Que en las selvas cantais vuestros amores
Al par de los ardientes ruiseñores,
Prestadme ahora vuestro arrullo blando;
Y pueda así con inspirado acento
El júbilo cantar en este dia
Que, cual el rayo que amoroso envía
El sol resplandeciente,
De Mariano en la frente
Brilla, como en la frente de María.

¡Cuán profundos ¡oh Dios! vuestros arcanos
Y vuestros juicios son! . . . . Cuando yo vuelvo
Ansioso la mirada
A aquella edad risueña y suspirada,
Que huyó con sus doradas ilusiones
Cual soñadas poéticas visiones;
Y á las tiernas memorias
De las horas fugaces que pasaron,
El alma junta las presentes glorias,
Pensando en que los sueños vaporosos

En realidad hermosa se trocaron;
¡Cuánto, Señor, el insondable océano
De tu bondad admiro,
Y el misterio profundo con que miro
Que á tus obras magníficas rodeas,
Cuando alumbras al hombre en su camino
Para que alcance su inmortal destino....
¡Omnipotente Dios, bendito seas!

De mi vida en la fresca primavera
Rayaba el sol de juventud ardiente,
Cuando te conocí, bella María,
Cual de rosa hechicera
Al contacto sutil del suave ambiente
Se abre el tierno boton, así se abria,
De tu niñez la flor pura y galana,
Ostententando su pompa y lozanía.
Entreabierto capullo,
Tu perfume aspiraban
Llenos de noble orgullo
Esa santa mujer, mujer querida
De la heroica virtud justo modelo,
Y aquel amante padre de tu vida
Que hoy te está contemplando desde el cielo.

Cuando tu casta sien se ve ceñida
Por la nupcial corona
Que tejen para tì santos amores
Con exquisitas y fragantes flores,
A mi labio perdona
Si mezcla con los cantos de alegría
Un recuerdo que el alma nos desgarra
Como espina cruel tierna María.

Perdona, sí; pues de mi mente léjos
Está el turbar tu indefinible gloria:
Pero si he de contar la grata historia
Del que guardo por tí dulce cariño,
Pagar debo un tributo á la memoria
Del noble sér á quien en vano busco
Como á su padre el niño;
Del fiel amigo, cuyo amor profundo
Fué mi norte y mi dicha en este mundo.

¡Cuántas veces alegre y placentero
Contemplando tus gracias infantiles
Le miré sonreir, y fuí el primero
De sus tiernos amigos
Que oyó, con envidiable confianza,
La historia de su amor, y las delicias
Contempló que le daban tus caricias,
Idolatrado objeto
De su paterno afan y su esperanza!

¡Ay! el tiempo voló; sus negras alas
Sobre nosotros triste sacudiendo,
De aquellos dias marchitó las galas,
Y nos dejó sufriendo
De otros dias la infanda desventura.
Empero Dios el hondo desconsuelo
Contempló de tu madre idolatrada,
De esa fuerte mujer qué, resignada
A su constante duelo,
Se ocupa sólo en bendecir al cielo.
Y cuando triste, humilde y solitaria
Ha rogado por tí, cándida rosa
Al recio vendaval del mundo expuesta,

Oyó el Señor su tímida plegaria,
Y brilló al fin la luz esplendorosa
Que hoy ilumina tu sencilla fiesta.

¡Eres feliz!..y en tu contento muestras
La guirnalda vistosa
Que embellece tu sien y la circunda!
Y de ese jóven á quien amas tanto,
Y cuyo corazon tambien se inunda
En regocijo santo,
Por la mujer te tienes mas dichosa
En que te llamen la adorada esposa.

¡Ah! cuando esta hermosísima mañana
Al pié de aquel altar os ví gozosos
Recibiendo de Dios la soberana
Sublime bendicion, dulces esposos;
Con cuán crecido afan alcé mi mente
Al trono do el electo entre millares
Resplandece con luz indeficiente,
Y he pedido con fe vuestra ventura
Al esposo eternal de los Cantares!
El escuche la voz del tierno amigo
Que vuestro hermoso porvenir desea,
Y cual hoy es testigo
De la indecible dicha que os rodea,
Siempre lucir la misteriosa antorcha
En vuestro nuevo hogar tranquila vea.
De la santa virtud las lindas flores,
Embalsamen doquier vuestra morada
Con sus blandos olores,
Y no con sus fatídicos horrores
El pesar os enturbie la mirada,

Que, en las horas de amargo desconsuelo,
Debeis fijar serenas en el cielo.

Y tú, madre amorosa,
Que, como de Israel las heroinas,
Firme en tu Dios, la tempestad sañosa
Ves tranquila pasar; y las ruinas
Contemplas sin temblar de las mas bellas
Esperazas de amor y de dulzura:
Alza tambien al anchuroso cielo
Tu casta, y digna, y respetada frente,
Y dí con noble y maternal orgullo:
"Al borde de la tumba de mi esposo
No quedó solitario aquél capullo....
La mano de una madre cariñosa
Su existencia preciosa
Supo cuidar, para que diese un dia
El blando aroma que la blanca rosa
En torno exhala y á su padre envia."



EL PRIMER BESO MATERNAL

En el album de Luz Flores Alatorre de Diaz.

DE tu existir la página mas bella
Quiso llenar la mano del Señor,
Y un poema infinito escribió en ella
De sublime ventura y casto amor.
Si en aquese poema delicioso
Pudiese yo la inspiracion hallar,
¡Cuán grato fuera de tu libro hermoso
La mas hermosa página llenar!
De tu alegría el sonrosado cielo,
De tu ventura el primoroso edén,
De tus ensueños el florido suelo,
De tu alma pura el codiciado bien;
Y la dulce ilusion que en lontananza
De la dicha el Oásis te mostró,
Haciendo que brotase una esperanza
A cada sol que el mundo iluminó;
Y la inefable celestial ternura

Que encierra el primer beso maternal,
Cuando á besar tu labio se apresura
A tu bello tesoro angelical;
Forman, oh Luz, el seductor conjunto
Que te hace suspirar y sonreir....
¿Y de tan rica página un trasunto
En tu libro pudiera yo escribir?
Yo ví el boton de purpurina rosa,
Que era gala y orgullo del pensil,
El beso recibir que presurosa
A darle vino el aura del abril.
De dos palomas en el nido blando
Yo ví tambien el cuadro encantador,
Cuando tiernos arrullos exhalando
Buscaban al objeto de su amor.
De dos vides frondosas y galanas
La estrecha union con júbilo miré
Y entre sus hojas verdes y lozanas
Nacarado racimo contemplé.
Y ví dos palmas que elevando al cielo
Juntas sus copas con gentil primor
Prestaban sombra y plácido consuelo
Al caminante en el estivo ardor.
Pero nada á mi ardiente fantasía
Por los mundos llevó de lo ideal
Cual la sublime y santa poesía
Que tiene el primer beso maternal.
Hay en él un reflejo de la gloria
Y es la sonrisa, oh Luz, del mismo Dios,
Que de dos almas en la tierna historia
Completa la ventura de las dos.
En ese casto y pudoroso beso
Al niño dice la féliz mujer:
—"Hijo de mis entrañas, embeleso

Del ser querido á quien debiste el ser:
Yo soy el ángel bondadoso y puro
Que amante y tierno velará por tí:
Bajo mis alas te hallarás seguro....
¿Quién, dulce amor, te arrancará de mi?
Encanto de mis púdicos amores;
Místico lazo de bendita union;
Consuelo bienhechor de mis dolores;
Prenda de mi sensible corazon;
Con este beso en que te doy el alma
Viví soñando enamorada y fiel;
Por él perdí del corazon la calma
Y Dios la calma me tornó con él.
Es este beso, en que mi amor profundo
Aliento y vida á tu existencia da,
Místico idioma que entender el mundo
Como tu Angel custodio no podrá.
No hay sin él para mí rico tesoro,
El corona mi dicha, mi ilusion,
Y por él para el hombre á quien adoro
Se pierde en lo infinito mi pasion.
Como guarda el perfume delicado
Tierno pimpollo de olorosa flor,
¡Hijo de mis entrañas adorado,
Guarda este beso de mi santo amor!"
Así dijiste tú, madre felice,
Y al mirar la ventura celestial
Con que el Dios de tus padres te bendice,
Se oyó en la gloria un cántico inmortal.
Tu Manuel está allí puesto de hinojos
Orando humilde al que murió en la Cruz....
¡Ah, las lágrimas tiernas de sus ojos,
Más que mis versos te hablarán, oh Luz!

El genio de las artes.

(Leida en una Sociedad artistico-literaria.)

CANOROS ruiseñores,
Que, suspirando al declinar el dia
Decís vuestros amores
En deleitosos trinos seductores
Que encanto dan á la floresta umbría:

Yo sé que al dulce acento
Con que soleis cantar vuestras querellas,
Sus alas pliega el viento,
Recoge vuestras notas, y al momento
Va al hondo valle á regalar con ellas.

Yo sé que la azucena
Que las verdes campiñas engalana
Y de fragancia llena,
Al oir vuestra tierna cantilena
Abre su cáliz y os saluda ufana:

En tanto que la rosa

Enamorada tiembla, y encendida
Muestra su faz preciosa,
Porque ve á la azucena pudorosa
Con vuestro alegre canto suspendida.

Yo sé que el claro rio
Sus ondas encadena al escucharos;
Y que el ardiente estío
Ve á sus ninfas con grato desvarío
En la florida márgen esperaros.

Yo sé que la paloma
Que oculta vive en el peñasco hueco
De la apartada loma,
Cesando de gemir, vuestra voz toma
De su perdido amante por el eco.

Y sé que el firmamento,
Ese inmenso tapiz bordado de oro
Y diamantes sin cuento,
Suspende el misterioso movimiento
Oyendo vuestro cántico sonoro.

Que enmudecen los mares
Los ímpetus domando de su ira:
Y que las seculares
Selvas callan si el gozo ó los pesares
Cantais al son de la sagrada lira.

¡Ah, salve, hijos de Apolo,
De la creacion egregios soberanos,
A cuya voz tan solo
Se alza un eco del uno al otro polo
Que no se alza á la voz de los tiranos!

Vuestras nobles conquistas

Envidia el pecho con afan profundo:
Que por doquiera listas
Las coronas están que á los artistas
En premio da la admiracion del mundo!

Con paso majestuoso
Las edades cruzais, é indeficiente
Del caos espantoso
Las sombras quita el rayo luminoso
Que va brotando vuestra altiva frente.

Cuando anunciais la idea
Que ha de alumbrar los vastos horizontes;
Cuando exclamais: "Luz sea,"
¿Qué importa que el excéptico no os crea,
Si el radioso fulgor dora los montes?

Así el genio atrevido
En el mundo oriental tendió su vuelo
De gloria circuido;
Y sus artes y ciencias no ha podido
Cubrir aún el funerario velo.

Que de entre el polvo oscuro
Que audaz el tiempo rápido amontona,
Se lanza al éter puro
Un acento inmortal, firme y seguro
Que ensalza al genio y su poder pregona.

Así el osado griego
Del Númen sacro en el ardor se inflama,
Y el mundo siente luego
De aquel divino inextinguible fuego
Por sus venas correr la activa llama.

Del orbe la señora
Alza al genio tambien brillante solio,
Y en sus colinas mora
La deidad que mas puros atesora
Los lauros del soberbio Capitolio.

No de sangre teñidos
Esos lauros están: ni los regaron
En los pueblos vencidos
Las lágrimas que rostros afligidos
Como lavas candentes abrasaron.

Ni son el triste emblema
De la nefanda esclavitud, que al mundo
Da lúgubre anatema;
Sino del genio la inmortal diadema,
Del libre genio como el sol fecundo.

En su incansable vuelo
Y de esa luz radiante circundado,
A nuestro hermoso suelo
Llega por fin y se deshace el velo
Que oculto tiene al porvenir soñado.

Así la niebla oscura
Tiende su manto en la empinada sierra,
Y llena de tristura
Los silenciosos bosques do natura
Su regia pompa y majestad encierra.

Mas sale el rey del dia
Y rompiendo las gasas de improviso,
La ansiada luz envía
Que devuelve su agreste poesía,
Su esplendor á aquel bello paraíso.

¡Cuál brillan las cascadas
Que en blancos copos bajan rumorosas!
Bajo esas enramadas
¡Con qué trinos de amor son saludadas
Las brisas, y las fuentes, y las rosas!

Yo allá vagué perdido
Cual avecilla errante que deshecho
Halla su dulce nido;
Y piedad á las selvas he pedido
En el dolor que desgarraba el pecho.

Y acaso me escuchaban,
Y de mi fiero mal se condolían,
Pues las hojas temblaban,
Y aun parecióme oír que suspiraban
Y mis tristes acentos repetían.

De mi existir las horas
Iban así con lentitud pasando,
Cuando puras, sonoras,
Un dia vuestras voces seductoras
A mi albergue llevó céfiro blando.

"¡Atrás quedad, dijeron,
Los viejos horizontes" . . . . y al instante
En mis venas cayeron
Gotas de fuego que temblar me hicieron
Y responder al Númen: ¡adelante!

¡Adelante, poetas,
Y vosotros, ardientes corazones,
Generosos atletas,
De esa gloriosa lid á que sujetas
Del genio están las nobles ambiciones!

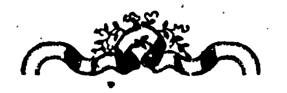
Que el arte regenere
Con su dichosa y mágica influencia
A la patria, que quiere
La gloria conquistar que nunca muere
Y el destino que da la inteligencia.

¿Por qué, al pasado fijos,
Habrán de rechazarse nuestras manos
Con rencores prolijos?
¿Del arte acaso los amantes hijos
Se llamaron doquiera si no hermanos?

Atrás la sombra quede,
Y en ella envuelta la terrible historia:
Ya el fiero Marte cede
Su campo al dios que conducirnos puede
En sus alas al templo de la gloria.

Dejad que yo bendiga
La dulce paz que frutos tan opimos
A México prodiga,
Y á cuya sombra protectora, amiga,
El porvenir á saludar venimos.

Los rayos de esa aurora
Se miran en risueña lontananza!
Deidad encantadora,
Paso á tu luz, que vívida colora
El cielo del amor y la esperanza!



CANCION

DEL HIJO DEL OBRERO

EN LA SOLEMNIDAD DE LAS BODAS DE ORO DE PIO IX EL GRANDE.

Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos.

PS. XIII. V. 3.

TAMBIEN el pobre niño
Del mexicano obrero,
Que á Dios su fe consagra
Con tierno amor sincero,
Tu gloria ¡gran Pontífice!
Gozoso cantará.
Yo sé que si á Dios placen
Las voces de los sabios,
Escucha las que entonan
Los infantiles labios,
Que en alabanza férvida
Publican su bondad.

Y acoge las ofrendas

Del grande y del pequeño
Con rostro más que el alba
Purísimo y risueño,
Con rostro que á los ángeles
Inflama en santo ardor.
Y sé que en grato dia
Su Sacrosanto Hijo
A humildes pequeñuelos
Con tierno afan bendijo
Bondoso acariciándoles
Con paternal amor!

¿Qué cánticos son esos
De insólita alegría
Que, de placer temblando,
Escucha el alma mia
En esta noche plácida
Que corre sin sentir?
Hasta el rincon humilde
Do el proletario mora,
Cual música del cielo
Sublime, encantadora,
Tan deliciosas cántigas
Se dejan percibir.

¿Qué quiere, al escucharlas,
El religioso obrero,
Que con sus tiernos hijos
Levántase el primero
Y, como el viento rápido,
Ansioso viene aquí?

Decirte su amor quiere,
Incomparable PIO,
De los humildes Padre,
Por ello Padre mio,
Y en tan sonoros cánticos
Tu nombre repetir.

Ya desde Ocaso á Oriente
Salúdante á porfía
Cuantos el nombre adoran
De la feliz María
Cuyo alto don purísimo
Tu boca declaró.
Palpita con violencia
Mi corazon de niño
Las voces repitiendo
Que en su filial cariño
Con honda fe conságrante
Las almas fieles hoy.

"Salud y gloria, dicen,
En cuanto el mundo abarca,
A tí, Mártir egregio,
Pontífice y Monarca,
A quien el orbe atónito,
Con grande admiracion,
"Sublime ante los siglos
Contempla y majestuoso,
Cual roca que desprecia
En medio al mar furioso
El oleaje horrísono

Que empuja el Aquilon!

—

"Depositario augusto
De aquella fe divina
Que bárbaras naciones
Espléndida ilumina
Desde que allá en el Gólgota
Se levantó la Cruz:
"Columna del derecho,
De la virtud amparo;
Inexpugnable muro,
Resplandeciente faro
Que da en la noche lóbrega
Su inextinguible luz!

—

"Los cánticos que el mundo
A tu grandeza entona
Al ver los limpios rayos
De tu inmortal corona,
En ecos mil dulcísimos
Propáganse doquier.
"Alegres resonando
En torno de tu solio,
A las deidades muertas
Del viejo Capitolio
Aterra nuestro júbilo,
Confunde tu poder!

—

"Renuevos infelices
De dioses tan impuros

Que destacó el infierno
Contra los altos muros
Do brilla el dulce lábaro
De santa Redencion;
"Como rabiosas fieras
Se agitan y se arrojan,
Te cargan de cadenas,
Cobardes te despojan,
Y con ardor satánico
Te juran perdicion!

"¡Hosanna, hosanna, empero,
Al verte, canta el mundo,
Sereno entre las olas
Del piélago iracundo
Que muerte anuncia indómito
Con su feroz rugir!
"¡Hosanna al Rey excelso,
Al prodigioso Anciano
Que rige su barquilla
Con poderosa mano,
Porque una estrella cándida
De léjos ve lucir.

"En esa dulce Estrella
Que blanda luz envía
La imágen aparece
De la sin par María
Que á su inmortal Pontífice
Consuelo viene á dar.
En pos de ese lucero

Saldrá resplandeciente
El Astro que las sombras
De la maldad ahuyente,
Dorando en rayos fúlgidos
El ya tranquilo mar!"

Así en tan grato dia
Los justos y los sabios
Celebran tu grandeza,
Y de sus doctos labios
Las alabanzas férvidas
Se elevan al Señor.
¿Qué puede el pobre niño
Del mexicano obrero....?
Enviarte, dulce Padre,
Su corazon entero,
Y en inocentes lágrimas,
Hablarte de su amor!

¡Castísima Señora,
Angelical María,
Tesoro de bondades,
Amante Madre mia
Que los acentos flébiles
Acoges del mortal:
Escucha la plegaria
Del *Hijo del obrero;*
Desata las cadenas
Del Mártir Prisionero,
Y con tus alas cúbrele,
Paloma celestial!

FELICIDAD.

ALZANDO en verde campiña
Sus ecos murmuradores,
Corre entre galanas flores
Un limpio arroyuelo, niña.

Y está en su orilla sentada
Bella pastora inocente,
Que en el agua trasparente
Tiene fija la mirada.

En el agua sonorosa
Que, cual espejo de plata,
El azul cielo retrata
Y las gracias de la hermosa.

Absorta la linfa viendo
Tras una hora y otra hora,
Sigue atenta la pastora
Y el agua sigue corriendo.

—¿A do vas? dice por fin
Suspiro tierno lanzando

Que lleva el céfiro blando
Hasta el opuesto confin:

¿Adónde vas, arroyuelo,
Que tan alegre murmuras,
Y á abandonar te apresuras
Aqueste florido suelo?

¿Van tus aguas cristalinas
En pos de encantos mayores,
De otras brisas y otras flores,
Y otro sol y otras ondinas?

¿O en el curso fugitivo
Llevas tus limpios raudales
A los tristes arenales
Que abrasa el calor estivo?

¿Van? . . . Mas nada respondiendo
La linfa murmuradora,
Sigue atenta la pastora
Y el agua sigue corriendo;

Cuando se acerca un zagal
A la bella sin rüido,
Zagal que su voz ha oido
Oculto tras un rosal.

Y—¡Silvia! . . .dice, tocando
En el hombro de marfil
De la pastora gentil,
Que la cabeza tornando

En rápido movimiento,
De su pecho estremecido

Lanza un ¡ay! que recogido
Es por las alas del viento.

—¡Anfrisio! ¡Silvia adorada!
—Tú aquí?—¿Tras la clara huella
De la vespertina estrella
No va la luna callada?

En pos de la linda rosa
Por quien da el aura suspiros,
¿No va en sus revueltos giros
La pintada mariposa?

Y ese arroyuelo que ves
Con tan inocente afan,
Y cuyas ondas están
Besando tus blancos piés,

¿No con grato murmurar
Se desliza por el prado
Hácia su centro anhelado
Que es el anchuroso mar?

—¿El mar?... ¿conque allá camina
La corriente bulliciosa?
—Al mar, al mar, Silvia hermosa,
Va esa linfa cristalina.

Que quiere en la inmensidad
El arroyuelo vivir,
Cual quiero yo conseguir
Mi eterna felicidad.

En perfecta semejanza,
El va al océano entre flores,

Y yo al mar de mis amores
Entre flores de esperanza.

—¡Feliz el puro arroyuelo
Que va, mi Anfriso, á ese mar!
Más feliz quien va á gozar
De tu casto amor el cielo!

—¡Anfriso!. . .—¡Silvia del alma!
Ven á ese mar de ventura
En cuya inmensa llanura
Reina deliciosa calma.

Ven, que á su playa tendida,
En alas de mi deseo,
Bogando viene Himeneo
Con sacra antorcha encendida.

Ven; y de la dicha en pos,
Dejando este campo ameno,
Surquemos el mar sereno
Con que soñamos los dos!"

Dijo, y ambos sonriendo
Y el bello sitio dejando,
Siguió el agua murmurando
Y entre las flores corriendo.

¡Dios lo quiere!

Poesía recitada en la solemne asamblea que la Sociedad Católica de México celebró el 8 de Diciembre de 1877.

NOBLES atletas, dignos campeones,
Que con heroico ardor y fe sincera
Del Cristo Redentor de las naciones
Alzais la gloriosísima bandera!
¡Valientes, que mostrais vuestros blasones
Y os levantais resueltos la visera
Aprestando las armas y el escudo,
Cristianos adalides, yo os saludo!
¿Por qué anhelais que las benditas horas
De ansiada tregua y de apacible encanto,
Las dulces alegrías bienhechoras
Con que premia el Señor vuestro quebranto,
Vuestras fiestas y músicas sonoras
Venga á turbar el desacorde canto
De un soldado infeliz que en vano aspira
Vuestro ejemplo á imitar que el mundo admira?
¡Ah, no es dado á mi númen el aliento
Con que tendiera el vuelo majestoso

Mas allá del azul del firmamento
Para acercarse al sol esplendoroso
El águila altanera de Sorrento,
La Musa cuyo acento poderoso
Celebró con sus épicos loores
La fe de nuestros ínclitos mayores!
Vosotros, como aquellos denodados
Guerreros de la Cruz, en grato dia
Os lanzasteis con pechos esforzados
A la lid que Satan mover debia,
Cuando vieran los pueblos asombrados
El espléndido triunfo de María
Y el cántico inmortal de su victoria
Resonara en el mundo y en la gloria.
"¡Dios lo quiere!" dijísteis, recordando
Grito sublime de cristiana guerra
Que oyó el Oriente de pavor temblando
Y á cuyos ecos retembló la tierra.
Y aguerridas legiones levantando
Con tal denuedo que á Satan aterra,
Principio disteis á la heroica lucha
Que de Este á Ocaso nuestra patria escucha.
"¡Dios lo quiere!" dijísteis, su ley santa,
Ley de paz, y de amor, y de ventura,
Se mira hollada por la inmunda planta
Del monstruo que á su Dios la guerra jura.
Del impío que al cielo no levanta
La frente criminal, la frente impura
Y que abre solo sus blasfemos labios
Para negar á Dios, cual ciertos sabios!
"¡Dios lo quiere!" dijísteis, la Serpiente
Sopla un fuego infernal en sus furores,
Embriagando con su hálito la mente
Y silbidos lanzando aterradores,

Decir parece á la sencilla gente
Que vive entre amarguras y dolores:
"Vosotros sois los dióses de la tierra!
Vuestro es el mundo, y cuanto el mundo encierra!"
"¡Dios lo quiere!" los Césares paganos
Tornan, dijísteis, al mirar la arena
Que con los nuevos mártires cristianos
Y fieras mas terribles hoy se llena;
Al mirar pueblos mil que son de hermanos
Y arrastran del esclavo la cadena;
Al mirar que la ley mató al derecho
Y el templo del Señor quedó deshecho!
"¡Dios lo quiere!" dijísteis, ¡Dios lo quiere!
Ese Dios de otro tiempo que aun existe,
Ese Dios de otro tiempo que no muere,
El Dios cuyo poder nadie resiste.
Si El con su espada vengadora hiere
Á nuestra patria desolada y triste,
Al Dios de nuestros padres aclamemos
Y por el Cristo Redentor luchemos!....
Por el Astro divino cuya lumbre
Rompió el velo de negra idolatría;
Por el Hijo de Dios que el alta cumbre
De su eternal grandeza dejaria
Y á deshacer la triste servidumbre
De la infeliz humanidad vendria:
Por el Rey de la gloria verdadera,
Que venció al mundo y triunfador impera!"
¡Bien, atletas, muy bien! Cumplido se halla
Lo que ardoroso vuestro afan desea:
Alumbra el sol la desigual batalla;
Auméntase el fragor de la pelea;
De vuestra cota la luciente malla
Como un ascua de oro centellea

Y á vuestro noble corazon agita
La santa caridad dulce y bendita!
   Ella mantiene el legendario brio
Que mostrais por doquier: á su influencia
Corre sereno el majestoso rio,
Que fecundiza el campo, rica herencia
De nuestros padres, que el orgullo impío
De corruptora, abominable ciencia
Pretende arrebatar á nuestros ojos
Y darla á los sectarios por despojos.
   Mas ¡nunca, vive Dios! si el oleaje
Del nuevo paganismo va creciendo
Y el grito del error, grito salvaje
Proclama torpe en infernal estruendo
Que demos á Satan pleito-homenaje,
En sacro fuego el corazon ardiendo,
Redoblemos la lid, que nuestra gloria
Se cifra de la Cruz en la victoria.
   De esa Cruz adorable del Ungido
A la sombra dulcísima y sagrada
Juremos con el pecho conmovido
Solo por nuestro Dios blandir la espada:
Y el corazon rendir de amor henchido
A los pies de la bella *Inmaculada*,
De la preciosa y cándida María,
Alba risueña del eterno dia!
   ¡Madre! yo sé que soy muy vil y rudo;
El mas rudo y mas vil de los mortales;
Que nunca el labio celebrarte pudo
Con cantos de armonías eternales;
Mas rudo y vil á tu presencia acudo,
Y me postro á tus plantas celestiales!
El último soldado, el triste obrero,
¡Madre! te da su corazon entero!

EL PORVENIR.

A orillas de ese lago silencioso,
Do su luz melancólica refleja
El astro de la noche misterioso
Que en lento curso el horizonte deja:
Al pié de ese castillo rüinoso
Donde viene á morir la triste queja
Del manso viento, que cruzando leve
Riza las ondas y las flores mueve:

A solas con los árboles gigantes
De ese bosque fantástico y sombrío,
Con esos torreones vacilantes,
Emblema del humano poderío;
Mas allá de los astros rutilantes
Quiero elevar el pensamiento mio,
Que en vano busca en el mezquino suelo
La fuente inagotable del consuelo.

¡Oh genio de la noche, cuánto adora
Tu incomprensible encanto el alma mia!..
Mensajero de calma bienhechora,
Que á quitar la mortal melancolía
De la region desciendes, donde mora
El Dios Omnipotente que te envía:
Ven, y en la soledad pueda tu acento
Moderar mi profundo sufrimiento!

Aquí en la soledad apetecida
Donde el suspiro de la brisa errante
Me parece la voz grata y querida
De la santa mujer que ni un instante
De mi afligido corazon se olvida;
Hiere mi oído el eco sollozante
De la voz de una madre, que á su hijo
Dos años hace que al partir bendijo.

¡Aquí en la soledad!...porque las flores
Que recogen sus tímidas corolas;
Del lago trasparente los rumores
Que al opuesto confin llevan las olas;
Y la luna que vierte sus fulgores
Sobre esas torres tétricas y solas,
Todo me habla un lenguaje de esperanza
Que mi razon á comprender no alcanza.

¡Ay! en medio del mundo bullicioso
Donde risueña juventud delira,
Yo no puedo encontrar aquel reposo

Porque incesante el corazón suspira:
Que todo en ese piélago sañoso
Presa es del viento que alza la mentira,
Y las blancas visiones que aparecen
Cual la espuma del mar se desvanecen.

Yo era feliz al despuntar la aurora
De mi edad juvenil; porque soñando
Con hermosos fantasmas cada hora,
Las cuerdas de mi cítara pulsando,
Mandé á los vientos mi cancion sonora;
Y en sus alas volvióse el eco blando
De la fuente, del bosque y la llanura,
Diciendo como yo: ¡paz y ventura!

Recuerdo que una tarde en Occidente
Ví un celaje de púrpura teñido
Por los rayos del sol, cuando su frente
Hubo tras las montañas escondido.
Latió de gozo el corazon ardiente,
Y dije, de entusiasmo conmovido:
"Como esa nube que gentil descuella,
Tal es mi porvenir, mi vida es bella."

Mas despues otras nubes se agruparon
En torno del celaje, y lo absorbieron;
Y en confuso tropel se abalanzaron,
Y aquel vasto horizonte ennegrecieron;
Mil siniestros relámpagos brillaron,
Los montes con fragor se estremecieron....

Y clamé, con el alma entristecida:
"Tal es mi porvenir, hé aquí mi vida."

¡Oh madre! ¡cuántas veces me dijiste
Amorosa estrechándome en tu seno:
"En el desierto de la vida triste
Verás un porvenir de sombras lleno;
Mas acuérdate siempre que naciste
Para adorar el nombre del Dios bueno,
Y que tus amarguras y las mias
Han de trocarse en santas alegrías!"

¡Quién me diera surcar en raudo vuelo
El anchuroso espacio, y á tu lado
Pedirte, oh madre, en mi afliccion consuelo
Para vivir al ménos resignado!
¿Por qué el destino me arrancó del suelo
Donde tu dulce amor he disfrutado?
¡Ay! ¿dónde están del maternal cariño
Los besos que sentí cuando era niño?

Solo en el mundo, la existencia sigo
Como cruza la errante golondrina
Que en extranjero hogar busca un abrigo
Y no lo halla tal vez la peregrina!....
En esta soledad, mudo testigo
De que á tí mi recuerdo se encamina,
Son, madre, tus palabras mi consuelo:
"¡Hijo, tu porvenir está en el cielo!"

En la inauguracion

de la cátedra de dibujo lineal de la Academia de Educacion y Bellas Artes de Puebla.

VENGAN á el alma los recuerdos gratos
De aquella hermosa juventud primera,
Cuyas tranquilas horas
De encanto puro el corazon llenaron
Y cual sombra fugaz se disiparon.
Vengan como las brisas voladoras
Que suspiran en dulce primavera;
Cual los blandos olores
De las purpúreas flores
Y tímidas violetas
Con que el ameno valle se engalana;
Cual los trinos de ardientes ruiseñores,
O la voz de la tórtola inocente,
Que con sus melancólicos cantares
Da Anáhuac en los bosques seculares
Acompaña la voz de los poetas!

¡Hermosa Puebla, de valientes cuna,
De beldades soñado paraíso!
En tu seno con próspera fortuna
Parar el vuelo quiso
El genio prepotente, que surcando
La azulada extension del ancho cielo
Y sus limpios fulgores derramando
Sobre las nieblas del dormido suelo,
Corrió el oscuro velo,
Y, astro de redencion bello y fecundo,
Trajo la fausta nueva
De ilustracion al admirado mundo!

¡Qué de veces, con pecho palpitante,
Al repasar tu historia.
Y al contemplar los grandes monumentos
Que forman la corona de tu gloria,
Con el sagrado ardor que me inflamaba
En la lira ensayaba
Los dulces metros con que yo queria
Las victorias decir y los encantos
Que orgullosa vé en tí la patria mia!
Mas ¡ay! que suerte impía
Burlaba de continuo mi deseo;
Y empresa fué de mi ignorancia vana
Celebrar tus artísticos primores
Con el estro sublime de Quintana;
Tus victorias cantar como Tirteo
Cantó las de los griegos triunfadores;
Y cual los inspirados trovadores
Cantar de las poblanas peregrinas
La virtud, el hechizo y los amores!

¡Hermosa Puebla, en cuyo grato asilo
Albergue halló el poeta vagabundo,
Y el astro vió brillar puro y tranquilo
Que con sus apacibles resplandores
La noche disipó de sus dolores!
Un dia la contraria
Suerte, de tí arrancóme: en triste llanto
Anublados mis ojos,
Un tierno adios te dijo mi quebranto,
Tan tierno y dolorido
Cual la postrera mística plegaria
Del alma que al Señor levanta el vuelo;
Como el hondo gemido
Que el huérfano infeliz puesto de hinojos,
Exhala junto á la urna funeraria
Que encierra de una madre los despojos.

Doquiera que los hados me llevaron
A tí mi pensamiento se volvia;
A tí, do con presteza
Mis instantes de dicha se escaparon;
Do la dulce mitad del alma mia
Abrió á mis ojos el sereno cielo
De bella poesía;
Donde los frutos del cariño santo,
Mis tiernas rosas en gentil capullo,
Vinieron á formar el noble orgullo
Y el inefable encanto,
De quien ledo miraba aquella aurora
Que el horizonte de la vida dora.

Empero el cielo mis ardientes votos

Oyó benigno en delicioso instante,
Y de mi estrella el bienhechor influjo
Mostró mejor camino
A quien tu nombre repitió constante;
Y á tu seno condujo
Al triste peregrino
Que por tí, hermosa Puebla, por tí diera,
Por tu grandioso é inmortal destino,
El débil precio de su vida entera!

¡Con qué placer cuando en tus glorias pienso
Y á la memoria traigo aquellos nombres
De tus sabios artistas inmortales,
De los preclaros hombres
Cuyas almas reciben el incienso
Que en ofrenda les dan pechos leales;
Con qué placer tan grande, tan intenso,
Hoy á tus hijos entusiastas miro
De sus padres seguir la limpia huella,
Como la luna en su callado giro
Va en pos del astro que su amor esquiva,
Guiada en sus pasos por bendita estrella!

Aun laten generosos corazones
En los poblanos pechos; aun resuenan
Voces aquí, que de ecos misteriosos
Nuestras campiñas llenan,
Y que repiten las enhiestas cumbres
De esas montañas de nevosa frente
Que, si heroicos esfuerzos han mirado
En las generaciones del pasado,

Hoy son tambien testigos gigantescos
De que la edad presente
Estima y acrecienta los tesoros
Que sus dignos abuelos le han dejado!

¡Honor por siempre á tí! que los afanes
Ardientes y prolijos
Con que tus buenos hijos
Se empeñan en abrir al caro pueblo
La senda que conduce á la ventura,
Coronados se miren; y más pura
Brille tu gloria hasta la edad postrera
Que en la mitad de la celeste esfera
En su dorado carro el sol fulgura!

¡Honor por siempre á tí, y honor eterno
A los dignos hispanos
Que con cariño tierno
Al estrechar gozosos nuestras manos
Unen su clara gloria á nuestra gloria,
Confunden con el nuestro su destino,
Y cual buenos hermanos
Vienen á recordar, no aquella historia
Cuyas hojas volvemos de consuno,
Sino á evocar dulcísima memoria,
En este idioma bello cual ninguno,
De los sagrados vínculos que tienen
Muy mas fuertes que férreos eslabones
Dos libres y magnánimas naciones,
Dos pueblos que mantienen
De su ardor y su fé las tradiciones!

¡Honor y siempre honor á los iberos
Que hoy secundan, ¡oh Puebla! generosos
De tu engrandecimiento la tarea!
¿Qué importa, ¡vive Dios! si hay extranjeros
Que quieren codiciosos
Hacer traicion á la sublime idea
Con que el genio fecundo
Al vapor ordenó que en libres alas
Condujera al progreso por el mundo?
No quiera Dios que en pechos mexicanos
De odio y execracion objeto sea
Nombre alguno de aquellos
A quienes llama nuestro labio hermanos.
Pero si álguien, oh Puebla, en mala hora
Oscurecer tu gloria ha decidido
Y amenguar esa luz con que la aurora
Brilla del porvenir que tú aguardaste,
Para execrar su nombre aborrecido
No haya idioma que baste!....
Tú, sin ese vapor hoy comprimido
En alas de otro volarás mañana:
Que no es el oro á fé de extraña tierra
El que nos dá poder, vida y ventura;
En oro abunda tu bendito seno,
Y en el algo mas que tu destino encierra:
Dignidad y patriótica bravura!



EL ROSAL Y LA AZUCENA.

A la sombra de un rosal
Y en una campiña amena
Crece una hermosa azucena
De blancura virginal.
Orgullo del verde prado
Que embalsaman sus olores,
Es la envidia de las flores
Que tristes vénse á su lado.
El céfiro con delicia
Cuando cruza por la vega
A la azucena se llega
Y amoroso la acaricia.
Y su albo cáliz besando
Con pudorosa ternura,
Melancólico murmura
Y se aleja suspirando.
Por su blancura luciente
Cautivado el rey del dia
Penetrar quiere á porfía
Con fúlgido rayo ardiente

Por el tupido follaje
De aquel rosal protector
Que presta á la linda flor
Abrigo con su ramaje.
¡Dulce sombra bienhechora!
Por tí la blanca azucena
Tranquila está cuando truena
Tempestad asoladora.
Y cuando sus negras alas
Bate el huracan violento,
La flor no teme que el viento
La despoje de sus galas!
Si el bello rosal un dia
El crudo invierno secara,
O sus hojas destrozara
Con furia una mano impía;
La azucena, triste y sola,
De pena se consumiera,
Y despojo al viento fuera
Su perfumada corola.
Que aquel bendito rosal
Que junto á la fuente crece
Y al dulce halago se mece
De la brisa tropical;
Es con su sombra querida
La vida de la azucena
Que de aroma y gracia llena
Su tallo levanta erguida.
Y de un mismo manantial
Se nutren rosal y flor,
Y viven de igual calor
La blanca flor y el rosal.
Tú, cual la blanca azucena
De pureza virginal,

Bajo tu amante rosal
Vives sin temor ni pena.
  Envidia das á las flores
Que de tí se alzan en torno,
Porque no tienen tu adorno
Ni tu blancura y olores.
  Olores de alta virtud
Con que embalsamas el suelo
Y que da en tributo al cielo
Tu galana juventud.
  Adorno y blancura tales
Que huyen de la tierra impura
Para formar la hermosura
De los séres inmortales!
  Niña, cuando el sol ardiente
De volcánica pasion
Quisiera en aciaga ocasion
Marchitar tu blanca frente;
  Recuerda que con sus alas
Te guarda cariño santo
Que en él se cifra tu encanto
Y él cuida tus ricas galas.
  Y cuando escuches rugir
La tormenta del dolor
Que amenace, linda flor,
A tu precioso existir;
  Recuerda que hay en el mundo
Un tesoro inagotable
De inmenso amor inefable
Y de consuelo profundo.
  Tesoro que de Dios mismo
Tomó la fecunda esencia,
Y es, cual su grande clemencia,
De bondades un abismo.

Terso y clarísimo espejo
De la más bruñida plata,
Infinito amor retrata
Que es del empíreo reflejo.
Y con sus rayos colora
Ese cielo de esperanza
Que el hombre á mirar alcanza
Desde el destierro en que mora.
¡Azucena virginal,
Flor de nítida blancura,
Sé el encanto, la ventura
Y el orgullo del rosal!



LLANTO DEL CORAZON.

"¿Por qué volveis á la memoria mia,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazon herido?
Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazon solo un gemido:
Y el llanto que al dolor los ojos niegan
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!"

ESPRONCEDA.

(EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA SOLEDAD PEREZ SALAZAR.)

¡HORAS de bendicion y dulce encanto
Que el sol iluminó de primavera,
Brotar haciendo del cariño santo
Las flores que mi alma recogiera!
¡Horas tranquilas que én alegre canto,
¡Ay! celebró mi juventud primera
Con lozana y ardiente fantasía,
¿Por qué volveis á la memoria mia?

¿Por qué volveis cuando al amigo tierno
Buscan en vano los inquietos ojos,
Como las aves en el triste invierno
De sus deshechos nidos los despojos?

¿Por qué mi corazon, si á luto eterno
Le condenan del hado los enojos,
Ha de ser por vosotros conmovido,
Tristes recuerdos del placer perdido?

Quiere, Señora, el despiadado cielo
Que á abrir hoy venga mi convulsa mano
Libro que un tiempo os consagró el anhelo,
Del dulce y bueno y cariñoso hermano.
Perdonad esta página de duelo
A quien grata cancion preludia en vano,
Y viene con letal melancolia,
A aumentar la ansiedad y la agonía.

Un tiempo fué que de las gayas flores
Que al bello sol de la amistad se abrieran,
Y que vida, perfumes y colores
De vuestro noble hermano recibieran,
Para vos cortar quise las mejores
Porque corona á vuestras gracias fueran:
Hoy....solo espinas tomo entristecido
De este desierto corazon herido!

Que derribada fué la enhiesta palma
A cuya sombra el triste peregrino
Alivió los pesares de su alma
Y el cansancio mortal de su camino.
De los instantes de apacible calma,
Con que amistad á consolarme vino,
¿Qué fué, señora, en infelice dia?
¡Ay ¿qué de aquellas horas de alegría?

Ya en la grata mansion do el bello coro
De las alegres musas halló asiento,
No se escucha el cantar rico y sonoro,

Que dió á los vates poderoso aliento.
Las blandas risas en amargo lloro,
En tristes ayes el festivo acento
El cielo torna; y, nuestro bien perdido,
Le quedó al corazon solo un gemido.

Si, como un eco que la brisa errante
Lleva en sus alas por la noche umbría,
Ese gemir oís, cuando anhelante
Busqueis alivio á la congoja impía
En este libro que guardais amante
Cual joya de riquísima valía;
Sabed que á un corazon las olas riegan
Del llanto que al dolor los ojos niegan.

Y aquese corazon que con ternura
Guarda de vuestro hermano la memoria,
Comparte vuestra inmensa desventura,
Vuestros recuerdos de placer y gloria.
Al repasarlos la amistad mas pura,
Acompaña con lágrimas su historia;
Mas porque nunca hasta mis ojos llegan,
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!



A Juana M. de Morales.

(UN DIA DE SU SANTO.)

ERA Mayo gentil, hermana mia,
Con sus brisas, sus galas y colores,
Cuando entre bellas y olorosas flores
La blanca flor de tu existir se abría.

De la campiña por el césped blando
Se deslizaba el límpido arroyuelo,
El claro azul del esplendente cielo
En su diáfano espejo retratando.

Era Mayo: las selvas seculares
En deliciosos ecos respondian
A las calandrias que su amor decian
En tiernos y dulcísimos cantares.

Al ocultarse el sol tras de los montes
Envuelto de la tarde en los celajes,
Teñía sus hermosos cortinajes
De carmin en los vastos horizontes.

Y acaso entónces la callada luna
Rodeada de misterio y poesía
Sus nítidos fulgores esparcía
Sobre el terso cristal de la laguna.

Naturaleza entera saludaba
De tu existencia la primer sonrisa
Que en tu labio infantil, como la brisa
Con purpúreo clavel jugueteaba.

El ángel del amor, blondo y risueño,
Ostentando tambien sus ricas galas,
Cubrió tu cuna con sus blancas alas
Y absorto estaba en tu tranquilo sueño.

El sueño de la cándida inocencia
En que el rostro se ve de los querubes
Entre doradas y flotantes nubes
Y flores mil de embriagadora esencia.

En que se escucha indefinible y vago
De la celeste música el concento,
En que acaricia el sosegado viento
De nuestra vida el trasparente lago.

En que el seno de madre cariñosa
Nos estrecha con gloria y con orgullo,
Como la flor que en su gentil capullo
Detiene á la ligera mariposa.

En que no hay mayor dicha ni embeleso
Ni hay otra aspiracion que al pecho aliente,
Que recibir en nuestra casta frente
De aquella madre el ardoroso beso.

¡Dichosa edad!.... En alas del deseo

Me remónto á su albor, hermana mia;
Y cual tu bella y cándida María.
Gozosa niña en mi soñar te veo!

Gozosa! . . .mas ¿qué digo, dulce hermana?
¿Por qué mi labio que tu dicha entona
Empaña así de flores tu corona
Y el vaso puro de tu amor profana?

¡Perdon mil veces! olvidabá ciego
Que de un amor tiernísimo la historia
Repasas hoy con indecible gloria
Y arde tu pecho en sacrosanto fuego.

Olvidaba el cariño grande y noble
Con que te tiende sus amantes brazos
Y te sostiene con eternos lazos,
Oh hermosa yedra, tu adorado roble!

Olvidaba que tienes un tesoro
De amor, y de virtud, y poesía
Que tu sensible pecho no daria
Del estenso Anahuác por todo el oro.

Olvidaba que aun sueñas con querubes,
Con flores mil de regalada esencia,
Y que es bella y tranquila tu existencia
Como de Abril las sonrosadas nubes.

Olvidaba que aun es tu lindo cielo,
Como ese cielo de la patria mia,
Y que hay en él un sol que siempre envia
Su ardiente rayo á tu florido suelo.

Y olvidaba que un ser bondoso y tierno
Te ha formado, querida, en su cariño

Goces tan puros cual los tiene el niño,
Goces que brindan porvenir eterno.

¡Que en ese amor que tu existir recrea
Y no turban crueles desengaños,
Mires dichosa trascurrir los años
Y aquesta siempre tu ventura sea!

De tu bello jardin las gayas flores
Perfumen hoy tu encantadora estancia.
¡Ojalá que tuvieran su fragancia
Los versos en que canto tus amores!



EL OLMO.

EN amante lazo estrecho
Vive con su yedra un olmo:
Ella, de dicha en el colmo;
El con su amor satisfecho.
  Forman su grata delicia
Dos encantadoras aves,
Que á los céfiros suaves
En amorosa caricia
  Mandan cadenciosos trinos
Que llenan el bosque umbroso
Y el curso paran undoso
De arroyuelos cristalinos.
  Tanto amor y tal contento
Respiran las avecillas,
Que á sus cántigas sencillas
Gime de ternura el viento.
  Y del valle los rosales,
Cual sintiendo su influencia
Les bridan la grata esencia
De perfumes celestiales.

En tanto que extasiadas,
Como en inefable anhelo,
Cantando, tienden su vuelo
Alondras enamoradas,

Para ir hasta el olmo erguido
Que con noble orgullo ostenta
La yedra ó quien él sustenta
Y de las aves el nido.

¡Oh, qué cuadro tan hermoso!
Jamás lo vino á turbar
El tremendo rebramar
Del huracan proceloso!

Ni estallando el rayo ardiente
Por negra nube traido
A destrozar ha venido
Del olmo la alzada frente.

Ni en sus furores extraños
El leñador rudo y fuerte
Amenazó con la muerte
Sus dulces, tranquilos años.

Y la bendicion del cielo
Tanto al árbol protegió,
Qne nunca el sol le secó,
Ni á cubrirle vino el yelo.

Es porque el olmo bendito
Rindió á Dios el homenaje
De levantar su ramaje
En busca del infinito.

Y son sus dias felices,
Y de tal gala está lleno,
Porque jamas en el cieno
Deslizara sus raíces:

Sino en las fuentes sabrosas,
En los limpios manantiales
Que dan vida en sus raudales
Al tronco y ramas frondosas.



RECUERDOS.

A FRANCISCO BELAUNZARAN.

SI es la amistad el bálsamo sagrado
Que mitiga las penas de la vida;
El astro bienhechor que nos consuela,
La flor mas pura que su aroma brinda;
Yo quiero consagrar mi pobre canto
A la dulce amistad, pues ella inspira
Ese afecto sublime que no turba
Vil interes que al corazon domina.

¡Cuántas veces, amigo, en pos vagando
De un alma ardiente como el alma mia,
Encontré una mujer tan hechicera
Cual la fragante rosa purpurina,
Que juraba quererme hasta la tumba,
Desplegando sus pérfidas sonrisas!
Y ¿qué fué de su amor? Cual suele el viento
Arrebatar las frágiles aristas,

Así tambien llevó sobre sus alas
Las bellas frases de una fe mentida,
Y el viento consumió tan vivo fuego
Dejando solo al corazon cenizas.

Yo quiero un sentimiento noble, grande,
Busco un cariño que jamas se extinga;
Que á doquiera que voy conmigo vaya
Cuando la suerte próspera me siga,
Y que cuando las penas me anonaden,
A mi alma triste de consuelo sirva.

Ven á mi lado, ven, querido amigo:
Hoy que la tempestad enfurecida
Rebramando en el cielo de la patria
A escombros amenaza reducirla:
Hoy que errantes los dos nos encontramos
Cual náufragos en playa bendecida,
Léjos, muy léjos del hermoso suelo
Do mi padre por mí llora y suspira
Y tu jóven esposa desolada
Te busca en vano con turbada vista;
Ven á evocar dulcísimos recuerdos
De aquella época fausta de la vida,
En que juntos tambien hemos pasado
Nuestras rápidas horas de alegría:
Ven, que es muy grato al corazon que sufre
Vivir soñando con pasadas dichas.

Hay un lugar bellísimo. ¿Recuerdas?
Del vasto Michoacan al mediodia,
No léjos de la cuna de aquel héroe

Que diónos patria y sucumbió en Padilla,
Circundado de altísimas montañas
Donde á las tempestades desafian
Los pinos gigantescos, impregnando
De grato olor las auras fugitivas;
Se ve un hermoso pueblo que descansa
Al pié de fertilísima colina,
Sobre una alfombra de silvestres flores
Cuyo nombre la ciencia aun no averigua.
No de otro modo en oriental palacio
El sultan indolente se reclina
Sobre divanes que su lujo forma
De las telas de Persia y de Turquía.

De la Sierra á torrentes se desata
El manantial del agua cristalina,
Y formando cascadas y arroyuelos
De caprichosos giros, se desliza
Hasta el fondo del valle, produciendo
Vegetacion exhuberante y rica.
Allí son de admirar aquellos bosques
En cuyos senos vírgenes anidan
Especies mil de raros animales
Que la atencion suspenden: allí trinan
A todos horas primorosas aves
De plumaje hermosísimo vestidas,
Y se escuchan tan mágicos conciertos,
Se oyen tan delicadas armonías,
Que de inefable encanto el alma llena
La triste historia del dolor olvida.

Al traves de las bóvedas espesas
Que con su sombra á descansar convidan,

No llega á importunar un solo rayo
Del sol abrasador del medio dia:
Y el hombre puede sin penoso esfuerzo
Los frutos recoger que allí le brindan
Los naranjos y verdes platanares,
Las palmeras altísimas y erguidas,
Los manzanos y frescos limoneros
Que llenan de azahar las leves brisas.

¡Oh, qué bello es el vasto panorama
De esos remotos y variados climas
Donde brotan las cañas mas sabrosas
Y ceden á su peso las espigas!
Está la creacion con sus encantos
En esa tierra del Señor bendita
Que es de su mano el juego mas precioso
Y de Anáhuac la joya mas querida.
Si existió alguna vez la edad dorada
Por la que el hombre con afan suspira,
Nuestros padres quizá la disfrutaron
En aquella mansion de las delicias.

Era una tarde diáfana, serena:
Entre celajes de purpúrea tinta
Tras los alzados montes al Ocaso
El sol tranquilamente descendia.
Era la hora sublime en que se agolpan
Y cual las olas de la mar se agitan
Mil y mil pensamientos en el alma
Que al porvenir incierto se encaminan.
Confundidos con plácidas memorias
De los primeros años de la vida,
¿Recuerdas que los dos de una montaña

Nos colocamos en el ancha cima
Para gozar del seductor paisaje
Que en el valle á la vista se ofrecia?
Comenzaba el crepúsculo apacible
A bañar con su luz lánguida y tibia
Las enriscadas cumbres y las selvas,
El verde llano y la feraz colina.
De las humildes y lejanas chozas
Las hogueras al cielo despedian
Blancas columnas de humo que á perderse
Iban presto, cual breves se disipan
Las gratas ilusiones que formara
Del poeta la ardiente fantasía.

¡Cuán envidiable, amigo, apareciónos
La existencia pacífica y tranquila
De aquellas buenas gentes, comparada
Con las amargas horas de agonía,
Que tambien á los dos nos oprimieron
En una sociedad tan corrompida!
Los verjeles risueños de la falda
Sus primorosas galas extendian,
Llenos de frutos, pájaros y flores,
Ciñendo aquella silenciosa villa,
Como ciñe la frente de una reina
La diadema de joyas esquisitas.

En medio de la cima de aquel monte
Una cruz de madera se veía,
Signo de paz, emblema misterioso
De nuestra augusta religion divina.
A su sombra benéfica sentados,
Admirando de Dios las maravillas

Y refrescados por el dulce aliento
De la lijera perfumada brisa;
Hablamos de los males de la patria,
De esta patria infeliz tan bella y rica
Cual ninguna nacion, y cual ninguna
Modelo de infortunios y desdichas.
Henchido el corazon de amarga pena,
Recordamos allì las negras iras,
La insaciable ambicion, el furor ciego,
Los crímenes sin cuento v las perfidias
Que la discordia con terrible encono
En mejicanos pechos ¡ay! suscita.
Al triste porvenir que nos aguarda
Dirijimos entonces nuestra vista
Y temblamos de vernos sojuzgados
En un infausto y ya cercano dia
Por la furia de algun aventueero
Qne inflamando las luchas fraticidas,
Hará que acabe el nombre mejicano
Cuando el sello de esclavos nos imprima!..

Dejo aquí de cantar, querido amigo,
Que no puede tocarse la honda herida
De nuestra pobre patria, sin que el alma
Al pesar mas profundo no se rinda.
¡Que Dios en sus magníficas bondades
Nos conceda mirarla en bello dia,
Con verdadera libertad marchando
Al sólido progreso y á la dicha!



EL ESTANDARTE CATOLICO.

(Desahogo escrito improvisamente para leerlo en la solemnísima Asamblea general de la Sociedad Católica de México, el 8 de Diciembre de 1875.)

BAJAR debiera con rubor la frente
Y dejar en el polvo mi laúd,
Cuando el gozo decir que el pecho siente
Yo no puedo ¡infeliz! tan dulcemente
Cual la ardorosa y tierna juventud.
Pero ¿cómo callar? el alma mia
Oprimida por tantas emociones,
Quiere libre volar á tí, María,
Y del justo y del ángel á porfía
Emular las gratísimas canciones.
Cual torna la paloma al dulce nido;
Cual se encamina al mar el arroyuelo,
En alas de mi amor con fe he venido
Al sitio encantador, dulce y querido
Que nunca olvida mi ardoroso anhelo, (1)
Absorto miro en él que se levanta

(1) La antigua casa de la Sociedad católica de México.

Un árbol colosal y majestuoso,
A cuya sombra que al viajero encanta
Cada uno de tus hijos se adelanta
La frescura buscando y el reposo.
  Yo ví que tú arrojaste la semilla
Que en el eterno Eden cogió tu mano;
Y hoy que el árbol á Anáhuac maravilla,
Tus frutos lleva, oh Madre sin mancilla,
Y á Satán burla y á su orgullo insano.
  Aquel pequeño grupo de soldados
Que á tu nombre inmortal reunióse un dia,
En falanges de atletas denodados
Contra tus enemigos coligados
Se ha trocado por tí, dulce María!
  El infierno contempla con pavura
El glorioso y magnífico estandarte
En que tu nombre encantador fulgura
Con más brsllo que el sol, oh Vírgen pura,
¡Y no puede tus triunfos arrancarte!
  Porque el excelso Dios quiso con ellos
Salvar al hombre con amor profundo:
Y de la muerte quebrantar los sellos,
Para que al fin radiasen los destellos
Del sol de la justicia sobre el mundo.
  Vendrá la plenitud de sus fulgores:
Lo dice, Madre, el furibundo encono
Con que Satán empuja sus errores
Desde que sin la culpa y sus horrores
Concebida aclamárate Pio Nono.
  Pero ¿quién como Dios? En él se encierra
De la verdad el único tesoro:
El error infeliz le mueve guerra,
Mas *El* de nuevo limpiará la tierra
Como el crisol que purifica el oro.

¡Qué delicia tan grande y verdadera,
Será entonces, oh cándida María,
El militado haber con fe sincera
Bajo esa gloriosísima bandera
Cuyo triunfo final será el gran dia!
¡Vencedora inmortal! oye mi acento:
Cúbrenos con tu egida poderosa;
Da á nuestros pechos tu divino aliento
Y prosiga por tí nuestro ardimiento
A la Cruz defendiendo victoriosa!



ORFANDAD.

A CONCHA COUTTOLENC. (EN SU ALBUM.)

¡BELLA es la noche! Surcando
La luna el sereno cielo,
Vierte en el dormido suelo
Su apacible resplandor.
El eco se escucha apénas
De alguna escondida fuente,
O el beso que da el ambiente
A la solitaria flor.

Majestuoso el Orizaba
Alza la frente atrevida
Con su diadema ceñida
De plata y limpio cristal.
Y gigante centinela
Mira que á sus pies tendidos
Cien pueblos se hallan hundidos
En silencio cepulcral.

Bella es la noche tranquila!
Hay un misterioso encanto
En ver su espléndido manto
Con sus estrellas sin fin.
¡Cuál repasa la memoria
Esos recuerdos que alhagan
Cual los aromas que vagan
Con las brisas del jardin!

Cuando contemplo á mis solas
Del universo la calma
Absorta se queda el alma
En honda meditacion:
Y siento por la mejilla
Deslizarse presurosa
Una lágrima ardorosa
Brotada del corazon.

Una lágrima que encierra
La historia de mi tormento;
De mi vida el sufrimiento,
De mi pecho el padecer:
Lágrima que ya no enjuga
Una mano bendecida
Y va rodando perdida
Al abismo del no ser.

Cual celajes vaporosos
Que en una alegre mañana

Tiñe el sol de rosa y grana
Con su vivo resplandor:
  Cual las flores purpurinas
Que en la primavera crecen
Y al blando impulso se mecen
Del céfiro volador;

  Así brillantes, hermosas
Mis ilusiones nacieron
Y halagadoras crecieron
En el alma juvenil.
  Mas ¡ay! que tan lindas nubes
A poco se disiparon:
Y en breve se marchitaron
Mis frescas flores de Abril.

  Era, Concha, el tiempo grato
En que el alma venturosa
Vió de juventud hermosa
Rayar el primer albor.
  Las caricias recibiendo
De la tierna madre mia,
Otro amor no conocia
Que aquel inefable amor.

  Mas en aciago momento
Plugo á mi destino airado
Arrancarme de su lado
Lanzándome á padecer.

Y en vano la vista errante
Buscó á mi madre querida:
En vano mi voz sentida
La llámaba por doquier.

Que años y años trascurrieron
De negra melancolía,
Y yo á abrazar no volvia
Al ángel de bendicion,
Que bajo las blancas alas
De su maternal cariño
Cubrióme cuando era niño
Con celestial emocion.

Y ¿cómo tornar á verla
Si el pesar de mi tardanza
La postrimera esperanza
De su pecho arrebató?
¿Como aspirar el perfume
De la flor del alma mia,
Si el cierzo con furia impía
¡Ay! sus galas destrozó?

¡Cuál van del huérfano triste
Las horas lentas pasando!
El sol le encuentra llorando,
La noche le oye gemir!
Y de un dia y otro dia
Brilla la luz en el cielo,

Sin que un rayo de consuelo
Venga en su frente á lucir!

¡Dichoso quien escucha la voz encantadora
De ese ángel bondadoso, querido y tutelar
Por quien suspira el pecho y á quien el alma adora
En el cencillo templo del apacible hogar!

¡Dichoso quien contempla la noble y casta frente
Que el resplandor refleja del trono del Señor,
Y en ella deposita purísimo y ardiente
El ósculo sublime de inmaculado amor!

Y ve de aquellos ojos la celestial ternura,
De tan graciosos labios el dulce sonreir,
En un inmenso golfo de mágica ventura
Las horas fugitivas sintiendo trascurrir.

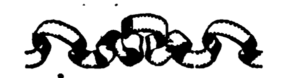
¡Dichoso quien reclina cansada la cabeza
En ese amante seno con presuroso afan
Cuando las negras nubes de la letal tristeza
La luz de nuestros ojos oscureciendo van!

Así como la nave que impele el manso viento
Por las azules ondas del sosegado mar;
O como la avecilla que en blando movimiento
Por el sereno espacio se mira atravesar;

Tranquila tu existencia como el soñar de un niño,
Cual cristalina fuente que corre en el pensil,
Va por la luz bañada del maternal cariño
Que como el sol alumbra tu encantador Abril.

¡Ah, cómo al contemplarte tan pura y cariñosa
Al lado de quien formas la dicha y la ilusion,
Evoca sus recuerdos un alma pesarosa
Y brotan tiernas lágrimas del triste corazon!

Con ellas sin quererlo bañando estoy las hojas
Del libro que anhelaba mi pobre afecto abrir:
Si á los sensibles pechos no dice sus congojas
¿Con quién irá el poeta su pena á dividir?



CONCHA.

YO soy la linda Concha
De plata y nácar,
Que guardo hermosa perla
Dentro del alma;
Rico tesoro,
Mas valioso en el mundo
Que todo el oro.

—

¿Qué puede compararse
Con la inocencia,
Compañera amorosa
De infancia tierna;
Angel que al suelo
Para cuidar del niño
Baja del cielo?

—

Fresca rosa en su cáliz

Guarda escondido
Embriagador perfume
Blando, exquisito;
Y el alma hermosa
Es del niño inocente
Como la rosa.

¡Ay! perdido el tesoro
De la inocencia
¿Qué es del hombre infelice
Sobre la tierra?
Qué de las flores
Arrancadas, marchitas
Y sin olores?

Yo soy la concha bella,
Yo soy la niña
Inocente, dichosa,
Pura y festiva,
Que sin cuidado
Oye bramar las ondas
Del mar airado.

Soy la blanca azucena
De grato aroma
Que embalsama las brisas
Halagadoras:
Y aun en capullo,

De amante jardinero
        Formo el orgullo.

Y pues tan afanoso
        Me quiere y cuida,
Sean para él mis gracias
        Dulce delicia;
        Y nunca el viento
Me destroce y le cause
        Rudo tormento.



NUESTRO DESTINO.

A ROSA CARRETO.

AVES de paso en extrànjera tierra
Al impulso llevadas del destino,
Nos hemos encontrado en el camino
Que buscó el alma con ardiente afan.
Gitano misterioso, vagabundo,
Abandoné el hogar y su dulzura,
Por ir diciendo al mundo la ventura
Que nunca nuestras almas hallarán.

¿Qué buscaba en sus ansias el poeta
Que á su tierra natal bella y querida
Así dejó, y en tierna despedida
Le dejara tambien su corazon?
¿Qué buscaba el poeta cuando un dia
De aquel nativo eden dejó las flores,
Y la vida dejó de sus amores,
Y el cielo de su mágica ilusion?

¡Buscaba lo que tú! su pecho ardiente
Sin cesar se agitaba y consumia
Por la gloria inmortal, y porque un dia
Fresco laurel viniese á conquistar.
Buscaba lo sublime que al artista
Arrebata en dulcísima esperanza
Al ideal que mira en lontananza
Cual la estrella de Vénus fulgurar.

Soñaba desde entónces, cual tu sueñas,
Del arte hermoso en el amor profundo,
Tender el vuelo, señorear el mundo,
Y del espacio diáfano al través
Mirar la creacion y sus encantos
Con el ojo del águila altanera,
Y contemplar la humanidad entera
Celebrando sus triunfos á sus piés.

Así, cual tú, y en lo íntimo del alma
De fe con un riquísimo tesoro,
Soñando siempre con las arpas de oro
Que al genio la fortuna reservó,
En mi loca ambicion pensé atrevido
Del hondo porvenir rasgar la venda
Y hollar de flores la encantada senda
Que entusiasmo febril se imaginó.

Mas ¡ay de mí! cual náufrago infelice
Que pierde el faro de esperanza cierta
Y á una playa tristísima y desierta

Es lanzado por recio vendaval;
Así eclipsado el astro cuya lumbre
Al ardor juvenil mostró el camino,
Mi pobre esquife á destrozarse vino
En las rocas do muere el ideal.

Y hoy está mustia la soberbia frente
Que ceñirse de lauros pretendia:
Hoy está muerto el corazon que un dia
Por la gloria inmortal se conmovió.
Y es presa de terribles desengaños
El alma que amó el bien, y que en lo bello
De un soberano Artífice el destello
En sus líricos raptos descubrió.

Ah! bien sin duda la ambicion osada
Como Icaro se atrajo su castigo,
Y hallóse convertido en un mendigo
El triste bardo que soñó ser rey.
Y muy bien con amargas decepciones
Vino á tejerse la maldita historia
De quien, en pos vagando de la gloria,
Jamas pusiera á sus caprichos ley.

Ello es que triste y vagabundo sigo
Doquier el pobre corazon sangrando....
¡Y aun va mi lira por doquier sonando
Como un eco de eterna maldicion!
¡Y aun viven en el alma las memorias
Que con la luz del desengaño leo,

Y en afectos purísimos aun creo
Que costaron la vida al corazon!

Quisiera, Rosa, del Castalio coro
Torrentes de armonía deliciosa,
Inspiracion quisiera poderosa
Tu talento al mirar, musa gentil.
La inspiracion sublime con que imitas
De tu lira en las tiernas vibraciones
Del ruiseñor las plácidas canciones,
Los susurros del céfiro sutil.

Los ayes de la tórtola que gime
Por su adorado bien en la enramada,
Las quejas de la alondra enamorada,
Los trinos que en la selva da el *clarin*.
Los rumores del bosque por la tarde,
El murmurar de la escondida fuente,
Y todo ese conjunto con que siente
Perderse el alma en la region sin fin!

Rota se halla la lira del poeta;
Sus bellas flores marchitó el destino,
Pero al verte en mitad de su camino
Con amor te saluda fraternal.
Nunca, Rosa, la gloria en sus coronas
El martirio te dé de sus espinas;
Y la senda feliz por do caminas
Te lleve á tu dulcísimo ideal!

LOS DIAS DEL JUSTO.

A MARIANO DE J. MORALES.

Beatus vir qui timet Dominum.

¡FELIZ, cual tú, quien adora
Y teme y sirve al Señor,
Y dentro el pecho atesora
De la virtud bienhechora
El gérmen consolador!

Porque ese hombre, en cuyo labio
La mentira no se asienta,
Que no hace á su hermano agravio
Y con la ciencia del sabio
A su espíritu alimenta;

Ese hombre que tiene abierta
Para el huérfano la mano,
Para el mendigo la puerta,
Y á quien hallan siempre alerta
Las miserias de su hermano;

Ese hombre que su desvelo

Consagra á la noble ciencia
Y que imparte su consuelo
Con caritativo anhelo
Del enfermo enla dolencia.

Con fidelidad siguiendo
Va la huella que en el mundo
Trazó el Dios-Hombre viniendo
A hacer el mas estupendo
Prodigio de amor profundo.

¡Con qué imponderables creces
Paga ese Dios de bondad,
A quien haciendo sus veces,
Endulzando va las heces
Que apura la humanidad!

Serena se halla su frente,
Tranquilo su corazon,
Y hay en su mirada ardiente
El fulgor indeficiente
De una santa inspiracion.

A su alma el crímen horrible
Con su torcedor no aqueja
Ni su tormento indecible;
Que es como un lago apacible
Do la luz del sol refleja.

Y halla inefable ventura,
Una ventura sin fin
De la esposa en la ternura
Y en esa inocencia pura
De un amado serafin.

Sus amigos cariñosos
Vienen en risueños dias,
En dias como éste hermosos,
A acompañarle gozosos
En sus dulces alegrías.

Y con ellos se compasa
En la mas grata efusion,
Al ver que el Señor sin tasa
Manda el júbilo á su casa
Con su santa bendicion.

Ella te siga doquier,
Hermano del alma mia,
Y pueda esta dicha ser
Preludio de aquel placer
Que encierra el eterno dia!

Ofrenda infantil.

Versos recitados por una niña en el cumpleaños de su padre.

A TI, padre amoroso,
De la virtud modelo,
De esposos el dechado,
De caridad ejemplo;
A tí que cual solícito
Y amante jardinero
De aquesta humilde planta
Cuidas con afan tierno,
Como en su nido el ave
Cuida de sus poyuelos;
Consagro hoy los latidos
De mi inocente pecho,
Si alcanzan á espresarlos
Estos sencillos versos.

La gratitud embarga
Mi voz, cuando te veo

Tan dulce y cariñoso,
Tan apacible y bueno.

Mis infantiles años,
Oh Padre, van corriendo
Cual corre entre las flores
Tranquilo el arroyuelo;
Y tú, que del Dios santo
Me enseñas los preceptos,
Con mi querida madre
La dicha dividiendo
De hacerme tan felice
Cual sueña tu deseo;
Eres, en union suya,
Mi encanto y embeleso,
Y de ambos las caricias
Son todo el bien que anhelo.

Quisiera en este dia
Darte un tesoro inmenso;
Mas como débil niña
¿Qué cosa ofrecer puedo
De tus virtudes digna
Y digna de tu afecto?
Tan solo puedo darte
De mi boquita un beso,
Puro, como el que suele
Dar á la flor el céfiro.
Un beso, mas mi madre
Dice que en ese beso
Va un mundo de ternura
Que yo á explicar no acierto.
Y el Angel de mi guarda
Me dijo anoche en sueños

Que mi besito al darte
De amor y de respeto,
En tí, padre, mirara,
La imágen del Dios bueno,
Y que hoy por tu ventura
Fuera á rezar al templo.



A LA SRA. D.ª DOLORES BÚLNES.

Con motivo de la bendicion y estreno de la hermosa casa de su hacienda de Santa Anna.

MANDAISME, noble señora,
Pues vuestro ruego es mandar,
Que pulse el arpa insonora
Y la fiesta encantadora
Celebre de vuestro hogar.

Infunde al númen aliento
Esa dulce peticion:
Mas, si os digo lo que siento,
No afirma vuestro talento
Lo que pide el corazon.

Mi alma á la vuestra sujeta
Por mágica simpatía,
Os vió siempre tan discreta.
Que hoy, señora, se halla inquieta
Por vuestro nombre y valía.

Llega en lance tan tremendo
Mi perplejidad al colmo;

Y aunque estoy la verdad viendo,
Es la verdad que no entiendo
Cuál pedís peras al olmo.

Vuestro genio ha fabricado
Albergue tan grato aquí,
Que cual Túsculo afamado,
Es digno de ser cantado
Por Horacio y no por mí.

Es vuestro gusto perfecto,
Como gusto que engendró
De Albion el gusto correcto:
Mas no hay gusto sin defecto
Y aquí es el cantarle yo.

Y si juzgais que no fundo
Mi sincera conviccion
En algo serio y profundo,
Referid á todo el mundo
Que venga á vuestra mansion,

Que al estrenar sus salones
Y del cielo al implorar
Las augustas bendiciones,
En vez de dulces canciones
Se oyó mi rudo cantar.

Y, apelo á vuestro talento,
Esa circunstancia sola
Hará, Lola, que al momento
Se dude con sentimiento
Del gran talento de Lola.

De Lola, que es un modelo

Superior á mi lenguaje;
Estrella del patrio cielo,
Y á quien los de estraño suelo
Rindieron pleito-homenaje.

Con razon están quejosas
Las rosas de ese jardin
Y las auras vagarosas
Se lamentan con las rosas
En este bello confin.

El geranio y la azucena
Hablan de mí con enfado:
La camelia, de horror llena,
Le está contando su pena
Al lirio aterciopelado.

Y son tales los enojos
De aquellos rojos claveles,
Que hasta se ponen mas rojos;
Y en el jazmin ven mis ojos
Palidez de ansias crüeles.

La preciosa trinitaria
Reniega del pensamiento,
Y la triste cineraria
Escondida y solitaria
Fué á llorar su sentimiento.

Y hasta la dulce amapola
Y la tímida violeta
De perfumada corola
Se están quejando de Lola
Y maldiciendo al poeta.

—"¿Para esto, bella Dolores,
Por tus flores afanarte?"
Así os increpan las flores,
Y sus ecos gemidores
Recoje la brisa, y parte!

—"Son justas nuestras querellas,
Pues aquel tierno cuidado
De sus blandas manos bellas,
(Prosiguen diciendo ellas
Al céfiro enamorado,)

"Fué para que el grato dia
Que se estrenará el verjel,
En la mas dulce armonía
Se uniera la poesía
Con las galas que hay en él.

"Fué porque naturaleza
Con el arte se juntara:
Porque el genio en su grandeza
Un ideal de belleza
Con su acento celebrara.

"Y miéntras brisas y flores
Alegraban el jardin,
Las flores con sus olores,
Las brisas con los rumores
Que traen del bello confin;

"El bardo con dulces sones
Dijera su inspiracion,
Y á tan tiernas impresiones
Latieran mil corazones
Como un solo corazon!"

¡Oh flores! si el aura inquieta
Que va á besar vuestras galas
Así el lenguaje interpreta
Con que mandais al poeta
Vuestras quejas en sus alas;

Os dice quien os adora
Y vuestras quejas oyó,
Que su justicia no ignora:
Mas....quiso vuestra señora
Y héla obedecida yo.

Si no alcanza, bellas flores,
A calmaros mi respuesta,
Hareis oficios mejores
Brindando vuestros olores
En tan espléndida fiesta.



MIS TRINITARIAS.

Preciosas trinitarias,
Amadas florecillas,
¿Por qué os encuentro mustias?
¿Por qué os hallais marchitas?
Ayer del prado hermoso
Donde mi dulce Elvira
Entre suspiros tiernos
Y angélicas sonrisas
De su pasion ardiente
Los votos repetia,
Formabais el encanto,
Galanas florecillas.
En vuestras lindas hojas
Que el terciopelo envidia,
Y do se mezcla el oro
Con primorosas tintas,
Del manto de la aurora
Las perlas desprendidas
Temblaban á los besos
Del aura matutina

Y cual menudo aljófar
En ellas relucian.
Cuando os cortó en la tarde
La dulce amada mia
Y me mandó en vosotras,
Hermosas florecillas,
El sin igual tesoro
Que de su pecho explica
Las amorosas ansias,
El don que simboliza
Los pensamientos únicos
Que sin cesar la agitan;
¿Pensó, mis bellas flores,
Que léjos de su vista,
Privadas de su aliento,
Mas blando que la brisa,
Acá en mi pobre estancia
De pena moriríais?
¿Pensó que al contemplaros
En mágica delicia,
Mis labios ardorosos
¡Ah! tanto os besarian,
Que á poco vuestras hojas
Quedáranse marchitas?
¿Pensó que en vez del riego
Del agua cristalina
Y de las frescas gotas
Que amante aurora envía,
Acá sólo mis lágrimas
¡Oh tristes florecillas!
Vuestros hermosos pétalos
Humedecer debian?
Quisiera con el alma
Volveros á la vida;

Mirar de vuestras hojas
La antigua lozanía;
Y que ese aroma blando
Que ya la muerte os quita,
Me regalara siempre
Con su fragancia rica.
¿Así, mis pobres flores,
Acabarán un dia
Los tiernos pensamientos
De mi adorada Elvira?....
Si así lo quiere el hado,
Vosotras, florecillas,
Acompañadme siempre
Y en la congoja mia
Sed mi consuelo grato
Mi prenda mas querida,
Hasta que, cual vosotras,
Sucumba á mis desdichas.



MI DESEO.

NO del vapor en alas
Surcar quiero las ondas
Que los hirvientes mares
Levantan espumosas;
Ni ver las maravillas
Que de la culta Europa
La fama vocinglera
Sin descansar pregona.
Contentos otros miren
Ciudades populosas
Que grandes monumentos
Y alcázares adornan.
No busco esos jardines
Donde la bella Flora
Construye sus palacios
De mil variadas formas.
Ni aun escuchar pretendo
Las divinales notas
Que en aquellos teatros
Resuenan melodiosas,
Y con que el genio ilustre
Las almas deja absortas.

Tampoco de la ciencia,
Desvélame la gloria;
Ni sueño que mi frente
Recibe la corona
Que á los excelsos vates
Ofrecen cariñosas
De sacra Mnemosina
Las hijas protectoras.
   Lo que la dulce calma
Dos años ha me roba,
Y que en mi vida triste
Hace que, gota á gota,
Apure hasta las heces
La mas amarga copa;
Es el tornar á verte
Mujer encantadora,
Arcángel de mis sueños,
Luz de mi cielo, gloria
Que delirante busca
El alma que te adora:
Volver ¡ay! á tus brazos,
Elvira seductora,
Estrella que me guía
Por las espesas sombras,
Flor pura que me embriaga
Con su exquisito aroma:
Decirte mis tormentos,
Contarte mis zozobras,
Para que tú:—"bien mio,
Soy tuya," me respondas,
Y formen nuestras almas,
Elvira, una alma sola.



AL CAER LA TARDE.

A LEANDRO OTAHOLA.

LEANDRO, ¡cuán hermoso en la colina
Se eleva este convento solitario,
Desde cuyo gracioso campanario
El valle pintoresco se domina!
El sol va declinando tras el monte
Y de púrpura tiñe los celajes
Que flotan como ricos cortinajes
En el azul del límpido horizonte.
Y con sus rayos moribundos baña
La argentada corona reluciente
Que ostenta con orgullo en su alba frente
De la Estrella la altísima montaña. (1)
Con qué imponente majestad al cielo
Se levanta la cúspide altanera
De ese rey de la inmensa cordillera
De los vírgenes montes de este suelo!

[1] No hay quien ignore entre nosotros que la palabra mexicana *Citlaltepetl* tiene la poética significacion de *Cerro de la Estrella*, á que mas comunmente llamamos el Pico de Orizaba.

Vense doquier en su extendida falda
Las ricas mieses que apacible viento
Hace ondear con dulce movimiento
Cual las olas de un golfo de esmeralda.
¿Escuchas el cantar de los pastores
Que alegres tornan al campestre asilo,
Do grato sueño les dará tranquilo
Blanco licor de jugos bienhechores?
El fuego ves que el leñador enciende
Allá do empieza la region del hielo,
Y el humo que á perderse va en el cielo,
Cual gasa qué del monte se desprende?
¿Y ves aquel lucero vespertino
Que á la callada luna se adelanta
Y como el signo del amor encanta
Con su fúlgido brillo diamantino?
¡Dulce amigo! las gratas impresiones
Que el ángel de la tarde nos envía,
Divida tu alma con el alma mia,
Juntos palpiten ambos corazones!
¿Qué tiene del crepúsculo el misterio
Con su luz melancólica y su calma,
Que suspirando al verle, ansía el alma
Por dejar su infelice cautiverio?
¡Hora bendita en que suspenso el mundo
La partida contempla silencioso
Del sol que va á ocultarse pesaroso
Del Occidente en el confin profundo!
¡Ah! mientras tú con rapidez avanzas
Bañando en dulce claridad el suelo,
¡Cuánto placer me das, cuánto consuelo,
Hora de los recuerdos y esperanzas!
¡Leandro! ¿qué busca tu mirada ardiente
Con hondo afan y agitacion extraña

Allá donde esa altísima montaña
Limita al cielo en el rosado oriente?
¿Qué buscas, dí, que en pensamientos graves
Me parece mirarte sumergido
Y sigues en silencio distraido
Con tus ojos el vuelo de las aves?
Una lágrima rueda en tu mejilla
¿Y la ocultas bajando la cabeza?
¿No sabes que comprende tu tristeza
Quien te juró amistad noble y sencilla?
No sabes tú que del dolor impío
Presa es mi corazon que sufre tanto?
¿Pues por qué has de ocultar el triste llanto
Que yo puedo enjugar, amigo mio?
De aquese llanto que tu vista empaña
¿Piensas, Leandro, que la causa ignoro?
¿No estoy ausente yo de los que adoro
Como estás de los tuyos y tu España?
¿Piensas que cuando el sol apenas arde
No miro entre esas nubes vagarosas
Sombras que á sonreírme cariñosas
Vienen con los reflejos de la tarde?
Mira: ya el sol de despedirse acaba:
La noche empieza y con su triste velo
Cubre del valle el delicioso suelo
Y en sus pliegues envuelve al Orizaba.
Así fué la postrera despedida
Que un dia con el pecho desgarrado
Diera á mi anciano padre idolatrado
Y á la madre adorada de mi vida!
Así tu corazon hecho pedazos
Se despidió de tus amadas prendas,
Y del destino por seguir las sendas,
Te apartaste llorando de sus brazos.

El sol radioso se alzará mañana;
Desecha quedará la sombra oscura:
¿Mas quién disipará tanta amargura
Que el alma triste en repeler se afana?
El sol dará mañana su luz bella:
Pero la dulce madre á quien esconde
Negra tumba, ni vuelve, ni responde
De mi pecho sensible á la querella.
Tu sí contento cruzarás un dia
Las crespas ondas de salobres mares,
E irás á ver en tus queridos lares
A los séres que forman tu alegría.
¡Quiéralo Dios! y pongo por testigo
De mi anhelo á este albergue silencioso
¡Cómo envidia mi alma su reposo!
¡Qué consuelo me das, oh tierno amigo!



MI AMOR.

A LUPE.

¿HAS visto del firmamento
La azul region estrellada
Do ansiosa nuestra mirada
Es delicioso tender?
¿Y por la tarde tranquila
No has mirado los destello
Melancólicos y bellos
Del sol que se va á poner?

Pues en lo íntimo del pecho
Delicia guardo más pura:
Es la célica ternura
De mi ardorosa pasion.
El amor es destino
Del hombre sobre la tierra,
Que solo el amor encierra
La dicha del corazon.

Grato es ver las ondas claras
Con que va el sonante rio

Saludando al valle umbrío
Con misterioso rumor:
Y los líquidos diamantes
Que á las encendidas rosas
Forman diademas vistosas
Y de brillo encantador

Grato es oír el concierto
Con que llenan la enramada
Las aves á la llegada
De las mañanas de Abril
Y mirar el regio manto
Con que se viste la aurora
Para ser la precursora
Digna del astro gentil.

Mas ni las galanas flores
Coronadas de rocío,
Ni del trasparente rio
El eco murmurador;
Ni los celajes que flotan
En Oriente purpurinos
Ni de las aves los trinos,
Me encantan como tu amor.

Amor! . . . sublime conjunto
De inefables emociones,
Imán de los corazones,
De las almas dulce bien:
Fuego incesante y activo
Que al sensible pecho inflama;
Voz misteriosa que llama
A las glorias del eden.

Amor! . . . apacible sueño

En que vemos cariñosas
Blancas hadas vaporosas
Que el éter cruzando van;
Y en que extasiados oímos
Los concentos celestiales,
Que en deleitosos raudales
Alegres al viento dan.

Amor! .. en el bosque umbrío
Canta su amorosa pena
En sentida cantilena
El ardiente ruiseñor.
Y la amante tortolilla
Gimiendo vive cuitada.
Al mirarse abandonada
Del objeto de su amor.

Va por el amor, bien mio,
La pintada mariposa
Volando de rosa en rosa
En el ameno pensil.
Amor nos dicen los astros
En sus misteriosos giros,
Y son del amor los suspiros
Que da el céfiro sutil.

Que en las selvas apartadas
Como en la verde llanura,
Del firmamento en la altura
Y del mar en la extension;
Acordada voz repite
Sin cesar, querida mia:
Que el amor es la armonía
De la bella creacion!

Mujer! mujer!... tambien el pecho mio
Agita esa dulcísima emocion!
Tambien yo con ardiente desvarío
Contemplo absorto celestial vision!

Y esa hermosa vision que á cada hora
Con amoroso afan busco doquier.
Es la del ángel que mi mente adora,
Del ángel bello que robó mi ser.

Cuando tus dulces ojos me miraron
Y tu sonrisa seductora ví,
Al instante mis venas abrasaron
Gotas de fuego que jamas sentí.

Y desde entonces bonancible calma
Sucedió á la tormenta del dolor;
Y no encontró felicidad el alma
Comparable al tesoro de tu amor.

Cuando contemplo el fúlgido lucero
Que se alza, de las tardes al caer
Doy al viento suspiro lastimero
Si no me es dado tus encantos ver.

Y al extenderse por el ancho cielo
De la luna la blanca claridad,
Viene á aumentar mi triste desconsuelo
Si no miro tu púdica beldad.

Por que yo te idolatro, amada mia,
Y mi único delirio es el pensar
Que lucirá radiente el bello dia
En que Dios nos bendiga ante el altar.

¡Ay! entretanto que benigno el cielo

De tal ventura llena el corazon,
Oye, mujer, con cariñoso anhelo
El canto de mi férvida pasion.
  Cierto es que pobre, y abatido y triste
Voy cruzando este valle de dolor,
Cual débil navecilla que resiste
Los embates del noto bramador:
  Y ni aun se ve sobre mi mustia frente
Ese laurel que ambicioné por tí,
Cuando al soñado templo refulgente
Penetrar de la gloria pretendí:
  Mas tengo un corazon con que te adoro
Como quieren las auras á la la flor,
Y este es, mi bien, el único tesoro
Que te puede ofrecer mi casto amor.
  Tú lo aceptaste un dia, vírgen pura,
Mi afan ardiente coronando así....
¿Qué turbará mi cielo de ventura?
¿Quién, dulce amor, te arrancará de mì?



DECLARACION.

VIRGEN de los dulces ojos
Y del rizado cabello,
La de alabastrino cuello,
La de labios de coral:
Tu en cuya frente espaciosa
La modestia su retrata,
Como en un lago de plata
De blanca luna el fanal:

Yo te amo desde aquel dia
En que por la vez primera
Galana, pura, hechicera,
Te ví lleno de placer;
Y en que tu voz armoniosa
Como el canto de las aves,
Con vibraciones suaves
Vino el alma á conmover.

¿Quién eres, dí, que al mirarme
Sonries tan pudorosa

Que en tu mejilla graciosa
Se enciende el dulce carmin?
¿Eres el ángel hermoso
De la paz y del consuelo,
Que envía piadoso el cielo
A dar á mis penas fin?

¿Eres la mujer querida
De gracia y virtud conjunto
Cuyo mágico trasunto
Absorto en mis sueños ví?
¿O la estrella refulgente
Que brillando en lontananza
Fué mi plácida esperanza?
¿Quién eres, oh vírgen, dí?

Bellas como el limpio cielo
Que ofrece á un triste en la tarde,
Cuando el sol apenas arde,
Sublime consolacion;
Así contemplo gozoso
Tus angélicas miradas,
Que vuelven apasionadas
La paz á mi corazon.

Yo te adoro, linda jóven,
Con esa llama tan pura,
Como la luz que fulgura
Tras la negra tempestad.
Y si un dia conmovida
Me dijeras: *yo te adoro,*
Fuera mi único tesoro
Tan grande felicidad.

Cuando á cantar el jilguero

Sus amores se apresura;
Cuando el arroyo murmura,
Y abre su cáliz la flor;
 Y cuando al mundo la noche
Cubre con su oscuro manto,
Para que oculten su llanto
Las víctimas del dolor,

 Fijo en tí mi pensamiento,
Pasan rápidas las hojas,
Cual las aguas bullidoras
Que corren al ancho mar.
 Que tú eres la vida mia;
Tú quien me roba la calma;
Tú el delirio de mi alma;
Tú mi genio tutelar.

~

Abre, niña, esos labios
 De fresca rosa,
En que blanda sonrisa
 Se vé graciosa;
 Y apasionada,
Júrame que por siempre
 Serás mi amada.

Cuando en el bosque umbroso
 La filomena
Del ruiseñor desoye
 La cantilena,
 Sin esperanza,
El pájaro sus notas
 Flébiles lanza.

Yo que cifro mi dicha
Y mi sosiego,
En que tu pecho acoja
Mi humilde ruego,
Preferiria,
A tu desden, la muerte,
Querida mia.

Abre, niña, esos labios
De fresca rosa,
En que blanda sonrisa,
Miro graciosa;
Y apasionada,
Júrame que por siempre
Serás mi amada.

Júrame, niña bella,
Cual yo te juro,
Que si proteje el cielo
Fuego tan puro,
Vendrá dichosa
Una hora en que te llame
Púdica esposa.

Y en que unidos latiendo
Dos corazones,
Sientan de un amor casto
Las impresiones.
¡Abre, querida,
Tus amorosos labios,
Dame la vida!

EL POETA.

A GABINO ORTIZ.

TOCANDO con su frente las estrellas,
Cual dijo una ocasion el Venusino,
No diera el vate su inmortal destino
Por cuantas glorias hay bajo de aquellas.

Cortando va doquier las flores bellas
Que encuentra de su vida en el camino;
Y es su sola ambicion, oh buen Gabino,
El verde lauro entretejer con ellas.

¡Cuánto esa gloria me desvela, cuánto!
A los siglos remotos pasar quiera
Y dar al mundo indefinible encanto.

Quiero, cual tú, sobrepujar á Homero;
Al mismo Apolo, en fin: pero entretanto,
¿Sabes dónde regalan el puchero?

FIN.

INDICE.

	Paginas.
Prólogo de la 1.ª edicion	I
Palabras del editor de la segunda edicion	V
Palabras de la *Ilustracion española*	V
Himno de accion de gracias, por la mañana	1
Himno de accion de gracias, por la noche	4
Himno al Smo. Sacramento, antes de la comunion	7
Himno al Smo. Sacramento, despues de la comunion	9
Cántico á la Inmaculada Vírgen María.	15
Al Sagrado Corazon de María	19
A Ntra. Señora de Lourdes	21
A María	24
Plegaria á la Inmaculada	28
Himno á la Vírgen María	33
Al Sagrado Corazon de María	38
A la Madre Dios en el Calvario	43
A la Santa Cruz	47
A María en el mes de las flores	50

INDICE.

PAGINAS.

El camino de la amargura.......... 53
La oracion de un anciano.......... 56
La Caridad.................... 64
A mi hermano José.............. 73
En un bósque.................. 78
Pio IX........................ 83
Al mar........................ 89
A mi amigo el Sr. Lic. D. A. Morán.. 93
El Angel de la guarda.......... 100
El Angel de la inocencia........ 104
Un rebaño sin pastor........... 107
Elegía—Ante el cadáver del Sr. Gral. Vega.................... 113
La vuelta al hogar.. 119
Una Madre.................... 124
A Rosario Flores Alatorre......... 130
Poesía leida en una distribucion de premios de San Ildefonso........ 134
Canto del Obrero católico.......... 140
La Primavera.................. 143
Al Illmo. Sr. Labastida, en su regreso á la patria................. 147
La paloma y el mono............ 151
Cancion epitalámica............. 154
El primer beso maternal.......... 160
El génio de las artes............ 163
Cancion del hijo del obrero........ 169
Felicidad.................... 175
¡Dios lo quiere!................ 179
El porvenir.................. 183
En la inauguracion de una cátedra de dibujo.................... 187



